

Luis Angulo Ruiz

Encrucijadas *del Sur*



Encrucijadas del Sur



1.ª edición digital Fundación Editorial El perro y la rana, 2022

© **Luis Angulo Ruiz**

© **Fundación Editorial El perro y la rana**

Edición y corrección:

William Arangurén

Diagramación:

Ennio Tucci

Portada:

Greisy Letelier

Hecho el Depósito de Ley

ISBN: 978-980-14-5042-9

DL: DC2022000677

Luis Angulo Ruiz

Encrucijadas del Sur

“...un espejo de espacio y un espejo de tiempo habian coincidido en un punto de insoportable y fugacísima realidad”

JULIO CORTÁZAR
62/Modelo para armar

El sombrero

Amarú pasa la mano por la copa del sombrero y acaricia el ala estrecha, le gusta sentir la aspereza dócil de la lana domesticada por el artesano. Pero no piensa en eso, solo siente, mira el color café de su sombrero. Sonríe, siempre quiso tener uno de lana de borrego como los que usaba su padre. Es el regalo de la madre por el flamante título de Bachiller Técnico Humanístico en la especialidad Agropecuaria que acaba de obtener. Además del sombrero, le entregó en un sobre cien bolivianos y a sus dieciocho años ambos regalos son como la puerta de entrada a otra etapa de su vida.

Fue un viaje de siete horas en el camión de su cuñado Remigio. Casi quinientos kilómetros de carretera entre Cochabamba y Santa Cruz. Le hubiera gustado viajar a Tarija para conocer allá un poco de la cría del ganado Holstein del que tanto hablaba su profesor de Agropecuaria, pero Tarija desde Cochabamba es muy lejos, casi el doble de la distancia a Santa Cruz. Además, ¿cómo trasladarse hasta allá? Para viajar a Santa Cruz tenía a su favor la oportunidad que le brindó Remigio de ir

como ayudante en el camión de las hortalizas cultivadas por la cooperativa de Cochabamba. No pudo ir a la tierra de los chapacos y se tendrá que conformar con conocer la tierra de los cambas, piensa. Aunque ha oído muchas cosas desagradables de los cruceños, de los orientales.

Se ajusta el sombrero nuevo en la cabeza, mientras se mira en el mínimo espejo de la habitación que le destinó la tía Eusebia. Ya lleva dos noches compartiendo el mismo cuarto con su primo Gerónimo. Es sábado y esa noche será la última en Teringa, ya mañana regresará con Remigio a Cochabamba. Lo bueno de esta aldea es lo cerca que está de Santa Cruz. En casi una hora se puede llegar con las instrucciones que le dio el primo. Se siente cómodo con su sombrero color café y el resto de su atuendo todo blanco. Duda si se pondrá el poncho marrón. Al fin decide no usarlo porque en esta zona oriental hace calor.

*

Mauricio observa al grupo que entra al Croacia. Habitualmente los sábados desayunan allí. Espera que esta vez no se sienten en la terraza del café. Lo común es que el grupo esté integrado por ocho muchachos; cinco chicos y tres chicas, pero hoy solo acompañan a los jóvenes dos muchachas. De todas formas, harán el desorden de siempre al unir dos mesas. Le molesta la actitud del grupo, su engreimiento y sobre todo que al irse no dejen en el platillo del cambio ni un solo boliviano. Entran con desenfado tropezando sillas y mesas. A esa hora hay pocos comensales y se sienten a sus anchas al seleccionar

un sitio para el desayuno. Contrariando los deseos de Mauricio, el líder del grupo hace una seña hacia la terraza y todos enfilan hacia allá, hacia la zona de atención de Mauricio. Tendrá que atenderlos. Se dirige hacia ellos con las cartas del menú, aunque ya adivina qué pedirá cada uno de ellos. Solo de vez en cuando se produce algún cambio en la selección de los platillos. Sabe que tomarán chocolate caliente, excepto las chicas que probablemente se decidirán por el supersmoothie de moras e incluirán los muffins de chocolate.

Solícito, pero distante, los ayuda en el reacomodo de mesas y sillas. Mira a la chica morena de cabello liso largo y rasgos quechuas o aimaras. Sabe que se llama Leticia. Es bonita, le gusta. Le aproxima la silla a la mesa mientras se sienta. Ella lo ignora, él no existe. Es un simple mesero, no importa que como todos ellos también sea un estudiante universitario. Con su uniforme negro se queda inmóvil a un lado de las mesas, después de entregar las carpetas del menú. Mauricio es una simple sombra, no es nadie. No tiene nombre, aunque salude, no obtendrá respuesta. El los conoce, el engreimiento es uno de los atributos del grupo. Internamente sonrío porque sabe que la mayoría de esos chicos son hijos de padres de clase media que fueron ascendiendo escalón a escalón desde empleadillos de tercera en la empresa distribuidora de gas de la ciudad, hasta llegar al plano de gerentes también de tercera. Otros tienen padres que se sacrifican todos los días en pequeñas tiendas como encargados o son empleados de segunda en empresas financieras y así obtienen

la paga quincenal para mantener a sus hijos en una universidad privada. Todos hundidos en el medio de un organigrama, tratando de subir un escalón más. Sabe que la mayoría de esos chicos estudian en universidades de confesión religiosa.

Libretita y bolígrafo en mano mantiene su actitud distanciada en espera de los pedidos del grupo. El primero en dar órdenes es el que considera el líder. Sabe que se llama Cristian. Es un joven de unos veinte años, grueso, de musculatura flácida, cara redondeada y tez levemente tostada por antiguas mezclas de indoamericanos con españoles. Mauricio sabe de antemano lo que ordenará en primer lugar: un sonso cruceño que junto con las humintas y los cañapés son unas de las pocas transgresiones al menú europeizante de este Café. Se va desplazando alrededor del rectángulo formado por las dos mesas mientras anota órdenes de sandwiches tradicionales o de pan focaccia, humintas, omelets, chocolates calientes, cafés con crema y los infaltables cuñapés cruceños, las bolitas de pan rellenas de queso.

Ha transcurrido un poco más de una hora y el café Croacia está completamente lleno. Hay gente esperando a que se desocupen mesas para desayunar, pero el grupo continúa en su larga sobremesa de atmósfera bulliciosa entre risas y bromas. Un grupo familiar los mira con actitud inquisitiva, a la espera de que desocupen las mesas. Prudentemente, Mauricio se mantiene a la distancia expectante. Sabe que no debe intervenir, ni presionarlos. Ellos se sienten seguros y apoyados en

ese Café cuyo dueño es un descendiente de inmigrantes croatas, venidos a América, huyendo de Yugoslavia; un croata miembro de Ustacha, organización pronazi, perseguida por Tito. Ya cancelaron el desayuno y el platillo de propinas permanece vacío. Los conoce además de vanidosos y tacaños, la mayoría de ellos tiene fama de violentos. Pertenecen a la organización juvenil que opera como fuerza de choque de la sociedad civil cruceña, con los métodos de la falange franquista combinados con los de la Ustacha croata. Presumen ser el brazo de hierro de la burguesía cruceña. Aunque no se ven muy musculosos, piensa Mauricio, el garrote que en ocasiones los acompaña en sus giras, suele ser bastante contundente. Espera paciente. Sabe que pronto se irán porque tienen reunión a poca distancia de allí donde está la sede de su organización.

El grupo ahora avanza hacia el oeste de la ciudad. Adelante, en primera línea, marca el paso Cristian, escoltado a la izquierda por Leopoldo y a la derecha por Eloy y Edmundo. Atrás los siguen Leticia, Marco y Judith. Avanzan en una especie de formación, ocupando toda la acera. Los pocos transeúntes que vienen en dirección contraria se lanzan a la avenida para evitar al grupo que marcha bullicioso y desenfadado. Un perro que dormita en el centro de la acera se moviliza rápidamente y se arrincona contra la pared. Al pasar, Edmundo lo amaga con el pie. Las risas estridentes de Eloy destacan en la algarada.

Repentinamente todos callan, disminuyen la velocidad del paso imitando a Cristian que casi se detiene y dice algo en voz baja a Leopoldo. Después gira el rostro hacia atrás y murmura palabras a los que avanzan en la segunda línea. Cristian al fin se detiene y todos lo imitan. Miran al frente y se mantienen expectantes e incrédulos. A unos cien metros se vislumbra una figura humana caminando solitaria. Es una mancha blanca con un tope marrón. Cristian reinicia la marcha lentamente. Caminan despacio, expectantes. Si alguien los pudiera observar de cerca notaría la rigidez de los músculos faciales de sus rostros, la tensión de piernas y brazos en su forma de caminar. La figura que viene al frente no cambia de acera, no cruza en la calle transversal que acaba de dejar a un lado, como ellos esperaban. Continúa su marcha hacia ellos. Cristian disfruta, siente la euforia del líder dispuesto a dirigir una operación.

*

Amarú absorbe el ambiente con todos sus sentidos. Mira a izquierda y derecha. No obstante, no se siente satisfecho con lo que ve, con lo que respira, con lo que oye. No le gusta esa atmósfera urbana de ruidos de motores, de olores ácidos de detergentes mezclados con tufos de aceites quemados y humo de los escapes de los autos. Tampoco le agrada tanto concreto por todos lados. Camina un poco desilusionado y distraído. Lástima que no pudo viajar a los campos de Tarija a conocer el ganado Holstein. Pero no se desanima, sigue su avance tranquilo con la esperanza de que el ambiente cambie más adelante. Observa que, a unos

cuantos metros frente a él, viene un grupo de gente, unos muchachos. Siente que algo no está bien. Hace más lento el paso y duda si cambia de acera.

A un movimiento de Cristian, el grupo acelera la marcha de forma progresiva casi a un paso de trote. Cuando están a unos centímetros de Amarú, se detienen en silencio. Cristian lo mira, lo analiza. El indio es fuerte, piensa. Pero observa el sombrero y lo siente como una afrenta, como una burla, como un reto. El colla nos reta con ese sombrero indígena, piensa. A una señal de Cristian todos rodean a Amarú, que no entiende qué ocurre. Piensa en los cien bolivianos resguardados en su bolsillo, pero entonces recuerda lo que ha escuchado tantas veces sin prestar mucha atención sobre el odio de algunas tribus a los aimaras, a los quechuas a la gente como él. El primer empujón lo da Cristian acompañado del insulto. “¿Qué te pasa colla de mierda? ¿Estás asustado? ¿Qué te crees? Aquí no queremos indios sucios.” La acción de Cristian es la señal. De inmediato los empujones y golpes se suceden sin cesar. Cascadas de insultos caen sobre Amarú. Él se defiende, se cubre el rostro con los brazos, se afinca en sus piernas para no caer. El sombrero de lana de borrego vuela por los aires y Judith lo pisotea con rabia. Ese sombrero es más que un sombrero, es el símbolo de lo indígena, de la cultura aimara. Leticia imita a Judith y también se ensaña contra el sombrero. Amarú los enfrenta y lanza algunos golpes certeros, pero la mayoría numérica de los cambas lo abruma y al final cae al piso. Allí siguen las agresiones. Lo patean. Las chicas

gritan insultos. “¡Sucio!” “¡Indio!” “¡Cholo asqueroso!” El cuerpo de Amarú se vuelve un ovillo y se cubre la cabeza con los brazos. Pasa un auto, se detiene un poco y el conductor grita algo y continúa su marcha.

A una señal de Cristian finalmente abandonan la presa y continúan su marcha ahora con la respiración acelerada, mientras revisan los efectos de las acciones defensivas de Amarú. Leticia escudriña el rostro de Marco, le acaricia suavemente una marca violácea en la mejilla, le arregla el cuello de la camisa. Cristian se alisa la ropa, se acomoda la chaqueta. Poco a poco se van serenando. Deben prepararse para la reunión de los cruzados defensores de la ciudad. Ahora tendrán algo que contar: una acción de limpieza, de contención a la invasión colla.

*

Amarú está silencioso. Apenas si intercambió unas breves palabras con Remigio para explicarle lo que había ocurrido el día anterior. “Eran siete contra uno”, le había dicho para justificar las contusiones que le inflaman el rostro, los raspones y heridas en brazos y manos. Permanece silencioso acurrucado en la butaca del camión. Mira por la ventanilla, pero a esa hora de la madrugada es poco lo que se puede ver. Con su actitud, esquivo el contacto con Remigio. Mira lo que quedó del sombrero. Ahora es una prenda informe. Se siente avergonzado, humillado. No desea hablar del asunto. Recuesta la cabeza al vidrio de la ventana y simula dormir. El motor ronronea como un animal, ahora que el camión sube la cuesta.

La subida será constante para salvar la diferencia de mil quinientos metros de nivel hasta llegar a Cochabamba. El camión se bambolea a diestra y siniestra por efecto de las curvas. Con el vaivén, Amarú va entrando en una especie de letargo hasta que se queda dormido.

Ya el sol está alto y la luz y el calor invaden la cabina del camión. Amarú despierta y nota que el sombrero que llevaba en las manos ha caído al piso. Lo recoge y lo mira con tristeza, pero al fin sonrío. “Lo que quedó”, dice mientras se lo enfunda como una gorra en el cráneo hasta casi taparse los ojos. Hace una mueca fantasmal que Remigio mira de reojo. Ambos ríen. Remigio lo conoce bien, es su cuñado, pero lo trata como a un hermano menor. La carretera ahora es rectilínea y a ambos lados, hacia los bordes de las cunetas surgen troncos de jacarandás que revientan en colorido. Los árboles no tienen hojas, solo flores lilas. Amarú respira profundo y se siente contento de vuelta al terruño y con tanto que contar a sus amigos de su experiencia en la ciudad Camba. Remigio le palmea la espalda con la mano derecha y detiene el camión, a la orilla de la carretera. “Bájate, indio gruñón”, le dice con afecto. “Yo sé lo que quieres hacer, bájate”, insiste. Amarú ríe ruidosamente, abre la puerta y corre sobre la hierba cubierta por la alfombra de flores de jacarandás.

Girando la cabeza hacia las copas de los árboles crea un remolino virtual: violeta, azul, blanco...violeta, azul, blanco... violeta, azul, blanco... flores, firmamento, nubes... flores, firmamento, nubes. El monte suda humedad

y el olor de tierra mojada impregna el ambiente. Amarú se inclina y con las manos haciendo un cuenco, toma las flores y las lanza sobre su cabeza. La lluvia lila cae sobre su cuerpo y siente que algo inicia.

Muerte en Soacha

“De todo mal... ¡Libéralo Señor! De tu furia... ¡Libéralo Señor! Del rigor de tu justicia... ¡Libéralo Señor! Del poder del demonio... ¡Libéralo Señor! De la horrible oscuridad... ¡Libéralo Señor! Del llanto y del aullido... ¡Libéralo Señor!... Rey de impresionante majestad... ¡Te imploramos! ¡Escúchanos!”

El contrapunto suena en danza entre la voz aguda de una mujer y el coro polifónico que le responde. Las voces se proyectan lejos, más allá del gran salón techado con planchas de zinc y se adentran en el espacio del barrio. A lo lejos, un perro aúlla alarmado por esa extraña invasión de voces en la tranquilidad nocturna. Hoy no hay música en el bar vecino, quizás por respeto o por temor a represalias.

El difunto es un joven, casi un adolescente. Yace en el rústico cajón rodeado de un público que hace pensar en un extraño ritual de gente enmascarada con tapabocas blancos, azules, rojos, negros, multicolores. Una mujer con el rostro casi oculto detrás

de un tapaboca negro se acerca a otra, una anciana de cabello largo, canoso y descuidado. Le ofrece café, mientras le pone una mano sobre el hombro y le acaricia la cabeza levemente. La mujer rechaza la bebida caliente y con un movimiento lento, apenas si toca el brazo de la joven quizás como una forma de dar las gracias. No habla. A diferencia de muchos de los asistentes no lleva la cara cubierta. La piel de su rostro es un palimpsesto maltratado de emociones, un tapiz de pliegues por la acumulación de tantos gestos de vida. Sin embargo, ahora está inexpresiva. Pareciera tener cerca de ochenta años, aunque en realidad ni llega a los setenta. Su mirada es estática, tranquila pero fría y lejana. Mira más allá de la gente que está allí, más allá del féretro donde reposa el cuerpo del nieto. Más allá.

“¡Más allá! ¡Más allá! No jodan. ¡Hijueputas! ¡Sapos del coño! ¡Mal paríos! A ver si van a seguir dando datos a la guerrilla.” Los hombres obedecen y se arriman colocando las espaldas contra una cerca de alambres de púa. Son unas dos decenas. La mayoría no pasará de los treinta años, uno que otro estará cercano a los cincuenta y tres o cuatro no alcanzan los veinte siquiera. Frente a la hilera de hombres con las espaldas contra la cerca, el que grita dirige las acciones de una treintena de uniformados con ropa de camuflaje y botas negras. Es un grupo paramilitar que, desde hacía días, ronda la zona. Les habían dicho a los pobladores que les daban tres días para que se fueran, para que abandonaran sus casas, pero cuando apenas habían pasado unas horas, se presentaron violentamente para sacarlos a

la fuerza. Les hicieron marchar en filas hacia la selva y allí estaban. Las mujeres y niños de un lado, los hombres de otro.

El que funge de jefe da unos dos pasos laterales, hace una seña casi inadvertida y del grupo de paramilitares se adelantan dos y sin mediar ninguna otra orden disparan las armas. Solo un segundo y ahora todos los hombres yacen en la tierra frente a la alambrada, entre el monte, con los cuerpos cubiertos de sangre.

La imagen está allí todo el tiempo. Los cuerpos amontonados en posiciones inverosímiles. Todo en un segundo. Allí está su hombre. Ella y todas las mujeres corren hacia los caídos. No les importa que les griten, que las amenacen con las armas. Reciben empujones y golpes, pero nada las detiene seguidas por los niños aterrorizados. Se lanzan sobre los cuerpos caídos en desesperada búsqueda de vida. En pocos minutos los paracos las tienen a todas amarradas en fila caminando por la selva. Ella lleva a la niña menor en brazos, la otra camina detrás.

Las manos de la mujer, los brazos, el cuerpo de la niña que lleva en su regazo, todo está empapado con la sangre del marido asesinado y la de los otros hombres. Van por la trocha como una recua de mulas, llorando, gritando. De pronto el jefe se detiene y le hace un gesto a su gente. Todos se ponen en guardia con las armas apuntando en distintas direcciones y a otro gesto del jefe, se pierden entre la maleza y abandonan a las mujeres en plena selva. Ellas se desatan y caminan por horas, casi por un día hasta llegar a la cabeza del municipio.

De nuevo está en un pueblo, pero es otro tiempo muchos años atrás. Hay pocas casas después de las calles del centro. La tarde termina y se empiezan a escuchar los grillos desde la oscuridad del solar. Juega debajo de un limonero que es un estallido blanco de azahares y disfruta el perfume sedante, mientras recoge las flores marchitas para hacer pequeños túmulos blancos. Desde adentro, la voz de la madre la llama. “Entra a la casa, María, que ya va a llegar papá”. La niña obedece y camina por un pasillo en penumbra que lleva a la cocina. La madre prepara la comida de la noche, la comida para el hombre. Hoy será más tarde porque tiene reunión. La gente se está organizando para defender unas tierras.

Tienen más de un año sembrando en esos predios abandonados que todo el mundo sabe que son del municipio, pero ahora dicen que no, que pertenecen al fundo de Don Miguel Camargo y un abogado les dio seis meses para abandonar el predio.

Ya han transcurrido cuatro. Los hombres de las familias ocupantes dicen que no se van a retirar, que los títulos de Don Camargo son amañados. Las autoridades nada dicen y a las casas llegan unos papeles amenazantes, los amenazan de muerte si no se retiran.

Son más de las diez y la cena del padre quedó en la mesa. Los platos de peltre limpios. El pocillo del café vació. La madre trata de ocultar la angustia cuando le dice a la hija que se vista que van a salir. Deambulan por el pueblo oscuro a esa hora. De vez en cuando la mujer golpea suavemente una puerta, alguien sale al umbral,

conversan en voz baja y sigue la búsqueda. Nadie sabe nada. Todos afirman que salió de la reunión como a las ocho y media. Romualdo comenta que caminaron juntos hasta casi cuatro cuadras y después se separaron. Nadie sabe de Valdemar. No llega esa noche y la mujer ya imagina lo peor.

Al día siguiente, los rumores corren por el pueblo. Lo secuestraron, lo ajusticiaron, lo detuvieron, lo trasladaron a la capital. Rumores. Nadie sabe nada. En la tarde dos hombres van a la casa a informarle que ellos vieron a Valdemar cuando iba atravesando la placita y de un carro viejo de color verde salieron tres hombres y a la fuerza lo introdujeron en el auto. Pero no, no pudieron ver la identificación del auto y tampoco reconocen a los hombres.

Hace dos días que el padre no regresa. Después de la cena ahí están los platos y el pocillo vacío. Y al día siguiente y al otro. Pasa el tiempo, llueve y no puede jugar en el solar. Transcurren semanas y ahora hay buen tiempo y el limonero está amarillo de limones que nadie recoge. La fruta cae al piso y María juega haciendo cerros de frutas casi podridas. Llega la hora de la cena. Terminan de comer y ahí quedan los platos y el pocillo del café esperando al hombre que nunca llegó. A veces la madre le dice que se vista después de comer, la toma de la mano y salen al pueblo a tocar puertas y preguntar por Valdemar. En el vecindario la miran con lástima. Agustina se volvió loca, dicen.

La mujer regresa de su viaje en el tiempo. Ahora, mira a su alrededor como si despertara de un sueño. Ve el ambiente que la rodea como si no entendiera, como cuando despierta en pleno día de un sueño furtivo en una cama extraña y no sabe dónde está, no sabe si es de día o de noche, totalmente ajena a su cuerpo, a su realidad, al tiempo. Observa sorprendida a la concurrencia de vecinos y amigos, pero los mira como lejanos, como desde otra otra dimensión, otra vida que no es la de ella. La neblina ha entrado abundante en el salón y crea una atmósfera vibrante y difusa. La salmodia de la rezandera y del público es un runrún lejano para ella, oscuro y profundo como la palpitación de su músculo cardíaco. Voltea lentamente la cabeza en todas direcciones y al fondo se ven flores y un crucifijo metálico delante de telas negras que pugnan por ser cortinas. Es como si no entendiera, hasta que sus ojos chocan con la forma del ataúd negro. Entonces comprende y como un chispazo su cerebro la instala en otro momento. No está en el Cauca, en las selvas del Cauca. No está en el pueblo con su madre Agustina. Está aquí en su barrio, cerca de Bogotá, a pocos metros de su casa. Ahora lo que siente no es esa confusa sensación de esperar al padre desaparecido. Su dolor no es ese dolor antiguo y amortiguado por el tiempo del marido muerto y el padre desaparecido. Es un dolor agudo, cercano, inesperado y estalla en llanto. Siente que alguien se sienta a su lado, la abraza y le dice palabras de condolencia. Entre sollozos, apenas mueve levemente la cabeza hacia la mujer que está sentada a su lado y atina a decir: “No era un

nieto, era el hijo varón que no tuve”. Respira profundo, como si quisiera absorber toda la neblina que le oscurece la visión, que le obnubila la mente y regresa a su mutismo hierático.

El frío de los Altos de La Florida aprieta. La neblina continúa vagando a sus anchas en el corralón sin paredes. Ha llegado más gente y solo algunas sillas están libres. La rezandera toma un descanso, sale del salón y unas mujeres jóvenes reparten café en vasitos plásticos a los más allegados, solo a ellos, porque no alcanza para tanta gente.

De nuevo la joven que le había ofrecido café se acerca y le trae agua, pero ella rechaza el vaso con un suave gesto. La joven se le acerca, deja el vaso a en el piso de cemento y se sienta a su lado. La abraza, le acaricia la cabeza y la espalda. “Mamá, debe descansar. ¿Por qué no se acuestas con Lidia? Ella se durmió con las gotas que le trajo Mirella de la farmacia”. La mujer niega con un movimiento de la cabeza.

Hubiera querido que bebiera el agua, porque en ella puse las gotas que tomó Lidia, piensa Nidia. Pero nada, así es mamá. Ha sufrido demasiado en la vida. La tragedia de papá, del abuelo... y ahora esto. Si Lidia se hubiera quedado tranquila aquí en los Altos con nosotras, pero se le metió en la cabeza que quería una casita propia para Duncan y las dos niñas. Claro que es verdad que aquí en los Altos estamos hacinados. El pobre Duncan dormía en el mueble o en el piso de la sala. Lidia decía que esos lotes de tierra eran la solución de su vida y pasó lo que

pasó. Los organizadores del plan, de la minga, como dice mamá, le aseguraron que no había problema. Pero los hijueputas del Esmad, la policía, la Alcaldía... qué se yo... están ahí siempre para proteger a los buitres.

Ella estaba un poco preocupada. Yo, antes de salir con Lidia y Duncan, de pendeja le dije que se quedara tranquila que en plena pandemia no se iban a meter con nosotros. Muchos de los que estaban en la minga prácticamente están en la calle, sin viviendas. Desplazados por los paracos, por los disidentes de la guerrilla, por el ejército, por las bandas criminales, por los narcos, por las Águilas Negras, por los terratenientes. Yo pensaba que la gente del gobierno tenía que entender eso. Pensaba que no iban a ser tan estúpidos y malparíos de dejarlos en la calle en plena pandemia. Pero vea.

No teníamos más de dos horas. Apenas nos estábamos organizando para aplanar los terrenos, cuando empezaron a llegar los carros de la policía. Ahora dicen que hablaron con nosotros. No sé con quiénes hablaron, por lo menos yo nunca me enteré. Llegaron directo lanzando esas bombas que sonaban durísimo, aturdidoras las llaman. Después se empezaron a escuchar los disparos. Algunos corrían, pero era inútil, no había donde protegerse. Yo me quedé con Duncan. Él me dijo: “No corra tía, quédese tranquila”. Dijo eso y al minuto estaba en la tierra, con sangre en el cuello, en los hombros. Otra vez la sangre. La sangre me persigue.

La evocación produce un temblor involuntario en el cuerpo de Lidia. No lo puede evitar. Durante años padeció

esa fobia ante la visión de la sangre. De niña se despertaba con sueños terribles. Sueños en los que la sangre era la protagonista. Ríos de sangre. Vasos de agua que al llevarlos a los labios se convertían en sangre. Gentes que iban sangrando por las calles. Dejó de ver los noticieros de televisión, porque siempre en ellos se encontraba con la sangre, masacres, muertos ensangrentados. Nunca más leyó las páginas rojas de los diarios. Es terrible vivir en un país en el que la sangre mana silenciosa y casi oculta y otras en evidente exhibición. Sangre. En la escuela al menor raspón de un compañero sentía que se iba a desmayar. Hasta que un maestro atento observó el síntoma y la llevaron a una sicóloga que revolvió y revolvió junto con ella los archivos de su memoria y un día en una sesión volvió a ver la sangre, se vio a sí misma en el recuerdo llena de sangre, las manitos, la cara, el vestido, el sabor salobre extraño en los labios. La sangre del padre y de los hombres de la vereda de un caserío perdido del Cauca.

De nuevo la sangre. Me persigue. No se la pude ocultar a mamá. Aunque de regreso del hospital después de dejar el cuerpo de Duncan me lavé las manos y el rostro con el agua de una botellita que me dio Jairo, al llegar ella sintió la sangre, vio sangre. Aunque traté de mantenerme serena. Aunque Jairo me había hecho tomar una pastilla para que me calmara. Aunque traté de ocultar lo que sentía, mamá sintió la sangre y gritó apenas me vio entrar con Jairo. De nuevo la sangre de papá veinte años después impregnaba mi ropa.

- ¿Hasta cuándo? ¡Coño! ¿Hasta cuándo? - grita Lidia.

Todos voltean hacia ella. No entienden. La rezandera guarda silencio confundida, pero se repone y continúa.

“De todo mal... ¡Libéralo Señor! De tu furia... ¡Libéralo Señor! Del rigor de tu justicia... ¡Libéralo Señor! Del poder del demonio... ¡Libéralo Señor! De la horrible oscuridad... ¡Libéralo Señor! Del llanto y del aullido... ¡Libéralo Señor!... Rey de impresionante majestad... ¡Te imploramos! ¡Escúchanos!

Arde Whiphala

El viento sopla desde El Alto y el frío se cuela a través de los abrigos. Solo la lana de alpaca del poncho le mantiene el calor. El gorro con orejeras le cubre la cabeza, pero la frente, las mejillas, la nariz están expuestas al picor de la temperatura que debe de estar hoy como a doce grados. Para Lino eso no es frío, además no es tiempo de temperaturas bajas. Sin embargo, está en la calle desde antes de las seis de la mañana y es natural que el frío se le concentre en manos y piernas.

A esta hora ya hay bastante gente en la calle. A pesar de los acontecimientos de días pasados, lentamente la ciudad ha ido tomando su aire cotidiano. Los micros suben por la Avenida El Prado en franca competencia con minis, taxis y autos particulares. El aire se enrarece con el humo de los motores. Lino viene caminando con prisa, quiere llegar temprano a la terminal. Hay quienes, como él, se trasladan a pie. Debe llegar lo antes posible si quiere tomar el primero del día.

El viaje que se propone será largo; primero Soraca, más allá Mocomoco e Italaque. Hoy se conformaría con llegar a Soraca, aunque le gustaría poder dormir en Italaque, en el altiplano; bien lejos de esta ciudad de desgracia. Sería bueno llegar a Kuchu (rincón, como se dice en español), pero tendrá que esperar. Dice Kuchu y recuerda la docena de casitas de adobe y techos de paja brava, puertas de madera, camino arcilloso en dirección a la cordillera medio cubierto de vegetación; la siembra dorada de trigo, de papa y más allá todavía en la falda de la montaña, los arbustos de coca. Coca de la buena, coca que da vigor de verdad, que quita el hambre por un día entero. No como esta que aquí se vende, esta que lleva en su chuspa roja y blanca que le tejió mamá Malky hace ya tanto tiempo.

El ambiente en la terminal es cálido y acogedor. Hay bastante gente correteando por los pasillos, haciendo filas en las taquillas, acarreando paquetes y maletas. El olor de aceite quemado de las frituras inunda el aire en una mezcla de carnes, harinas, vegetales. Lino siente que se mueven sus vísceras. Aunque mastica coca desde que se levantó, experimenta algo que no hay duda de que es hambre. Siempre ha pensado que la coca que aquí consumen no es buena. Es una coca vieja que viene en sacos desde el altiplano y después la almacenan por semanas, por meses. No es la misma que él mascaba en Kuchu pero ayuda, piensa, mientras se acaricia la mejilla derecha inflamada por el rollito de hojas. Llega a la taquilla y sale con el ticket en la mano. Comerá algo, aunque sea unas humintas y un té de coca, pero mejor sería comer

algo más fuerte para aguantar hasta la tarde o la noche cuando ya esté en Larecaja. Camina por entre los puestos de comida y al final se decide por un silipancho. Le hubiera gustado comerse un chanco en cruz, pero sabe que en la terminal casi nunca se consigue o no es bueno. Mejor la mezcla de carne, huevos, ensaladas y arroz del silipancho. Con eso aguantará. Con la coca resolverá en el camino.

El ayudante del chofer da la señal para subir y se produce una mínima avalancha de gente con bolsos, aguayos como mochilas y bolsas plásticas. El equipaje grande desde hace rato fue guardado en el vientre del bus. Lino logra subir entre suaves empujones y codazos y se desplaza hacia la segunda mitad de los puestos. No le gusta ir adelante. Se acomoda en la butaca medio reclinable del lado de la ventana. Le gusta ver el paisaje, aunque desde este lado no podrá ver mucho. Hubiera sido bueno ir en la otra fila, pero esa fue la primera que se llenó; mucha gente piensa como él.

Ahora se entretiene mirando de reojo a los últimos pasajeros, a los que suben retrasados. Una mujer vieja con un niño en el aguayo que lleva a la espalda pasa cerca de su puesto por el pasillo. Un pasajero con una chaqueta larga, tipo militar, entra. Lino lo mira, lo reconoce y se recoge en su asiento y oculta su rostro mirando por la ventana del bus. Sabe quién es. Es un policía de la Unidad Táctica de Operaciones. Una vez coincidió con él por unas horas en una Estación policial, en la EPT 35, recuerda. Está seguro de que el hombre no pudo verlo.

Lino se tranquiliza porque escogió una butaca cuatro líneas delante.

El bus hace rato que rueda hacia las afueras de la ciudad. Son los suburbios aledaños a la carretera lo que puede mirar por la ventana desde su asiento. Gente caminando por la orilla de la vía, grupos familiares sentados a las puertas de las casas, niños que van a la escuela; un ciclista pedaleando con fuerza en una subida. Camiones que se dirigen a La Paz cargados con pollos, otros con hortalizas, con mercancía seca. Buses, micros, taxis y autos particulares.

Hay movimiento. La gente se repone del golpe contra el Presidente. Hace muchos días que se fue para México. Lo pudo ver en una fotografía de un periódico peruano, en la televisión no lo presentan. Es como si se hubiera muerto. La que aparece todo el tiempo es la señora de cabellos pintados, flaca, que dice que ahora es la presidenta. No quiere evocar los días anteriores, pero no lo puede evitar. Las imágenes le llegan como una inundación incontenible. Lo único que las frena, es pensar en otras cosas. Cosas del pasado. Cosas de Kuchu, por ejemplo, cuando era un muchachito de seis años y ayudaba a sembrar. Cuando mama Malky lo mandaba con comida y bebidas para su papá y su hermano mayor al campo. Recuerda que se acostaba en el prado o en la tierra recién arada en el rato de descanso de ellos. Miraban las nubes, los pájaros que pasaban veloces y de vez en cuando hasta un cóndor se asomaba por ahí, volando lento, dando vueltas alto, altísimo y giraba y giraba como si él también los

estuviera viendo a ellos. Su hermano le decía “ahí está, te vino a buscar porque tiene hambre.” Él sabía que no era verdad, pero de todas maneras le daba un poco de miedo.

Piensa de nuevo en el hombre de la chaqueta. Sabe que lo conoce, pero tenía tiempo que no lo veía. Se concentra en la imagen del hombre mestizo y al fin recuerda que intercambió algunas palabras con él en una ocasión. Recuerda que él le dijo que estaba por ser trasladado a la Utop, a la Unidad Táctica de Operaciones. No conviene en absoluto que él lo vea. Uno nunca sabe; a uno lo pueden fregar, le pueden inventar cosas. Pero tomó sus provisiones, pidió un permiso de cuarenta y ocho horas por “razones de salud de un hermano” y dijo que tenía que viajar al Beni, donde estaba su familia ahora. Pero nunca se sabe. Quería despistar ante cualquier situación que se presentara. Si lo van a buscar que lo busquen por el Beni. De todas maneras, nadie sabe que en su infancia él había vivido en Kuchu, menos que él tiene un hermano que todavía vive allá. Precauciones, hay que tener precauciones. En la taquilla del bus Trans él tampoco presentó su cédula de identidad. Lo planificó con cuidado, carga encima la cédula perdida de un ciudadano. A las Estaciones Policiales siempre llevan cédulas perdidas que jamás reclaman. Según esa cédula él se llama Onésimo Flores. Ese es el hombre que está viajando para Larecaja o quién sabe para dónde. Si revisan los partes de salida, por ningún lado aparecerá Lino Colque, se dice a sí mismo y se tranquiliza.

Reclina un poco el asiento y mira hacia la izquierda el paisaje del otro lado de la carretera. A lo lejos ya se divisa

la mancha azul del Titicaca. Dentro de un rato el bus llegará al sitio en el que la vía bordea el lago.

Deja de ver el paisaje y vuelven las imágenes molestas. Fueron días muy feos para él. Nunca pensó cuando entró a la policía que pasarían cosas así. Él se enroló para combatir el mal, a los delincuentes. Cuando mataron al primo Tonio en una emboscada allá en Cochabamba, decidió entrar a la policía. Pero ahora está en esta situación. Debe cuidarse, el sargento lo tiene en la mira. Así mismo le dijo “te tengo en la mira”, todo porque gaseó mal a una mujer. La orden era colocar el tubo de gasear cerca y apretar el botón hacia la cara, directo. Pero él sabe que es muy fuerte, nadie aguanta eso; enseguida caen asfixiados y sin vista, se quedan ciegos por un rato. Algunos están así mal por horas, por días. Él sabe que está prohibido gasear de esa manera, pero esas eran las órdenes del sargento. Él no está de acuerdo y por eso prefirió gasear hacia un lado de la mujer. Eso es lo que él hacía todo el tiempo. Gaseaba hacia los pies o hacia un lado, pero el sargento lo había dicho muy claro: “¡A la cara, gaseen a la cara!”. El sargento vio cómo apuntó hacia un lado y dijo lo que dijo. Una amenaza. Dicen que a Juan Quispe le inventaron un procedimiento por no obedecer la orden de golpear a una pobre vieja. Inventan cosas y hasta te aplican la penal y lo más peligroso que hay es un policía preso.

Hay casos. Policía preso, policía muerto. En la cárcel no perdonan. Yo no me metí a policía para maltratar a los hermanos collas. ¿Y todo por qué? Porque

los hermanos no quieren a la mujer esa que sacó al Presidente, apoyada por los jefes.

Pero lo peor, lo que nunca pensó fue lo que tuvo que vivir. Ver cómo se pisoteaba la whiphala. Recuerda ese momento y los pensamientos se le amontonan. Nuestra bandera es sagrada, piensa. Nunca creyó que iba a ver eso, policías como él quitándose la insignia de la bandera y quemándola. Eso no se perdona. Solo se dejaban en el brazo la bandera nacional, la whiphala la arrancaban, la cortaban. El que hace eso debería morir. Peor si el que lo hace tiene sangre colla. Porque la mayoría de los policías o son aimaras o quechuas o tienen algo de esa sangre en el cuerpo. No tienen perdón.

El cuerpo de Lino está contraído y pegado a la ventana del bus. Cualquiera que lo viera pensaría que duerme. La cabeza doblada sobre el pecho, con el rostro ladeado hacia la ventana del bus, como si descansara o viera el lateral de la carretera. Pero Lino no duerme y tampoco ve hacia afuera. Está sumergido en sus pensamientos, en las feas imágenes que lo hacen sentir mal, está luchando contra sus fantasmas. La whiphala... La whiphala es sagrada, pero la quemaron. El vio a esos ciudadanos. Cambas, dicen que eran. Bajaron la bandera del asta y la llevaron a la plaza, vio como le rociaban combustible y con los mismos yesqueros con los que prendían los cigarrillos, comenzaron a aplicarle fuego por todos lados.

Acercaban la llama al amarillo de la bandera...

“Amarillo: hermandad, solidaridad... fuerza, energía... las leyes y normas aimaras y quechuas”, decía la

maestra mientras señalaba en la bandera sostenida por dos compañeros.

El fuego llegaba al color rojo... Rojo... la tierra... aka pacha... el hombre del Collado.

Fuego en el naranja, “la cultura, la educación...”

En el blanco... “arte, tiempo, transformación”.

Verde... “agricultura, economía, riquezas”.

Violeta... “el pueblo, la política del pueblo, la comunidad”.

Azul... “el espacio, la lluvia, el viento, el rayo, las estrellas”, decía la maestra.

¡Fuego! ¡Fuego a todo! Y la whiphala ardía, ardía y él quieto ahí sin hacer nada, bajo la mirada del sargento. Había sido un cobarde y eso no tiene perdón. Y ahora él huía. Huir, escaparse... eso también es una cobardía. Pensar en Kuchu, en el Collado. Salir corriendo como un ratón a Kuchu.

Kuchu... Un descampado cerca de la casa. Ahí está su papá y mamá Malky.

Don Gregorio y su mujer Miski, son sus padrinos; está un poco asustado. Todos esos días han estado hablando de él y mamá Malky está extraña. Lo abraza y le toca la cabeza continuamente, le acaricia el cabello. Lo peina con las manos, le hace rollitos con los cabellos y después los deshace y lo besa en la frente, en las mejillas. Hoy está la gente de la aldea por ahí mirando. Hablan de la rutucha, del kicachear... kicachear... florecer... Él, Lino Colque va a florecer. Tendría tres años, pero recuerda. Lo tienen sentado en una mesa cubierta con una manta

verde. La gente lo mira, hablan, lo tocan; ahora Don Gregorio viene con unas tijeras, le toma el cabello y empieza a cortarlo. Ya mamá Malki le había dicho... “No te asustes, solo es la rutucha, el corte del cabello”. Él mira hacia arriba y ve la whiphala.

Temprano la colocaron en un punto alto porque hoy es fiesta en su casa. Ahí está la whiphala que se mueve alegre con el viento. Ve sus colores, se mueve como si quisiera salir volando como el cóndor. La whiphala está alegre y él se queda más tranquilo, mientras Don Gregorio le corta un mechón de cabello, lo guarda dentro de un billete y se lo lleva al bolsillo. Después pone otro billete debajo de la manta verde. Sigue Doña Miski, su madrina. Su papá, mamá Malky y toda la gente sigue. Siguen cortando y ponen billetes debajo de la manta. Mama Malky le dice que los billetes los guardarán y que cuando vaya a la escuela, le comprarán los libros. Todos están contentos, beben, comen. Vienen unos músicos y tocan y bailan ahí mismo. Y la whiphala está ahí, arriba, arriba... mirando. Él la mira y respira profundo, está contento, no tiene cabellos en la cabeza, tiembla un poco y mamá Malky le pone un gorro porque hace mucho frío y él, Lino Colque, ya floreció; tiene la cabeza pelada. Ahora él pertenece a la comunidad y la whiphala lo saluda bailando alto, sobre el techo.

En el bus también hace algo de frío. Hace tiempo que el Titicaca quedó abajo, lejos. Ya han pasado más de tres horas desde que salió de La Paz y el bus rueda por entre curvas hacia el Collado, hacia el altiplano. Atrás quedaron

Huarina y Carabuco que miraban hacia el lago. Ahora el bus puja en la subida hacia la montaña. El hombre de la chaqueta se quedó hace más de dos horas en Ancoraimé y.

Lino respira ahora más tranquilo. Vuelve el recuerdo de la whiphala quemada, la misma que lo miraba a él el día de la rutucha. La misma que ha visto tantas veces: cuando se casó su hermana, cuando murió el abuelo. La misma que pisotearon y él se quedó sin hacer nada, mientras el sargento lo miraba con una sonrisita, como retándolo. Fue un cobarde, piensa.

La gente baja del bus. Ya están en Soraca y es pleno mediodía. Debe esperar por lo menos tres horas para seguir hacia Mocomoco. A las tres llegará un transporte rústico que viaja hacia ese pueblo de montaña, pero que solo saldrá después que esté lleno. A veces hay que esperar horas. No hay prisa. Puede almorzar tranquilo. Lino camina por la pequeña ciudad buscando un sitio donde pueda comer su chanco en cruz que lo tienta desde la mañana. Al fin encuentra un lugar lejos del centro, hacia los suburbios. Es un corralón con mesas colectivas cubiertas por un hule de cuadros rojos y blancos. Se sienta en el largo banco de pino de la mesa más cercana al fogón. Le gusta sentir el calor de la leña y el olor agrio y dulzón del chanco que ya tendrá horas al fuego. No pasa un minuto y ya está a su espalda la mujer que recibe las órdenes y despacha la comida.

Cuando termina de almorzar, apenas es la una de la tarde. Siente el tiempo libre como un asedio, como una

amenaza, como si algo dentro de él le prohibiera reposar. Quiere romper ese efecto, esa especie de sortilegio, que lo pone en ascuas, como si tuviera una cuenta pendiente. Y no se trata de temor, sabe que no hay riesgos de que lo molesten, ni siquiera se le ha vencido su tiempo de permiso; es algo distinto, un desagrado que viene desde adentro. Lo persiguen las imágenes de los días anteriores, los abusos contra sus hermanos aimaras, las gaseadas, los disparos, los heridos... la whipahla ardiendo. No puede apartar esos pensamientos. Camina cada vez más hacia las afueras del pueblo y recuerda haber subido hace tiempo a una pequeña cima desde donde se divisa toda Soraca. Hurga en su memoria y encuentra el camino.

En menos de media hora está acostado en una pradera de hierba corta en declive. Abajo se divisan los techos rojos de tejas o de láminas pintadas, luchando por sobresalir de la arboleda de los solares de las casas. Las calles dibujan tramas, cuadrículas y triángulos escudados por los muros blancos de las paredes de las casas. Siente algo que no le gusta. Él no lo sabe, pero es una mezcla de frustración, vergüenza y tristeza. Todavía su conciencia le grita al oído: "cobarde... cobarde...cobarde". Pero, ¿qué más pudo hacer?

Piensa en Kuchu, su refugio. Ahí no tendrá que ver más lo que vivió en La Paz. Estará de nuevo en contacto con la tierra, abrirá los surcos para la siembra de la papa, del maíz, de la coca; saldrá en la mañana cuando el sol está escondido, con el frío del collado, sentirá ese aire helado abriéndose campo desde la nariz hasta los pulmones y sentirá el

olor de la tierra húmeda. No pensará más en la whiphala ardiendo, no pensará más en las paceñas luchando con sus brazos contra los policías; en las paceñas gaseadas, en el sargento que le dijo que lo tiene en la mira, no pensará en los muertos de El Alto.

Se sumerge en los recuerdos de Kuchu, pero el mal sabor por dentro no se le quita, eso está ahí como un ratón con sus dientes mordiéndolo por dentro sin parar. Cobarde, cobarde, esa es la palabra que lo muerde por dentro. Mira el paisaje y respira hondo varias veces y vuelve la calma. Va a descansar un poquito más, antes de bajar. Le gusta ver el pueblo tranquilo a esa hora. Las gentes están en sus casas reposando, esperando el momento para salir de nuevo a la jornada. Es temprano. Tiene todavía más de dos horas para continuar el viaje. Las calles están casi solas, uno que otro auto pasa. Hay bastante silencio hacia este lado del pueblo. Más lejos se escucha algo de bullicio. Mira la placita que hace un círculo de contrastes: el verde de la hierba, los cuadros grises del cemento en los senderos, flores rojas, amarillas... verde arriba en la copa de los árboles. Se queda atento observando. El viento mueve las ramas de las araucarias como resortes de arriba abajo en una especie de vibración. El follaje de los pinos tiembla. Las palmas de montaña destacan con su altísimo moño al aire. Mira un pino cercano a la entrada de la plaza, su verdor es intenso, casi oscuro, como un refugio umbrío. Le gustaría estar allí, escondido, a salvo de todo, protegido. Sería como otro Kuchu, otro rincón para esconderse.

Ha pasado tiempo y lo ha logrado. Está allí en el regazo del árbol. El perfume resinoso entre amargo y ácido del pino lo impregna todo. La ropa, la piel, el gorro. ¿Cuánto tiempo tendrá allí? No lo sabe. El tiempo no existe. Mira hacia abajo y ve gente que camina, transita por los corredores grises de la plaza. Gentes que conversan sentados en los bancos. Debajo, recostados en el césped, una pareja transgresora se murmuran palabras al oído. Siente dolor en el brazo, quizás por mantener el equilibrio en las alturas por tanto tiempo. Debe bajar, pero no sabe cómo hacerlo. Son doce o quince metros de altura y él está allí montado sobre ese tronco erecto. Pudo subir... pero, ¿cómo bajar? El dolor del brazo se le incrementa y empieza a sentir angustia. Debe bajar. Hace voces, al principio no muy altas. “¡Hey! ¡Hey!” Intenta llamar la atención de la pareja que descansa bajo el árbol. Sube la intensidad de la voz. No parecen inmutarse. Grita y no reaccionan. Grita en todas las direcciones a la gente que transita, pero nada; parecieran no escuchar. Él está allí en ese refugio, aislado, seguro, pero no existe para nadie. Es como si estuviese muerto, como si fuese un fantasma. Regresa el obsesivo pensamiento: es un cobarde. La mezcla de temor, frustración y angustia aumenta. No soporta más. Va a caer. Se agarra firme de la rama, clava los dedos, las uñas en la corteza. Entonces siente en la mano no la sensación de la corteza, sino un puñado de hierba con grumos de fango. Sus dedos están crispados y sucios. Respira hondo. Ahora se da cuenta de que ha resbalado un poco por la terraza de hierba en la que reposaba. El cuerpo está tenso, le duele

el brazo derecho que soportaba parte de su cuerpo en reposo. No entiende cómo pudo quedarse dormido. Quizás el efecto de la comida, la cerveza y el cansancio del viaje.

Respira hondo de nuevo y baja lentamente la pequeña colina. No sabe cuánto tiempo ha transcurrido. No tiene reloj, tendrá que preguntar la hora. ¿Habrá llegado el transporte que viaja hacia Mocomoco? Ya en la calle, camina despacio y pregunta la hora a un transeúnte. Son las dos y media, tiene tiempo de sobra.

Camina y se cruza con un grupo de niños con uniformes escolares. Los mira con simpatía. Entra a la placita y no hay pareja debajo del pino, pero ahí están el pino, las palmas, el césped, las flores que veía desde la colina. Hay gente en los senderos, en los bancos. Saluda y lo saludan. Se siente bien el contacto con la gente. Al salir de la plaza a la calle ve a un hombre que viene hacia él y saluda con efusión. Al principio está confundido, pero después lo reconoce. Un antiguo compañero de la escuela de policía que no finalizó el curso. Conversan. El hombre le pregunta qué hace allí y él le responde que está de paso, que ya regresa a La Paz. El hombre continúa su camino y Lino no sabe por qué le dijo que regresaba a La Paz. Vuelve a la plaza y se sienta en un banco. Piensa... se siente confundido. No tiene interés en continuar hacia Mocomoco. Ya no siente a Kuchu como un refugio. Sabe que allá la vida no será fácil y que no puede convertirse en una carga para la familia y en la aldea no hay muchos recursos. Puede ayudar, pero quizás es poco lo que puede aportar su trabajo. Lo más importante es que

ahora no tiene miedo, ni culpa. El hizo lo que pudo y tiene que enfrentarse, no escapar. No quiere estar como en el sueño, montado en un árbol, aislado del mundo. El ama a Kuchu, pero su mundo ahora es distinto. Tiene que regresar y enfrentarse... No quiere vivir como un muerto, como en el sueño. Pedirá la baja. Sabe que no se la darán y entonces buscará otra solución. Luchará, de algún modo luchará. No será cobarde, algo inventará para enfrentarse, para oponerse a esa gente que odia a los collas, que hieren y matan por odio. Para enfrentarse a esos que quemaron la whiphala.

Hará contacto con gente de El Alto para apoyar la lucha contra la señora que se dice presidenta. Luchará contra los cambas que odian a los collas, a los aimaras, a los quechuas. Ya no va a Mocomoco, ni a Kuchu. Regresará a La Paz.

Cruce de caminos

A Marialcira e Isidoro

*Duerme tranquila niña inocente
Sin preocuparte del bandolero
Que por tu sueño dulce e inocente
Vela tu amante el carabinero*

Himno del Carabinero.
Dictadura de Pinochet

1

Caminar en las mañanas se me ha vuelto una rutina. Me levanto muy temprano. Bajo a la calle arbolada, hago tres aspiraciones profundas y siento una energía que me prepara para enfrentarme a los retos del día. Es como una inyección de vitalidad. Los sentidos se despiertan. Puedo percibir las mínimas flores amarillas entre las ramas de los árboles que ocultan hasta dos pisos de los edificios, alineados por algunos kilómetros en la avenida donde vivo. Siento en el rostro el leve choque de la brisa un poco fría a esta hora; escucho mínimos ruidos: el ladrido lejano de un perro calle abajo, quizás a un kilómetro de distancia; siento perfumes, aromas provenientes de

algunos ventanales abiertos en los apartamentos: el néctar agridulce de una infusión matutina, perfumes de jabones de tocador de alguna ducha tempranera que evoca efluvios femeninos. Es como si las tres aspiraciones me inocularan un estimulante sensorial. Todo se me hace más nítido, más claro a la mente. Durante mi caminata me surgen las mejores ideas para mis clases. También la imaginación se hace más ligera, más volátil.

Hoy es domingo y mis pensamientos no están atados a una clase matutina, sino libres, abiertos a la exploración del mundo. Sin embargo, el placer del caminar no es completo; desde hace casi un mes la ciudad ha dado una voltereta y han sido momentos difíciles para todos. El ambiente hierve como un líquido; borbotea, se derrama sin frenos. Nadie quiere respetar rutinas, normas, leyes. Son demasiados años de contención, de miedo, de parálisis humillante, de abusos. Casi cincuenta años, al principio directos con muertos y desaparecidos y luego con el disfraz de las buenas costumbres. Hasta hace unas dos semanas la gente deambulaba como zombis, con la mente fija en el presupuesto limitado, con la imagen de un dinero invisible que se escapa de las manos, cada vez que la tarjeta plástica toca el artefacto electrónico para una transacción comercial. El dinero no alcanza. La gran aspiradora del sistema económico, del establecimiento, del establishment, como les gusta decir a los politólogos, absorbe todo, chupa como una gran máquina alimentada con sueños frustrados, con vidas que no se pueden vivir.

También físicamente el mundo urbano se ha vuelto más invivible con la represión despiadada del gobierno, ante el cansancio de la gente que ha decidido salir a protestar, a jugarse la vida para dejar de ser un robot más. Sobre todo los jóvenes que no vivieron la dictadura salen a enfrentar chorros de agua envenenada con sustancias urticantes, gases corrosivos, tóxicos; balines, perdigones, golpes con bastones, patadas de hombres entrenados para la guerra y la muerte.

Para mí esto no es algo nuevo. En los años ochenta en mi país era rutina. En la universidad, donde di mis primeros pasos académicos como estudiante, era ritual cotidiano. Todos los jueves un grupo de jóvenes encapuchados se apostaba en uno de los portones del campus universitario, con piedras de todos los calibres, mientras los policías, a unos cincuenta metros de distancia, disparaban perdigones y bombas lacrimógenas. Como las actividades no se suspendían y muchos profesores eran disciplinados en sus horarios, se volvió algo común escuchar clases con el rítmico fondo de los disparos. Claro que para los muchachos encapuchados era un juego peligroso; las bombas podían terminar abriendo un cráneo, los balines de goma producían dolorosas contusiones con riesgo de efectos muy malsanos si tocaban zonas más vulnerables como ojos o genitales; además, a veces los balines se cambiaban por plomos o metras, es decir, esferas de vidrio compacto, con graves consecuencias en su impacto, y lo peor es que no era extraño que la policía inesperadamente empleara armas con municiones letales.

Sin embargo, esos eventos eran vividos por los estudiantes, profesores y empleados con total tranquilidad, como si se tratase de una rutina más de la vida cotidiana. “¿Hoy toca encapuchados?”, preguntaba alguien. “No, hoy es día libre. Hoy las capuchas se van de farra, es viernes, sábado chiquito”. Así es la gente en mi país. El mundo se está cayendo y se lo toman flemáticamente, tratan de volverlo un motivo de conversación como hacen los anglosajones con el clima; pero van más allá, lo vuelven motivo de broma y hasta de chistes. No sé si serán los sedimentos de genes caribeños, africanos o qué los que producen ese carácter, pero así somos. Por aquí ha llegado una oleada de mis coterráneos escapando de la crisis, de la guerra económica en nuestro país. No sé cómo se lo estarán tomando ahora. Imagino que no será fácil para ellos encontrarse con esta situación, cuando venían a refugiarse, según ellos en un país tranquilo y próspero.

Ahora estoy más hacia el centro de la ciudad y descubro que quizás mis evocaciones de violencia tienen un motivo. Desde hace algunos minutos la atmósfera prístina y agradable se ha enrarecido un poco. Al respirar, una leve acidez pellizca las mucosas de las fosas nasales y hay una sensación de irritación en los ojos. Pienso en la sugerente imagen gustativa de Proust con las dulces magdalenas, las galletas que lo sumergían en su pasado. Creo que la atmósfera contaminada con los gases lacrimógenos de los carabineros, me lanzó hacia mis tiempos de estudiante. Ahora mi estado de ánimo no es el mismo. Mis aspiraciones respiratorias al inicio de esta caminata

han perdido su efecto. La sensación de frescura estimulante ha desaparecido y me agobia un poco un estado de aprensión o quizás de melancolía. Pero mencionar a Proust en este momento es al menos inadecuado. Lo que surge en mi memoria no son imágenes íntimas y cálidas. La sensación olfativa de los gases en esta mañana me catapultó a un recuerdo del siglo pasado en mi país: 1989. En ese momento también la ciudad, mi ciudad lejana ahora, estalló como una bomba, dejando muertos y heridos por doquier. La gente salió en una mañana al final de febrero a hacer justicia por sus propias manos, hasta que dos días después el ejército fue sacado a las calles con fusiles, ametralladoras y tanquetas a reprimir en una cacería inmisericorde, donde todos estábamos condenados a morir solo por estar en las calles, por estar en el sitio inadecuado en el momento inadecuado. Condenados a muerte por el único delito de existir. No quiero recordar ese tiempo que se mezcla en mí con sentimientos muy íntimos de dolor y de pérdida.

Decido cambiar la dirección de la caminata y girar un poco hacia el noroeste hacia una atmósfera más amable. Cruzo la avenida en busca de una zona arbolada. Acelero el paso para que el ejercicio se vuelva más exigente con la esperanza de que la circulación de la sangre oxigene el cerebro. Dicen que caminar enérgicamente produce las sustancias del bienestar. Hablan de la serotonina, de la dopamina. Quiero neutralizar esta tristeza que viene de treinta años atrás.

Llevo al máximo la velocidad del paso y muy pronto se nota un cambio. No se siente la atmósfera enrarecida por los gases y el ambiente urbano se vuelve más amable. Ya se empiezan a ver árboles como al principio de la caminata. Cruzo otra avenida y llego a una calle ancha, pero de una sola dirección. Aquí los árboles son más jóvenes, menos altos, pero igualmente protegen las fachadas de las construcciones. Esta zona evoca un barrio europeo en pleno verano. Las amplias aceras están arropadas por la sombra de los árboles que, durante horas más tardes, en algunos puntos, serán ocupadas por mesas y sillas de los abundantes cafés de este sector. Allí se encuentran también tiendas de artesanía y sobre todo librerías y kioscos de periódicos. Quizás por el efecto íntimo de este barrio me siento mejor.

Vuelvo a mi ritmo inicial y respiro cómodo, absorbiendo olores nuevos. A esta hora los cafés de la zona ofrecen servicio en el interior de los locales y los aromas matutinos de pastelería y el amargor del café inundan el espacio. Continúo la caminata y descubro que en algún punto debo haber hecho otro cruce porque me aproximo de nuevo a la avenida de donde partí, a la calle donde vivo. Me doy cuenta, entonces, que estoy caminando en círculos. Avanzo, sin embargo, ahora más lentamente por una calle que siento acogedora y totalmente solitaria. A lo lejos veo que del interior de un café surge una figura de mujer que avanza en dirección contraria a la mía. No la percibo con claridad, pero veo que es una mujer joven.

Ha sido una mala noche. No es que se haya quedado en blanco, con los ojos abiertos sin poder conciliar el sueño. Es otro tipo de insomnio, una forma de dormir espasmódica en la que el sueño es interrumpido por sobresaltos e imágenes del día. Le ocurre de vez en cuando si la jornada ha sido muy agitada. El trabajo de fotógrafa de un periódico digital es exigente si se hace no tanto por el dinero, que apenas sirve para completar una semana del presupuesto mensual, sino por convicción. El medio para el que trabaja es un de orientación feminista, dirigido no solo a las mujeres sino a todo público. El equipo de redacción está muy claro en eso. Bastante han discutido. En su política editorial resalta que no caerán en la trampa ideológica de convertir al hombre, al macho, en el enemigo. Todos en el grupo están convencidos de que el machismo es apenas una arista del artefacto ideológico que oprime y exprime a la mujer y que tanto él como ella están atados al mismo torniquete de explotación. Hay días de días y el de ayer, y se podría decir que todos durante las últimas semanas, han sido arduos y hasta peligrosos. Ante la explosión social, la furiosa represión gubernamental no ha dado tregua. Han sido jornadas íntegras en la calle y ha tenido incluso que descuidar su trabajo de artesanía del cuero porque también trabaja por encargo para tiendas de la zona fabricando cinturones, sandalias y otros accesorios. En los últimos tiempos sale muy temprano del apartamento que comparte con otros compañeros a cubrir las protestas, a documentar con imágenes

los reportajes, entrevistas y artículos de Lucio, Serena y Miriam. El periódico quiere demostrar a su público la desproporción de la represión del gobierno. Los abusos contra las marchas. Ha tomado decenas de fotografías que demuestran la violencia y el sadismo de los cuerpos represivos. Hombres cubiertos de pies a cabeza con corazas como escamas que los cubren sin restarles movilidad; petos, cascos y gruesos plásticos como visores opacos, que protegen su identidad; armados de bastones, fusiles y botas reforzadas por materiales contundentes, aparecen en sus fotografías y videos digitales, mientras golpean y patean a la víctima de turno. Caen de a tres o más sobre la persona seleccionada para el sacrificio, para la tortura. Generalmente un joven o una joven que apenas cubre su cuerpo con una simple camisa y unos pantalones cortos que dejan al descubierto piernas y brazos y ofrecen un atractivo terreno para descargar el odio y las frustraciones que el sistema les ha inoculado a los encargados de la represión directa. Pero no solo golpean piernas y brazos. Tienen una táctica casi ritual. Con empujones tumban a la víctima al piso y allí entran en función las botas. Con patadas lesionan el abdomen, el pecho y el rostro. Al final, la víctima inerte es levantada y arrastrada hacia el cajón de un siniestro vehículo, donde otros jóvenes yacen empapados por la sustancia urticante que les lanza-agua. Prodigan con furor; jóvenes, adolescentes y niños golpeados, con heridas de perdigones o con síntomas de asfixia por los gases. Allí los mantendrán hasta que acumulen un lote suficiente de cuerpos para trasladarlos a la comisaría

seleccionada para continuar la fiesta sádica. Reunidos en salones de retención, tirados en el piso estarán a la merced de la voluntad del funcionario, jefe de turno, que decidirá cuándo serán golpes o cuándo acciones de perversidad sexual dirigidas sobre todo contra las mujeres, adolescentes y niñas.

Es domingo y Adelina habría podido quedarse arrebujaada entre las mantas y sábanas, pero la cama no había sido amistosa en la noche y quiere alejarse de ella cuanto antes. Con cuidado para no despertar a las compañeras con quien comparte habitación, sale de la cama y como una gata, casi de puntillas para no hacer ruido, se dirige a la cocina a beber agua. Es una antigua costumbre adquirida por consejo de su excompañero de vida. En la mañana, decía mientras bebía un vaso de agua, lo primero es darse una ducha interna. Después vendría el ritual matutino, incluyendo el baño con agua tibia. Pero hoy no habrá ducha en la primera rutina porque necesita salir a caminar con urgencia de forma dinámica, deportiva, para quitarse la modorra con un recurso distinto. Desde que se fue a vivir a ese apartamento con un grupo de amigas con quienes comparte, además del pago del arrendamiento, las esperanzas y frustraciones de la vida en actividades que apenas les permiten subsistir, tiene la costumbre de salir a caminar temprano cuando la ciudad apenas está despertando. Camina por la larga calle de su edificio hasta desembocar en una amplia avenida. Después de hacer un gran óvalo cruzando calles y avenidas para no alejarse mucho del piso donde vive, la espera

un desayuno que rigurosamente prepara la compañera a quien le corresponda el turno de esa faena matutina. Pero el domingo es libre para todos. Cada quien deja la cama a horas distintas, cada quien desayuna a su antojo. Hoy ella tiene la tentación de gastar unos pesos en un local de la zona con una empanada chilena y un café brasileño con crema y sin azúcar. Tiene que desembarazarse de ese estado de ánimo gris, casi negro que hace que arrastre los pies y conspira contra su propósito de hacer de la caminata un ejercicio vigoroso.

Al final, tuvo que ceder. Ni la empanada ni el café pudieron arrastrar esa nube oscura que se le ha instalado en las neuronas, en la sangre, en las vísceras. Se dice a sí misma que no hará más oposición a la tristeza, a esa especie de desasosiego que le sube del pecho hasta la garganta. Sabe que las emociones rechazadas, se refuerzan. Lo ha leído, lo ha escuchado. Es parte de su poca cultura de la filosofía oriental. Lo que hay que hacer es observar la emoción, escudriñarla, sin entregarse, pero manteniendo fija la vista sobre ella, como cuando alguien nos ofende y no queremos echar más leña al fuego y simplemente, entonces, lo observamos fijamente, lo taladramos con los ojos. Decide respirar su tristeza, su sentimiento de confusión, mientras camina como una paseante que observa por vez primera el ambiente de la ciudad. Percibe fachadas de edificios pintados con colores fríos que ya denuncian la invasión de hongos en los zócalos. Un perro acurrucado, durmiendo todavía a pesar de la luz del sol que lo cubre como una manta. Gente que a esa hora

camina por las aceras. Comerciantes informales que se trasladan a algún mercado, caminadores deportivos con atuendos de la primera línea de la moda. Olores, ruidos. La ciudad que despierta. Todo cubierto por la neblina tristonca que se interpone a su mirada.

No hace más resistencia a su estado de ánimo. Dejar fluir, dicen. Fluir, discurrir, soltar, caminar. Frente a ella viene rápido un hombre. Está a una distancia de metros todavía, pero puede observar detalles de su rostro. Distingue rasgos que se salen de la clasificación que ella tiene de la gente del país. No pertenece a la ciudad, pero tampoco es un pueblerino, un indígena. Son rasgos diferentes. Un extranjero de Suramérica... ¿del Caribe? Se aproximan y lo observa y al verlo una oleada de tristeza le sube como un rubor. Lo mira escudriñando por qué le produce tanto dolor ese rostro. Lo mira a los ojos y siente en ellos el espejo de su propia tristeza. Es como si él también arrastrara una pena. Se cruzan. Pasa a su lado y a ella le parece escuchar el balbuceo de un saludo, pero no contesta. Continúa su marcha ahora con el sinsabor, con su congoja en aumento y, como el chispazo de un flash, una imagen salta desde su memoria archivada hace más de veinte años.

Un niño tirado en el piso en el solar de recreo de la escuela, mientras otros dos niños lo patean. Es un niño con rasgos indígenas. El niño llora mientras los agresores lo insultan. Ella está allí y simplemente observa, no interviene. Tiene miedo, no dice nada, calla. Esa imagen la perseguirá por años, pero sobre todo la perseguirá

su cobardía. Juró que nunca más dejaría que el temor la atrapara, que el terror la inmovilizara. Ahora con la cámara o con el móvil enfrenta el temor.

Cuando surge una escena de violencia contra alguien inerte, coloca el visor o la pantalla delante de sus ojos y el temor desaparece. Nunca más se quedará inmovilizada. En estos terribles días de violencia en la ciudad ha tomado decenas de fotografías donde aparecen los hombres de la policía cuando se apiñan esgrimiendo largos bastones contra un solo manifestante; patean, después de lanzar al piso con rabia el cuerpo frágil de una chica que no pasará de dieciséis años, o arrastran por el asfalto a un chico sangrante, inerte y malherido. Nunca más será cobarde. A pesar de lo que le diga Roberta su compañera artesana del taller de talabartería. A pesar de sus comentarios: que está corriendo muchos riesgos, que no se puede confiar, que en estos días golpearon hasta el cansancio a un periodista por tomar una fotografía. Ella escucha sus argumentos y solo piensa: nunca más, nunca más seré cobarde. Escucha a Roberta como en sordina: que no necesita hacer ese trabajo... que con la artesanía es suficiente... que incrementa la producción de sandalias, de accesorios y obtendrá el doble de la paga de lo que obtiene en el periódico de los amigos. Pero ella sólo piensa: nunca más.

3

Lleva tres días con esa rabia comiéndole el cuerpo. Pero ahora sí que no arruga más. Él nunca fue arratonado.

Siempre en la escuela lo respetaron porque sabían que era agallento. Cuando estaba en el quinto de la prepa casi mata al piojo hinchado que lo empujó en la fila de la mañana. Y ahora viene el conchaemadre capitán a dejarlo como un amermelado ante todo el mundo. Lleva tres días rumiando cómo acabar con las risitas del Justino que se cree un bacán. Hasta en su pueblo se enteraron. Apareció en la televisión de allá. Recibió un mundo de llamadas en esos días de su gente. Algunos para joder y otros para saludar y recordar los buenos tiempos. Pero ahora sí va al tiro, piensa. Está dispuesto a acriminarse, nadie lo va a estar agarrando para el weveo.

Mira la máquina que lo espera dócil en un rincón del garaje donde aparcan los vecinos sus autos. No es ningún juguete para niños. Con un peso de trescientos kilos y 167 caballos de fuerza, su Triumph está lista para lo que él quiera, nada los detendrá. Pasa la mano enguantada sobre el asiento, como quien acaricia un caballo, la mira de reojo y balbucea: “hoy es el día”. Cierra la chaqueta de cuero, se coloca el casco que se asemeja una cabeza de avispon, con el visor oscuro y una punta en la quijada. “Hoy es el día”, repite. “Te portas bien, nada de tumbarme”, le dice como secreteando, mientras hace un giro y cae sobre el asiento en un solo impulso. Coloca las manos enguantadas sobre el manillar y mientras con la izquierda controla el embrague, con la derecha va a la operación que más le gusta. Después de presionar el botón de encendido gira el mando y ocurre la cascada de explosiones, el grito de fiera de su Triumph. La hace cantar,

chillar, repetidas veces. Es un aria poderosa de muchos registros desde el tenor hasta el barítono, con toques asoprannados. Cuando su máquina grita así, él siente que está vivo y la piel se le agallina como en un orgasmo. “Vamos al tiro”, le dice, mientras de un solo arrancón ambos salen despedidos por la boca del garaje y se pierden en segundos por la avenida.

4

A veces me siento un poco confundido en este país. Con los años que llevo viviendo aquí, me he ido desembarazando de mis hábitos caribeños: la desenvoltura, la poca contención en el trato con la gente, pero creo que me he quedado en una especie de tierra de nadie, atrapado en un género de confusión insegura. La mujer que salió del café acaba de pasar a mi lado y en mi timidez apenas pude medio mascullar un buen día y no obtuve respuesta. Eso me hace sentir un poco ridículo. En lugar de prodigar un saludo franco y hasta una sonrisa, como haría en mi país, lo que hice fue tartamudear. O quizás mi confusión tiene otro origen: la mirada de ella. Era una mirada taciturna, melancólica. Era como si una pesadumbre le brotara en el rostro sin poder contenerla. Sin embargo cuando estuvimos cerca, cuando los pasos de ambos en direcciones opuestas nos aproximaron a unos pocos metros de distancia, ella mantuvo la mirada firme, pero afligida. Era como si quería hurgar en mis ojos lo que yo pensaba de su tristeza.

Había algo como interrogativo, como si quería preguntarme sobre su propio dolor. Eran unos ojos grandes, velados en instantes por las pestañas. Unos ojos de un color indefinido entre avellana y un verde tostado por años, siglos, de combinaciones genéticas.

Me siento un poco tonto. No puedo dejar de pensar en la chica de ojos avellana. Acelero el paso para recuperar un caminar acelerado, pero su rostro afligido no me da tregua. Quizás se despierta en mí el antiguo síndrome del salvador, del hombre predestinado a proteger, a cuidar, a curar. Siento que esos ojos me piden ayuda y en un impulso irracional, decido dar vuelta para tratar de alcanzarla. Es un absurdo, pero ya se me ocurrirá algo si lo logro, si no se me pierde entre la red de calles y avenidas.

5

El rugido de la Triumph mata el silencio de la alameda. En línea recta, como un proyectil se desplaza por la avenida. El hombre imprime más y más velocidad y las revoluciones del motor suben exasperantemente casi como un silbido. La figura humana es una excrecencia del metal de la máquina. La Triumph se crece con una joroba humana. Ambos se desplazan en íntima simbiosis. Él, con el tronco doblado en una curvatura desbordada sobre el centro de los manillares, pareciera que le confesara propósitos, designios futuros. Intempestivamente el ruido agudo se transforma en una cascada de breves explosiones, el motor tose y la máquina se detiene

obediente al mecanismo que va desde el manillar hasta las ruedas.

Ahora vuelve el silencio en la avenida. No hay transeúntes. Pasa un auto en dirección contraria. Cruza un ciclista. El hombre y la máquina están detenidos en una intersección que dibuja una esquina. El motorista con un pie en tierra está inmóvil, la cabeza de avispón oculta su rostro. Es una mancha negra de cuero: chaqueta, guantes, botas. El hombre parece mirar hacia la avenida, espiar, asechar. Pero la avenida está sola. No hay transeúntes. Un pequeño camión cruza a unos cien metros. ¿Qué espera? La Triumph ronronea como un felino al acecho de su presa. De lo hondo del silencio surge de pronto el bramido de la moto. Máquina y hombre se vuelven una saeta. El motor ruge, grita, en un violento viaje por una atemorizante escala sonora. La mancha negra de cuero y metal se han convertido ahora en un proyectil sonoro y vibrante. A mitad de la calle una figura humana pareciera sorprenderse ante esa aparición repentina y se queda inmóvil, como confiando en la amplitud que la rodea. Cien motocicletas podrían pasar sin arriesgarla, sin tocarla. Pero la bala mecánica va en línea recta por el centro de la avenida, ignorando la figura detenida. En segundos, la máquina pasará a centímetros de la chica que está confundida e inmovilizada. El hombre va ahora medio doblado en el asiento y al llegar hasta la mujer hay un mínimo movimiento con el brazo izquierdo y el cuerpo de la chica salta por el aire y la moto zigzaguea, reduce la velocidad, pareciera que derrapará sobre el piso, pero

el hombre de cabeza de avispón retoma el control y la máquina continúa su viaje de flecha. El motorista ahora respira aceleradamente y siente una especie de taquicardia, que lo hace sentir eufórico. Le da palmadas a su Triumph mientras le grita: “¡Te portaste bien, coño! ¡Te portaste bien! ¡Aguantamos, mina!” La voz se escucha como en sordina desde el interior de la escafandra que le oculta la identidad. Allá adentro de la cápsula protectora de la cabeza, hay cambios. El rostro está rojo como si hubiese hecho un gran esfuerzo físico, las pupilas dilatadas y los músculos faciales dibujan rictus nuevos, tensos, rígidos. Se siente eufórico, murmura frases... “¿Qué se creía la conchaemadre cuica esa, que me iba a joder y yo no iba a hacer nada? Eso le pasa por meterse con un hombre. Claro, su novio debe ser un fileto y no sabe lo que es un hombre de verdad, no una mariquita, un afrancesado”. “¡Se jodió la weona! Mandé a la chucha a la conchaemadre”. “Pa que respete la autoridad”. “¿Qué es eso de sacarme fotos con la cara descubierta cuando me tumbaron los comunistas conchaemadres?”. “Ya el jefe lo dijo bien claro: Es – to – es – u – na – gue – rra”.

6

El hombre, ahora, arrastra los pies como un anciano de noventa años. Camina con los brazos rígidos. No está seguro a dónde se dirige. No quiere llegar al apartamento solitario. Es domingo y no hay subterfugios. No puede ir a la universidad. No es católico practicante, pero por su mente pasa la idea de refugiarse en una iglesia, en un

sitio donde no tenga que compartir con nadie una palabra. Sin embargo, su rechazo a la parafernalia de las imágenes y los ritos puede más y su laicismo vence. Una iglesia no. Sigue caminando. La vista extraviada salta de un lado a otro. Siente que algo desagradable se mueve en sus vísceras. Conoce ese síntoma de la angustia. Siente terror, náuseas y dificultad para respirar. No obstante, no se detiene. Sigue caminando sin rumbo. No sabe en qué parte de la ciudad está. Ya el sol se eleva alto en el firmamento pero siente frío, escalofrío. Sin saber cómo ni cuándo, está sentado en un banco de una placita arbolada. A esa hora todavía la alameda está casi sola. Lejos, en otro banco un anciano de largo cabello lee un periódico, mientras un bastón permanece recostado del asiento. Él mira al anciano como un objeto más, como mira los árboles o las plantas de los jardines. Su mirada está nublada por los pensamientos, por las imágenes que surgen como una avalancha en su memoria.

Es una invasión descontrolada que viene de archivos del tiempo en un caos. Imágenes de cadáveres en la calzada de una avenida. Es como si alguien los hubiera arrastrado hasta allí para que no obstaculizaran el paso a los vehículos. Como si los hubieran lanzado sin ninguna consideración ni respeto. El hombre quiere rechazar el recuerdo y mira al anciano, pero las imágenes se imponen. Son muy antiguas. De treinta años atrás en su país. Imágenes de una masacre perpetrada por el gobierno de turno con la acción directa de los militares de aquel momento. Ahora en su mente ve vehículos que pasan,

camionetas con batea para la carga llenas de cadáveres amontonados que serán tirados en centros de recepción para introducirlos en bolsas plásticas y llevarlos a la fosa común de La peste. No sabe cómo recuerda eso. Si lo vio, si se lo contaron, si estuvo allí. Siente que enloquece.

Hace rato que la mañana dominical le cedió el paso al medio día. El sol de verano está pleno. El hombre sigue estático, pero la alameda ha cambiado, borbotea de vida con niños, mujeres, vendedores ambulantes. En el banco donde estaba el anciano ahora una mujer vela el sueño de un bebé que duerme en un pequeño coche azul. El hombre intenta ordenar sus ideas, el caos de imágenes que lo agobian. Quiere encontrar una cronología lógica. Organizar el caos. Sabe que todo comenzó hace algunas horas. Recuerda su caminar matutino por la ciudad, su encuentro fugaz, casual, con una mujer. Recuerda el sentimiento de tristeza en su mirada y cómo esos ojos lo lanzaron hacia un pasado que él creía olvidado. Los ojos de ella no solo eran los ojos de ella. Eran también los de otra mujer treinta años atrás. Los de Emilia aquella mañana de marzo antes de caer al piso con un proyectil en la cabeza. Eran los mismos ojos, la misma mirada unos segundos antes de su muerte, cuando afincada en su brazo izquierdo lo miró fijo y le preguntó si no tenía miedo. La recuerda tirada en el piso con los brazos separados del cuerpo, la cabellera extendida sobre una mancha púrpura que crecía, crecía sin detenerse. Era la misma imagen de hace algunas horas. La chica tirada al piso sobre el rayado blanco del paso de peatones, la mancha roja

fluyendo incontenible, convirtiendo el rayado del cruce en un extraño símbolo trágico. Pero sobre todo, eran los mismos ojos mirando hacia el firmamento como en una pregunta sin respuesta.

El retorno de Dios

Hoy fui a la iglesia Santo Domingo, de la que estuve ausente durante tanto tiempo, pero el ambiente del centro no me gusta, por eso prefiero mi iglesia María Auxiliadora. Reconciliarme con Dios da mucho alivio. Aunque prefiero siempre encontrarme con él allá en la María Auxiliadora. La zona es más... cómo decirlo, bueno... más chic. Además, está cerca de la avenida Arce y por ahí todo es cómodo, más de lo de una. Otra ventaja es que allá una puede aparcar el auto cerca, sin peligro. En cambio, acá tuve que pedirle a Froilán que me trajera.

Acordamos que, entre tanto, él se fuera por ahí a comprar el diario, a tomar café y esas cosas de los hombres. Menos mal que ahora no fuma. Cuando fumaba se gastaba casi una caja mientras me esperaba en cualquier parte y esa era su excusa cuando le reclamaba. “¿Y qué voy a hacer cuando te espero?”, me decía. Dígame cuando yo iba a la boutique que queda en el Macro Distrito Norte. Ahí sí que era todo un problema porque se iba al Centro Comercial y llegaba con tufo de alcohol, un aliento

insoportable de whisky mezclado con cigarrillo. Pero Dios es grande y Froilán conoció a las personas que lo llevaron por el buen camino. Esos amigos del club fueron una bendición. Lo conectaron con la Iglesia Pentecostal y se acabó el whisky, el cigarrillo y otras cositas más que no quiero ni recordar.

Harto deseo tengo de regresarme a Quibaya, me antojo estar allá en el campo con mis ovejas como cuando era niña, que me las llevaba a la montaña a pastar y pasaba tiempo con ellas, escuchando solo el balido de los animalitos y el viento entre las rocas que hacía que la paja sonara como una cascada de agua. Era como un baile. Llegaba una brisa y la paja se movía del lado por donde nace el sol y después venía una más fuerte y la empujaba hacia el lado donde el sol duerme. A lo mejor no era un baile sino una pelea. Un viento era amigo del día y el otro de la noche.

Yo sí es verdad que me quedo con mi religión, pero para los hombres creo que está buena esa iglesia Pentecostal. Ahí hay mucho control. Ellos dicen que los pentecostales son elegidos, que los que ahí están son los que ya Dios decidió que se van a salvar. Que se lo crean. Por eso será que tienen normas tan estrictas, para no defraudar a Dios. Lo bueno es que en ese mundo hay mucho contacto social. Muchos hombres de negocio se hacen fieles de la Iglesia Pentecostal y las cosas le van mejor. Según ellos esa es la señal de Dios: la prosperidad. Eso me dice Froilán, que si le va bien, es porque Dios le está mandando el mensaje de que él es un elegido. La verdad

es que desde que entró en esa Iglesia, muchos amigos lo apoyan y ha mejorado lo de las importaciones. Pero lo que él no dice es todo el trabajo que yo tengo que hacer como abogada para abrirle las puertas en las oficinas del gobierno. Le dije en son de broma que me tenía que dar una comisión mensual.

Me represento la idea de que estoy de vuelta con mi abuela en el fogón, ayudándola a cocinar. Ahí, soplando esa brasa de la leña y eso me gustaba por demás. Era bonito ver el fuego rojo, escondido entre la ceniza y después mirar cuando la soplaba y se levantaba una llama amarilla alta con hilos azules y empezaba la lucha entre el azul y el amarillo y no ganaba ninguna, las dos se aplacaban y vencía el rojo que se quedaba quietito sin despegarse de la leña, pero ahora como más rojo. La abuela me decía que sí, que es una lucha que pasa siempre de verdad. Que los que hacen bullicio y se quieren poner muy arriba, pierden fuerza. En su lugar los que se quedan quietos y no quieren estar por encima, van ganando fuerza y vencen al final. Creo que eso puede pasar con las gentes que sacaron al presidente. Nosotros vamos a ganar fuerza de vuelta. Yo no estoy al tanto de todas esas cosas de la política como mi hermana que estudió en la Universidad del Alto. Pero estoy enterada de que hay personas que son malas y hay que cuidarse de no alentar a esa gente dañina.

Por aquí por el centro todo está más tranquilo en estos días. Dios ha retornado. ¡Alabado sea Dios! Hasta una puede caminar hacia el Palacio Quemado y sentarse

unos minutos en la Plaza Murillo a ver el revoloteo de las palomas. Ahora no hay la indiada de antes. Todavía hay unos por ahí. Pero no la barbaridad de antes. Creo que agarraron escarmiento. Bastante palo que llevaron cuando estaban tratando de defender a su presidente. Ya todo eso se acabó. Dios retornó al Palacio Quemado. Eso fue lo que dijo el caballero de Santa Cruz: la Biblia y Dios retornaron al Palacio.

Todas esas cosas vienen a mi pensamiento como un columpio, vienen y se van. Entonces vienen otras como cuando iba con mi abuela para la piedra grandísima que está cerca del encierro de los animales detrás de la casa y nos sentábamos en la sombra de la piedra y ella me hacía las trenzas. Me peinaba despacio y hablaba, contaba historias de cuando ella era niña, cuando ya era mujer como mamá, hablaba de mis tías y las cosas que hacían, de las trastadas de ellas. Ahí pasábamos rato y ella sobando mi cabello, alisándolo con las manos para después empezar a tejer las dos trenzas. Me decía que una mujer y también el hombre deben cuidar mucho sus cabellos, que son como los rayos del sol y de la luna, que el sol y la luna tienen también sus cabellos que son los rayos que vemos en el día y en las noches, sobre todo las noches de luna redonda. Por eso hay que hacer dos trenzas, una que es la del sol la que viene del lado izquierdo de la cabeza y la otra la que viene del lado derecho que es la de la luna. Pero hay que unir las al final para que no tire cada una por su lado, para que se junten como hombre y mujer. Para que no luchen, para que se concilie lo fuerte y duro del sol con la suavidad de

la luna. Eso me decía. Por eso nosotras llevamos las trenzas unidas. Para tener igualadas esas dos fuerzas.

A esa gente satánica había que controlarla, querían acabar con las buenas costumbres. Basta asomarse por el Mercado de las Brujas para ver ese mundo diabólico de supersticiones. Por eso mismo nunca voy a la Iglesia de San Francisco que queda por ahí, cerca de ese mercado. Eso está lleno de gente mal viviente. En la plaza de San Francisco no se puede ni caminar, a cada rato te topas con un indio. Puros ponchos, polleras y sombreroitos. Pero ahora volvemos a respirar de nuevo. Como dijo el obispo de Santa Cruz que lo que sucedió fue la resurrección de la nueva Bolivia, nada de golpe de estado.

Caminar por aquí me trae recuerdos. Es verdad que en esa época, cuando yo era una niña y me traían a la Catedral Metropolitana los domingos, había muchos indios. Pero eran distintos. En esa época eran humildes. En la casa trabajaba aquella india, con un nombre quechua. Yo estaba muy pequeña, no recuerdo su nombre. Era una mujer muy respetuosa y mamá la fue educando para que fuese más limpia. Otra época. Por eso me gustó ir hoy a la Iglesia Santo Domingo, donde hice mi primera comunión. El vestido blanco con encajes que me compró papá, aquel velo de tul y una especie de corona. Hasta me parecía una novia. Esa iglesia hoy me revolvió muchas cosas. Ahí se respira un aire tan religioso, tan profundo que una se siente limpia, tranquila. Cuando llegué me sentía tan deprimida. Me tiene muy mal lo de Eda, mi hijita querida. Creo que necesita ayuda profesional. Se pasa el tiempo

metida en la habitación después de lo del asalto. Fue una experiencia muy fuerte para ella, más que un asalto eso fue un secuestro. ¿Sabe lo que es que te apunten con un arma y se te metan en el auto? Menos mal que andaba con el noviecito de ahora. Los tuvieron dando vueltas por más de dos horas, haciéndoles preguntas. Al final, aunque les quitaron las carteras y los teléfonos los dejaron ir. Fue muy duro. A ella la pasaron para atrás y uno de los tipos hasta la toqueteó, mientras encañonaban al novio. Gracias a Dios no pasó de ahí. Todo eso me tiene mal porque se me enreda con lo que pasó con la india. No termino de superar ese incidente. A veces me siento culpable, sobre todo después de lo de Eda. Pienso que si será un castigo de Dios por lo de las tijeras.

Todavía no entiendo cómo pasó todo. Yo solo fui por la calle que lleva más arriba de la plaza San Francisco, porque caminando con mi hermana por ahí un domingo había visto en la calle Murillo unos pendientes bonitos que costaban veinte bolivianos y a ella les gustaron hartito. Entonces pensé que se los iba a regalar para las fiestas. Los quería comprar y tenía reunidos más de treinta bolivianos de las ventas del mercado de las Brujas. A lo mejor fui un poco tonta al pensar que ya podía caminar por esos lados y que todo estaba tranquilo otra vez ya que habían logrado lo que querían, sacar al presidente. Me figuraba que esa gente estaba ahora conforme y nos dejarían vivir tranquilos. Por eso no entiendo por qué. Caminaba tranquila por la calle Yanacocha viendo detrás de los vidrios las cosas que venden por ahí y ni me di cuenta cuando

llegaron como una perrera del monte con los dientes pelados a atacarme por todos lados entre todos y yo no sabía qué pasaba y vociferaban, gritaban desgañitados y yo no entendía. Me empujaron me quitaron el aguayo, lo revisaron y tiraron todo. La comida que llevaba para pasar el día en el mercado de Las Brujas quedó toda regada en la calle y entonces fue cuando apareció la mujer esa que se parece a la que se quedó en la presidencia, la que dijo que Dios ha retornado. Yo entiendo que sí era ella, pero Yuriana y otra gente me dice que no, que es imposible. Pues esa mujer, la que sea, llegó con las tijeras para que me cortaran las trenzas.

Pero a pesar de lo que me dijo el confesor siento que fue un error que yo interviniera. Ese asunto me quita la paz. Siempre me tengo que estar metiendo en situaciones que no me corresponden. Tenían que salir yo con las tijeras. ¿Qué hago yo con unas tijeras en la cartera? Eso me lo ha dicho Froilán hasta el cansancio, que si me van a asaltar no me va a dar tiempo de abrir la cartera para sacar tijeras. En realidad, esa no fue idea mía, sino de Malú, que toda la vida ha estado con unas tijeras en la cartera. Como dice Froilán: “Mientras abres la cartera y sacas las tijeras ya estarás muerta”. Él se burla y dice cosas irónicas. En el fondo, aunque me irrita, creo que tiene razón. Si no hubiera cargado esas tijeras, yo simplemente hubiera hecho como todo el mundo, como todos los que estaban ahí, ver y comentar. Ahora, después de lo de Eda, me siento extraña. Creo que la india debe tener más o menos la edad de ella. Cuando la vi de lejos parecía una mujer

vieja, con esa ropa, con la pollera, la manta, el aguayo a la espalda y el sombrerito todas se ven iguales, pero esa chica no tendría más de veinte años. ¿Qué tenía que estar buscando por ahí? ¿No sabía que los cambas que andaban por la ciudad en esos días ya habían dicho que no iban a aceptar mujeres de pollera por el centro? También creo que yo tampoco estaba en mis cabales. Fueron demasiados años de esta dictadura aimara. Teníamos indios en el desayuno, en el almuerzo y en la cena... indios en la radio, en la televisión y hasta en las iglesias. Eso explica por qué yo salí con lo de las tijeras. Es natural que una pierda los nervios en algún momento. Lo que estaba ocurriendo era una oportunidad para el país, quizás la última oportunidad de salir de ese gobierno de la indiada. También el griterío, la corredera y la aglomeración de la gente, a lo mejor no me dejaron pensar bien las cosas. Cuando los cruzados cambas, como le dicen, agarraron a la muchacha de la pollera, yo me acerqué para ver qué estaba pasando y ahí fue cuando vi que la tenían agarrada entre dos y los otros le tironeaban las crinejas y pedían que le consiguieran unas tijeras. Y pensé: “Cosas de Dios, qué casualidad que yo estoy aquí con mis tijeras”. Y las saqué de la cartera y se las di. Fueron directo al cabello, tiraban de las trenzas de la muchacha y trataban de cortárselas. Ella se revolvía y giraba la cabeza y ahí entré yo en terror porque pensé que en un movimiento de esos podían clavarle las tijeras en el cuello. Ella no gritaba, ni lloraba. Es impresionante cómo esos indios se mantienen controlados. Por eso es que dicen que tienen pacto con

el maligno. Al final lo lograron y las crinejas cayeron al piso. Pero los cambas no se conformaron con cortarles las trenzas, sino que le quitaron el chal ese, el aguayo, que usan como bolso y también les sirve para portar niños. Ella lo llevaba atado delante con un nudo y le regaron las cosas que cargaba ahí. Después la arrodillaron para que pidiera perdón.

Un hombre harto blanco tomó las tijeras y me tiraba de la trenza del corazón y daba tijeretazos, pero no sabía cortar, o las tijeras estaban amelladas. De repente vi que caían pedazos de mi cabello al piso y ahí fue que me sentí peor y me fui de rodillas y entonces ellos gritaban más hasta que se cansaron y se fueron. Yo me agarraba lo que quedó de mis trenzas. No pudieron cortarlas completas, pero quedaron trasquiladas. Tenía ganas de llorar, pero no lloré. Yo no le iba a dar al gusto a la poca gente que caminaba por ahí a esa hora. Tuve fuerzas para no llorar, pero me sentía oprimida, rebajada. Y así me fui poco a poco para El Alto a buscar a mi hermana.

Todas esas imágenes me crean un barullo en la cabeza cuando pienso en el secuestro de Eda. Eso lo hablé con el padre después, cuando regresé a la iglesia otra vez. Él trató de tranquilizarme con lo que ellos siempre dicen sobre la misericordia de Dios. También me dijo que nunca sabremos cómo son los caminos de Dios. Que a lo mejor eso que parece mal para la india, resultará un beneficio. Los caminos de Dios son insondables. Me dijo todo eso, pero todavía no logro calmarme.

Aunque todavía queda algo de mis trenzas no paro de pensar en el agravio. Ellos tocaron algo que para una es sagrado, el cabello de una, las trenzas. Por eso tal vez es que me he sentido mal y no puedo terminar de parar ese movimiento que se me metió en mi cabeza como las candelas amarillas y azules, peleándose todo el tiempo, así estoy. Tiempo ha pasado y no terminan de írseme de la mente esas figuraciones que no quiero volver a mirar. Pero vienen y las veo otra vez y reparo en ellas continuamente. No las puedo apartar y no atino a comprender por qué me pasó.

No quiero caer en la actitud de Froilán que es más radical. Él dice que el mal de Bolivia, la enfermedad de Bolivia, como dice él, son esas poblaciones indígenas que no permiten un verdadero progreso. Que hay que educar a esos pueblos así sea a la fuerza para llevarlos por el buen camino y para que abandonen sus costumbres bárbaras. Reniega de las cholitas que andan vestidas de esas formas en esta cultura que ya cambió. Dice que hay que empujarlas así sea con dolor hacia el mundo civilizado por el bien de ellas mismas. Creo, en el fondo, que él tiene razón, que esta es una oportunidad para cambiar las cosas ahora que Dios ha retornado.

Pero ahora el columpio que tengo en mi cabeza lo voy a detener y no veré más para atrás. No revolveré más ese basural de lo que me pasó. Voy agarrar fuerzas. Mi cabello crecerá y volveré a tener mis trenzas. Quiero que ese Dios que ellos trajeron no sé de dónde al Palacio Quemado se vaya y regrese la Pachamama.

Entre ataúdes

Fue un acierto este lugar para escribir, con solo levantar la vista paso de la pantalla al verde de la montaña. Me gusta disfrutar este bosque de pinos de aguja, el olor que trae la brisa, el rumor como de lluvia leve que se despliega a lo largo del cerro con el movimiento de las ramas. Nunca pensé que me iba a adaptar a vivir en un apartamento, pero aquí estoy en este último piso de ventanales. Abandoné mi casa del valle, al pie de la Sierra Nevada, para que Juan estuviera más cerca de la Universidad y ahora se fue; pero he aprendido a estar conmigo misma, disfruto mi soledad. Cuando me separé de Carlos, empecé a vivir de verdad. Siento que no necesito estar cerca de nadie, a los que quiero los tengo dentro de mí, aunque estén a cientos de kilómetros.

Hoy decidí no salir a caminar y me quedé en la cama hasta las siete, de todas maneras hay mucha humedad y neblina. Lo bueno de salir a las primeras horas es que no encuentras a nadie y puedes transitar sin tapaboca. No sé hasta cuándo tendremos que vivir con estos terrores.

Hay que domesticar la rutina del encierro. Inventar espacios, tareas, ritmos. Romper las cuatro paredes con imaginación.

Al final del desayuno me gusta venir aquí y trabajar disciplinadamente en mi proyecto. Estoy haciendo ejercicios narrativos que pretendo sean cuentos. No ha sido fácil porque tenía mucho tiempo sin escribir; el pretexto había sido las clases, la atención de los alumnos, pero con disciplina hay tiempo. Ayer terminé un texto que dormiré por unos días o unas semanas para hacerle después las primeras correcciones. Hoy espero iniciar otro relato, aunque no estoy clara del tema todavía.

Desde hace tiempo me inquieta esta situación de la pandemia que nos ha cambiado la vida a todos. Quizás podría valerme de la idea de mi amigo astrólogo sobre el efecto transformador de la conjunción Plutón-Saturno a finales del 2019, para escribir un relato con el tema de la metamorfosis que está produciéndose en nuestras vidas.

Metamorfosis.... Metamorfosis... No puedo usar esta palabra como título. Imposible después de Kafka. ¿Podría ser mutación? Pero la mutación remite demasiado a un concepto científico, a algo biológico, a la evolución de las especies o, por cierto, a la microbiología, la mutación de los microorganismos, mutación de los virus, del Coronavirus. La variante brasileña. La variante delta, que nos viene de la India. No me gustaría ese título. Bueno, el título para el final. Mejor iniciar el texto. Son las ocho y media y no he escrito ni una línea. Como que no es mi día. Síndrome de

la página en blanco, eso es lo que me pasa. Ahora debería llamarse síndrome de la pantalla en azul.

Veo que llego un mail de Violeta. Después de la confrontación que tuvimos a la muerte de Iris, esperaba que la comunicación hubiera terminado para siempre. Pero algo debe andar mal para que me escriba. Así pasa. Cuando estamos bien no buscamos a los amigos, pero basta que surjan situaciones inesperadas para que vayamos a contarle a alguien nuestras penas.

“Asunto: Ataúdes desde Guayaquil.”

Me sorprendes, Violeta, tenía entendido que vivías en Quito. ¿Te fuiste de esa ciudad de montaña para refugiarte junto al Pacífico? En Quito la pandemia no ha estado tan grave. De Guayaquil he visto en internet y en televisión escenas terribles, cadáveres en las calles envueltos en plástico, en ataúdes rudimentarios de cartón-piedra, gente desesperada con familiares difuntos dentro de la casa, sin saber qué hacer porque no consiguen ataúdes, ni a nadie que les preste un servicio funerario. Esas escenas me recuerdan experiencias que creía superadas, pero seguramente siguen ancladas en mi inconsciente desde la infancia. La sola palabra ataúd me produce malestar. Es solo un vocablo como cualquier otro. Yo soy quien lo impregno de esa sustancia terrible y la convierto en un sentimiento oscuro, inasible. Palabra, solo una palabra. Ataúdes. Ataúd. Es un vocablo de origen árabe. Aunque para los árabes la palabra era neutra, simplemente caja. Para nuestra cultura el término forma una yunta con la

muerte. Thanatos... Décés...Morte... Death... Tod... Wañuy... Muerte... Palabras que se han venido cargando de connotaciones. Para muchas culturas antiguas la muerte era una continuación de la vida, un giro, un viaje, una aventura, una novedad. En la cultura griega la muerte, Thanatos, formaba una yunta con Eros y eran representados como unos bellos mancebos. Fue el cristianismo el que produjo esa escisión entre Eros y Thanatos, sobre todo en el Medioevo; aún hoy persiste esa visión sobre la muerte. Una figura masculina cubierta por un hábito de monje con capucha, una calavera por rostro y la guadaña presta para cortar cabezas. Es la figura icónica que recuerdo en El Séptimo Sello de Bergman. La muerte en su macabra danza durante una peste. Ahora también nos ronda. Epidemia, pandemia. Cómo ha cambiado todo en todas partes. No solo aquí en nuestro bloqueado país. En todas partes. Es un buen tema para un relato... Ataúdes... Ataúdes.... Si escribo sobre ello, más que un ejercicio literario, sería un ejercicio terapéutico. Nada es casual, por algo me llega ahora este correo de Violeta. Ajá, Violeta, me diste un título:

Ataúdes

Mi primer recuerdo de un ataúd es algo difuso. Imagino que tendría cerca de cuatro años. El abuelo había muerto y mis padres me llevaron a esa casa que me gustaba tanto. Allí estaba la abuela en un sillón vestida de negro; un pañolón, o algo así, también negro le cubría la cabeza y en la mano un pañuelo blanco de encajes. El pañuelo atrajo mi atención, quizás porque ella lo sostenía con una mano que estaba a la altura de mi mirada horizontal. La visión de los niños está determinada por su estatura de centímetros. Mi abuela lloraba y apenas me vio estiró el brazo y me retuvo. Mis padres se inclinaron para besar y acariciar la cabeza de la abuela. Yo estaba muy confundida y apenas ellos se fueron hacia una habitación cercana a la sala, me desprendí de la abuela y seguí a mis padres hacia la habitación, pero no entré. Me detuve ante la puerta abierta y desde allí vi por vez primera la imagen de la muerte. Mi abuelo estaba en una gran cama, todo vestido de negro, con corbata y zapatos. Lucía muy elegante con sus bigotes blancos, su rostro se veía distinto porque no tenía los lentes puestos. Se quedó dormido ahí con su ropa de ir a misa, pensé. Esa primera imagen de la muerte es un recuerdo sereno. El abuelo Gregorio dormía, era el mismo que en tardes inolvidables me contaba cuentos al lado de una taza de café y un tabaco grande en los labios. De su boca tarde a tarde surgía un mundo de princesas, de niños perdidos en el bosque, de brujas que terminaban vencidas por la astucia; de aventuras en una selva tropical... Verlo ahora allí dormido, tan sereno, tan bonito con su traje de domingo me gustaba.

Al día siguiente vi el primer ataúd en mi vida, una caja de madera, como el cofre de las joyas de mamá, pero grande, ¡grandísimo! y alrededor flores, muchas flores y un perfume suave, parecido al del jardín de la tía Eugenia. Mi tío Miguel me alzó para que viera a mi abuelo dentro de la caja. Una caja de madera forrada por dentro con telas blancas brillantes. Me parecía bello todo, aunque no entendía por qué el abuelo dormía tanto.

Después debo haber visto otros ataúdes. En 1989 siendo ya una estudiante de la universidad vi muchos. Eran los días del Caracazo en plena democracia; democracia, así decían. Fueron los días de las masacres del ejército contra la gente que salió a las calles a protestar, a saquear negocios como reacción por el hambre, por el abuso de los precios y el paquete económico del gobierno. Recuerdo un día. Debe haber sido el tercero de las masacres, cuando salí de la casa donde vivía con mis padres en esa zona de la ciudad, refugio de tantos españoles que huyeron de Franco y se vinieron a nuestros países a restañar las heridas de la República que no pudo ser, que no puede ser aún hoy. Salí a comprar pan porque no había a esa hora toque de queda. Iba por una calle cercana a la plaza por donde están los restaurantes españoles y pasó un pequeño camión con la carga descubierta. Lo que llevaba eran ataúdes. Decenas de ataúdes negros. No eran hermosos como los del abuelo, sino cajones forrados con una especie de fieltro negro y adornos de latón incrustados. Esa imagen no se borró: el camión con su carga oscura por la calle a donde la gente iba a comer paellas, parrillas de mariscos, pescados; a tomar vino blanco. Era una sensación extraña ese camión evocador de tanta muerte, entre

los olores de comida impregnados por años en el ambiente. Esa noche tuve una pesadilla... y empezó aquello. Las pesadillas que me obligaron a ir a terapia... ¿Pesadillas? No, era una misma pesadilla que se repetía noche a noche.

Yo llegaba a un salón con pequeñas mesas, como un restaurant. Las mesas estaban cubiertas con manteles grises y al fondo un ataúd delante de un Cristo de rostro ensangrentado. Trataba de huir de allí, pero de una puerta surgía intempestivamente una mujer vestida de negro con una cabellera blanca que cubría su cuerpo hasta más abajo de las rodillas. La mujer no hablaba. Solo caminaba hacia mí, mientras abría los brazos para abrazarme. Entonces empezó el insomnio. Cuando llegaba la hora de dormir entraba en terror. Cambiaba de camas en la casa, dormía en un sofá de la sala y la pesadilla volvía. Había días en los que no surgía, pero dormía intranquila, me despertaba con temor. Al caer la tarde, empezaba ya el malestar. Tenía miedo de la noche, de la hora del sueño, pero debía ir a la cama. En esos años había leído de nuestro poeta Ramos Sucre. De su insomnio inclemente que arrastró por Europa en busca de cura y lo llevó al colapso y a la muerte voluntaria. Tuve que ir a terapia... sicólogos, siquiатras, terapistas de todas clases, naturistas, homeópatas, hasta un astrólogo consulté.

Al final, en una sesión con el hombre de la barbita freudiana, recostada en el diván del consultorio, surgió la imagen de la memoria profunda que aclaró el misterio: una anécdota vivida en mi infancia y que mis padres habían olvidado. Un viaje por la cordillera andina, era la clave del misterio. Con la ayuda de mis padres reconstruí la escena. Asediados por el

hambre mi padre detuvo el auto en un pueblito de alta montaña. Silenciosos, en penumbra, envueltos en neblina, caminamos hasta el zaguán de una casa que anunciaba su carácter de restaurant con un aviso luminoso. Entramos al salón que servía de comedor, pero en lugar de encontrar las mesitas tendidas con manteles y preparadas con cubiertos y platos, nos recibió un fuerte olor de incienso, perfume de flores y un crucifijo metálico delante de una gran cortina violeta y debajo un ataúd negro. Habíamos entrado bulliciosos, me contó mi padre, hasta que la imagen del salón nos sobrecogió a todos y quedamos como paralizados por segundos. Cuando mi madre decidió dar marcha atrás, casi arrastrándome, surgió la imagen de mi pesadilla. Del fondo del salón apareció una mujer vestida de negro, de larga cabellera blanca. Mi padre trató de expresar una frase confusa de excusas y la mujer comenzó a gritar y llorar lastimeramente con los brazos abiertos.

Quince años después, aquí en esta ciudad, me confronté otra vez con la muerte. De nuevo un ataúd. Cuando eso ocurrió ya conocía a Violeta. Fue Iris una vecina del Valle quien me puso en contacto con ella. Un día que coincidimos Iris y yo en el mercado me dijo que me iba a presentar a una ceramista; en ese momento mi amistad con Iris tenía algún tiempo, quizás dos años. Con Iris la conexión había sido casi instantánea. Teníamos tantas coincidencias que era lógico que esa relación fuese algo sólido: las dos éramos divorciadas con hijos, yo uno y ella dos. Ambas habíamos estudiado carreras con una cierta afinidad. Iris la fotografía y yo la literatura; la imagen y la palabra. Ella era una lectora minuciosa sobre todo de narrativa contemporánea y amiga de comentar lo que

leía. Recuerdo particularmente nuestras conversaciones sobre Benedetti cuentista, novelista, poeta. De allí surgió la idea de reunirnos en nuestras casas una vez a la semana para leer y comentar libros. Era una relación perfecta. En cuanto a mí, más allá de mis conocimientos de literatura era una admiradora de la fotografía desde niña. Mi padre me había despertado primero la curiosidad y después el interés por ese arte, así que podía hablar sobre cámaras réflex, lentes, profundidad de campo, asas de películas, pero también sobre fotografía digital, píxeles y cosas así. Nuestra relación estaba llena de un continuo compartir y descubrimientos. Íbamos al cine y después nos sentábamos en un café uruguayo a comer pasteles dulces o salados, según el día; a tomar café o infusiones. Allí pasábamos largo tiempo hablando de cine. Sobre el guion de la película que acabábamos de ver, la fotografía, la actuación y por ahí nos íbamos deslizado poco a poco a comentar otras películas, directores, directores de arte, bandas musicales... A veces ella me invitaba a exposiciones de fotografía y por mi parte le prestaba libros que me habían gustado.

Así que cuando Iris me habló de la ceramista ecuatoriana, mi reacción no fue simplemente la aceptación concisiva de quien acostumbra a ser cortés, sino más bien el interés por compartir lo que de seguro se trataría del hallazgo de alguien a tomar en cuenta. La encontramos rodeada de objetos de cerámica. Había vajillas, floreros, jarras; todo muy original. Me gustaba su estilo. Algunas piezas remedaban formas de la naturaleza, otras resaltaban por sus deformaciones. Me parecían muy originales sus floreros comprimidos en una parte de su forma cilíndrica, como si al sacarlos del torno por efecto de

una debilidad del material se hubiesen doblado. También me gustaba de esas piezas el manejo de los colores.

Con el tiempo comencé a frecuentar a Violeta. Compraba piezas para enviárselas a mamá, pero también compraba para mí. Era admirable lo rápido que cumplía con los encargos. Iris me la había presentado hacia el 2003, después del paro petrolero. Sin embargo, aunque Violeta era una mujer de esas que la gente suele decir que tiene la sangre liviana, mi relación con ella era de una índole completamente distinta a la amistad que me unía a Iris. La relación con Violeta no era fluida, ni profunda; era como si Violeta en sus relaciones sociales estuviese recubierta de una película aislante que impedía penetrar más allá de un espacio determinado por ella. En varias ocasiones intenté traspasar ese límite. Hacía acopio de empatía hurgando en un archivo de temas que yo suponía que le podrían interesar. Le hablé de mi viaje a Ecuador y su reacción fue condescendiente, me escuchaba y hacía breves comentarios sin aportes adicionales a mis descripciones y opiniones. Le hablé de la cerámica, rebuscando en mi memoria lecturas sobre el tema, pero nada hacía cambiar su actitud anuente, como una tolerancia para mantener el diálogo. En ese tiempo era inevitable no entrar en el tópico político en la conversación más banal. Rápidamente me pude dar cuenta del rechazo de ella hacia la gestión del gobierno que yo apoyaba. Su actitud era radicalmente conservadora. Todo lo que le oliera remotamente a socialismo era urticante; palabras como solidaridad, comunitario, cooperativa, bien común, eran suficientes para que explotara con un discurso cargado de rabia cercano al pensamiento fascista. Pero con el tiempo pude

notar que esa actitud iba más allá de lo estrictamente político. También en el ámbito de lo social, en su relación con el mundo había una especie de distanciamiento, como si pensara que pertenecía a un mundo superior. A veces más que distante su contacto con la gente era de desprecio; sobre todo cuando interactuaba con personas humildes, socialmente marginadas e incluso con aquellos que sentía estaban en un plano económico inferior al de ella. No entendía de dónde podía provenir esa actitud. Violeta era inmigrante ecuatoriana sin mayores recursos económicos que los aportes que recibía del marido canadiense y los ingresos de un pequeño puesto de cerámica artesanal en el mercado. Vivía modestamente y la mayor parte de sus ingresos los dedicaba a su hijo. Sobre todo, gastaba bastante dinero en la educación de él en una escuela católica. A veces yo me preguntaba si su actitud tenía un origen religioso y recordaba cómo yo misma, influida por la educación de mi madre, también había asumido en lo político un rechazo al discurso socialista en una época de mi vida.

Pasaron los años y la relación con Violeta fue siempre ambigua. A veces era cálida cuando hablábamos de artesanía, de plantas o de salud. Ambas éramos defensoras de la medicina alternativa y unas amantes de la naturaleza. Varias veces me visitó y organizábamos paseos a la montaña con su hijo Gabriel y con Juan. Otras veces nos distanciábamos, sobre todo cuando los conflictos políticos en el país se agudizaban por acontecimientos de esos años: la muerte del presidente, los asesinatos bárbaros contra gente del gobierno, las confrontaciones entre los que apoyaban al gobierno y los que se oponían.

En el 2015 Violeta regresó a Ecuador, pero antes ocurrió la dolorosa muerte de Iris. La oposición se había propuesto derrocar al gobierno por la fuerza con manifestaciones violentas en las calles. Cerraban vías, impidiendo la circulación del transporte de alimentos, de pasajeros y de autos particulares. Llamaron “guarimbas” a sus acciones. Guarimba, un juego infantil en la que la guarimba era el refugio. La idea era atacar y esconderse en lugares seguros. Al poco tiempo ya el refugio, la guarimba, no era importante. Se sentían los dueños de las calles, de los espacios públicos. Transitar en auto o a pie, estaba prohibido en los días decretados por ellos como días de paro. El plan era paralizar al país, volverlo ingobernable. A Iris le dispararon porque intentó quitar escombros y basura que impedían el paso por la calle donde estaba su casa.

No me fue fácil asistir al funeral de Iris, no solo por la violencia callejera, sino también por el dolor que me producía. Pero fui. Una mujer joven bonita, una artista de la fotografía con mucha sensibilidad e ideas brillantes ahora estaba inerte en un ataúd por efecto del fascismo. Cuando me encontré con Violeta a los días, hice un comentario impregnado de tristeza por la muerte de Iris, pero Violeta no fue capaz de expresar ni una palabra de compasión. Al contrario, deslizó una frase que estaba teñida de banalización atenuadora. Según ella, esa tragedia, el asesinato, había ocurrido por la imprudencia de Iris. ¡Imprudencia! Le di la espalda y me prometí que no volvería a hablar con ella.

Ahora llega este correo. No sé si marcarlo como spam y enviarlo a la cesta de basura. Pero yo me conozco bien.

Mientras no lo lea, aunque sea superficialmente, estaré como paralizada. Sé que sufro de eso que algunos psicólogos llaman TOC (Trastornos Obsesivos Compulsivos). Lo digo en broma, pero la afirmación tiene algo de cierto. Cuando salgo del apartamento, me regreso porque me temo que dejé la puerta abierta. Otras veces me acomete la duda de haber dejado la cocina encendida y debo retornar. Al regresar a casa me lavo las manos por minutos, pongo alcohol a la suela de los zapatos con un spray, aprieto los botones del ascensor con el codo. Me conozco bien. Intentaré leerlo, a pesar del rechazo que siento. Haré eso que aprendí para poder leer tanto texto que circula por las redes. Eso que suelen llamar lectura rápida. Perdóname, Violeta, pero creo que tu actitud hacia Iris no merece más. Pasar la vista por el texto, sin identificarme con él.

Querida amiga Eurídice:

...lo único que te pido es que al menos haya una respuesta, aunque sea breve, que me permita saber que lo leíste...

Amiga... Ahora soy su amiga después de seis años de silencio, después del casi desprecio que manifestó ante el asesinato de Iris. No sé por qué la estoy leyendo. Debería cerrar este correo y ponerme a trabajar en mi proyecto o irme a caminar. Pero hay cosas peores... este tono entre melodramático y romántico no lo podré aguantar... “creer de nuevo en el ser humano...” “los seres que llevan mi sangre...” Por favor... Ya dejó de lloviznar y está

saliendo un sol paliducho todavía, pero seguramente pronto se volverá brillante como son estos soles de montaña. Los pinos están cambiando de color con la luz de la media mañana que tanto me gusta.

Sé que tienes toda la razón de estar molesta conmigo, cuando estaba allá vivía encerrada en mi pequeño mundo, lo único que me importaba era mi taller. El mundo para mí era eso. Mis piezas de cerámica, mi negocio. Los envíos a distintas ciudades de tu país, los envíos a Canadá, a Estados Unidos, a España a las islas del Caribe. La admiración por mi obra de los turistas que me visitaban en el puesto del mercado. De eso me alimentaba. Americanos, canadienses, franceses...

Americanos... En solo esa palabra está retratada Violeta. Esa es la parte de ella que me choca. Como si nosotros, como si ella no fuese americana. La típica visión de la realidad de los pitianquis, como los llamaba Briceño Irigorri. Pero debo reconocer que hay algo distinto en esta Violeta que escribe. Está haciendo un autoanálisis, una autocrítica. Nunca, en los años que compartimos, pudimos tener una conversación personal, realmente personal. Es verdad lo que dice ahí, de lo único que hablaba era del precio de la arcilla, de las pinturas, de los turistas que visitaban su puesto del mercado, de los problemas para los envíos. Mientras la situación estuvo bien, antes de la muerte del presidente, pero sobre todo en los años inmediatos posteriores al paro petrolero, el país no existía como tema de conversación. Durante

los años del crecimiento económico, ella nunca hablaba de política. El único tema era su negocio. Nada más. Si el país estaba bien, su negocio estaba bien y entonces nada más importaba. Iris me decía que la relación con Violeta no tenía sentido, que no teníamos nada en común. Cuando empezaron los problemas económicos, la fuga de divisas, las acciones violentas de la oposición, la corrupción desbocada, el desabastecimiento y la hiperinflación, entonces el país sí existía para criticar, para denostar, para injuriar. Se la pasaba rabiando y soltando sapos y culebras contra el gobierno, contra los ignorantes que lo apoyábamos.

...Cuando tomé la decisión de regresar, vivir allá era difícil...

En eso te doy la razón, Violeta. Aquí en esta ciudad tan lejana de la capital, nos sentíamos abandonados. Los productos indispensables no llegaban, la gasolina escaseaba porque había problemas con el contrabando hacia la frontera. Los dueños de comercios ponían los precios a su antojo. Se hacían larguísimas colas para comprar un kilo de harina de maíz o de pasta. En las calles los buhoneros vendían los mismos productos, pero a un precio hasta seis veces superior al que venía marcado en el empaque. Ahí se comenzó a emplear el verbo bachaquear, porque eso era lo que hacía un consorcio formado por los industriales, los comerciantes mayoristas, minoristas y un sector de la población proletarizado que sobrevivía

vendiendo en las calles. Ellos eran las penúltimas víctimas del correaje de la especulación, las últimas eran los consumidores, la gente común que teníamos que pagar esos precios. Bachaquear: Desviar productos de consumo cotidiano que el gobierno subsidiaba, hacia un comercio medio clandestino, un mercado negro que encarecía los precios. ¿La Real Academia ilustrísima incorporará ese verbo con esta novedosa acepción a su diccionario? Esto ocurría ya en el 2013, pero continuó así hasta no hace tanto tiempo. Tienes razón Violeta. Imagino que arderías en el fuego de la rabia en esos años. Si hasta yo soltaba mis sapitos y culebras porque el gobierno no hacía nada. Claro, después una tomaba distancia, a lo Brecht, y hacía el análisis, sin que ello significara que exculpara totalmente a funcionarios del gobierno que ante la situación volteaban para otro lado o peor, estaban pendientes de cómo sacar algo de la renta petrolera consiguiendo dólares baratos con el lamentable aparato burocrático de distribución de las divisas a precios preferenciales.

¡Ay, Violeta! ¡Qué te pasa ahora! A qué vienen todas esas justificaciones. Nadie podría criticar que volvieras a tu país o a donde quisieras. Claro, en Ecuador las cosas estaban bien. Qué incomprensibles somos cuando lo único que nos mueve son nuestros intereses. Dices que el retorno fue en el 2015, en pleno gobierno de la Revolución Ciudadana, cuando el Presidente ecuatoriano dio toda clase de facilidades para el regreso de los emigrantes. El famoso plan retorno. Hasta les permitían llevarse un auto del país donde vivían. Ajá, pero entonces,

¿no te olía mal ese gobierno? ¿La Revolución Ciudadana no te daba náuseas, como ocurría con el Socialismo del Siglo XXI? Ahí estás, amiguita. ¿Qué te pasó Violeta?

Ya son más de las nueve, Eu. Tienes curiosidad de saber qué pasa en el mundo de Violeta. Saldrás más tarde, de todas maneras los domingos todo es lento en esta ciudad. A esta hora todavía la gente duerme. El edificio está silencioso. Apenas hace unos minutos fue cuando sentiste algo de vida en el aroma de un café. Tienes que seguir leyendo, Eurídice, o de lo contrario vas a quedar toda la mañana enredada obsesivamente con los misterios de Violeta. Dice que el retorno fue en el 2015, juraría que fue en el 2014. Así es la memoria. Lo que cuenta ahí de las facilidades para el regreso nunca lo comentó. Algo había oído sobre una reunión del presidente ecuatoriano con emigrados a España, creo que fue en Murcia donde el presidente habló por vez primera de las facilidades para que esos emigrantes regresaran a su país.

Yo nací en un pueblito del pie de monte de la sierra, cercano a Quito. Un pueblo donde la mayoría era indígena. Indígenas de la cultura quechua, aimara y otras culturas minoritarias. Había mucha convivencia, mucho respeto, tranquilidad. La gente se dedicaba a la agricultura, a la artesanía y también al turismo porque el pueblo era una joya en la montaña y venían muchísimos turistas a comprar artesanía. Todas las mujeres usábamos los trajes tradicionales de nuestra cultura. Las calles eran limpias. Todos los días unas mujeres ya no tan jóvenes limpiaban cuidadosamente las calles con

largas escobas fabricadas con palos de arbustos de la zona y una paja fuerte, pero flexible que podía durar mucho tiempo. Todo el pueblo era un gran taller de artesanía. En mi casa mi padre se dedicaba al turismo. Tenía un pequeño hotel que se llamaba Rumi.

Este ambiente que describe Violeta me hace recordar un pueblo de Ecuador cercano a Quito, como a dos horas de distancia, que las guías turísticas presentan como el mercado artesanal más grande de Latinoamérica: Otavalo. Allí estuve con Carlos cuando todavía éramos una parejita enamorada y él no había cambiado tanto. Lo recuerdas, Eu, no tengas miedo de decírtelo. Lo recuerdas. ¿Cuál es tu miedo? ¿Por qué te dan miedo esos recuerdos? ¿Acaso no hay algo más tangible actualmente como resultado de esa relación con Carlos? ¿Acaso la existencia de Juan la puedes borrar también como pretendes borrar los recuerdos? En ese tiempo él era una persona a quien le gustaba disfrutar cosas sencillas, nada que ver con el presumido, estirado y esquivo en que se convirtió después. Creo que los humos se le subieron a la cabeza, se sentía un personaje excepcional solo por el hecho de ser un gerente de la Corporación de Petróleo. ¡Qué vaina con la gente! ¿Por qué tienen que cambiar para mal? Claro, somos naturalezas en proceso, podemos derivar hacia cualquier cosa. Carlos se hundió en un fondo oscuro, feo; hoy, las vidas de Carlos y la mía están colocadas en las antípodas. Él ahora es un emigrante, un perseguido según él. Después que contribuyó a afectar al

país en el paro petrolero, es increíble que hubiese logrado reconectarse con sus amigotes para que le consiguieran un buen cargo público en el 2006 y ahí se dedicó a lo que sabe hacer muy bien: el engaño, el fraude, los negocios... el robo, pues. Y cuando lo descubrieron hizo lo que también sabe; huir y acusar. Pero, basta de venenos, Eurídice. No le des fuerza y poder sobre ti. Bastante que sabes que las emociones te pueden volver esclava de otros.

...Así era mi vida. Pero pronto empecé a sentir como un repudio de mi abuela paterna hacia mí. Ella era brusca y diría que hasta agresiva con mi mamá...

Te rechazaban porque tus rasgos no eran totalmente indígenas. Te llamaban “la blanca”. Claro, el color de tu piel era el indicio del engaño, de la infidelidad de tu mamá. Toda una historia... el rechazo, las pistas, la búsqueda de la identidad, la emigración de la madre a España con la promesa incumplida de volver. Después la huida en imitación a tu madre. La repetición del tema, del argumento materno. El contacto con un turista canadiense de los tantos que llegaban al Rumi, la amistad, el enamoramiento y la fuga. La vida en Canadá con el gélido clima y la frialdad de la gente. El aislamiento lingüístico, social, psicológico, los dos hijos, los desencuentros con el marido distante, convencional, y luego el escape de ese mundo del norte que te asfixiaba para retornar al sur como inmigrante a la Venezuela petrolera del 2004, llena de oportunidades y de bienestar. Después el retorno

a tu país el 2014, durante el gobierno de la Revolución Ciudadana. Ahora ocurre el inesperado viraje de un nuevo gobierno hacia la visión neoliberal y entonces, el choque con un mundo también inhóspito. Las dificultades económicas en un país que ha dejado de ser próspero por decisión del poder económico internacional.

Sigo aquí pegada de la pantalla y son las diez. Esta historia de Violeta me parece tan extraña, no por lo que cuenta, sino por el hecho de contarla. Es la típica historia de tantos emigrantes nuestros; ese sueño de ascenso económico y social, la fantasía del retorno, ahora transformados, convertidos en personajes respetables con dinero y con una nueva cultura. Pero lo que más me sorprende no es la historia, sino la reflexión sutil que se asoma en esa historia. Pienso que la pandemia está produciendo cambios en las personas. Transformaciones, metamorfosis como dicen los astrólogos al referirse a los tránsitos de Plutón y de Saturno. Dicen que eso mismo ocurrió hace cien años con la gripe española. Pero el efecto no sólo se genera en las personas, también en los países. Un intento de golpe de Estado en el imperio del norte con el asalto al Capitolio. Algo extraordinario. Y, anteriormente, los movimientos de nuestro sur. Chile, Bolivia, Brasil, Colombia, Perú, Paraguay, Ecuador mismo. Como si las estructuras se resquebrajaran. A nosotros nos ha tocado intenso con este bloqueo, con el dólar fantasma que sube y sube...

Imagino que ese cambio de Violeta tiene que ver con lo que se está viviendo en Ecuador, la política neoliberal y

ahora el desastre sanitario, sobre todo en Guayaquil que es donde está ella actualmente. ¡Ay Violeta! Parece que te has vuelto una persona sensible, hasta empática, me atrevería decir, toda una historia dramática. Violeta viviendo en Guayaquil con una señora Patricia que le da alojamiento en alquiler parte de su casa. La generosidad de la señora, una mujer afro descendiente, el nacimiento de una relación amistosa casi de madre e hija. ¿Violeta qué ocurrió con tu distanciamiento, con tu desprecio a aquellos que sentías distintos a ti? Cuando estabas en esta ciudad más de una vez te oí expresiones insultantes para referirte a la gente de color, como tú decías.

Por último, tu historia reciente: febrero del 2020. Plena epidemia en España y otros países. Vacaciones escolares en Guayaquil y cientos de ecuatorianos de viaje en España, Estados Unidos y que en febrero regresan. Inconsciencia colectiva, fiestas de retorno de los vacacionistas, partidos de fútbol... Violeta, tú en tus rutinas en el mercado artesanal. La gente en las calles, en los sitios de trabajo, sin ninguna medida de protección ante lo que se incubaba en las gargantas, en los bronquios, en los pulmones. Y el estallido inesperado. Confusión: ¿gripe o dengue? Los médicos no tienen respuestas, los hospitales desmantelados por la corrupción y la desidia, el malestar de la señora Patricia, Violeta inconsciente de que no es gripe, de que el virus de la corona ya había entrado a Guayaquil como un vendaval...

Cientos de enfermos... miles. Hospitales abarrotados y sin oxígeno, sin recursos, sin medicinas. A los pocos días

aparece uno. Un cadáver en una esquina y casi tropiezas con él, cuando sales en busca de una farmacia. Tú misma te sientes enferma vas en busca de analgésicos para ti y tu amiga. No entiendes. Un cadáver abandonado envuelto en plástico. Al poco tiempo son decenas de cadáveres en las calles, en bolsas plásticas, en improvisados ataúdes. Rústicos cajones de madera, de cartón. Crisis sanitaria. Gente desesperada buscando una bombona de oxígeno. La muerte de la señora Patricia, las dificultades para sacar el cadáver de la casa. El pago de doscientos dólares a alguien para que hiciera lo que tú no podías.

Y ahora los sueños, Eu, las pesadillas. Ya llevo casi un mes que no puedo dormir, paso horas en vela, pensando, recordando. Cuando logro conciliar el sueño me despierta una pesadilla... Las pesadillas son constantes. Hay una en la que voy caminando por Guayaquil y todo está oscuro como cuando viene una tempestad o cuando ocurre un eclipse. Es de día, pero el sol no alumbra. Todo está gris, no hay colores. Camino por calles solitarias. Sopla una brisa fuerte y empiezan a caer gotas de agua y busco donde guarecerme. Al doblar en una esquina aparece un hombre que va delante de mí y camina apresuradamente y mira el cielo. Lo sigo. Pienso que debe estar buscando un lugar para protegerse de la tempestad inminente. Apresuro el paso y el hombre se detiene delante de un templo, una catedral. Entra y lo sigo. Apenas atravieso el umbral del gran portón, ya no está. La iglesia parece sola y reina el silencio. Da miedo. Camino hacia el altar y percibo unos bultos oscuros. Me acerco y descubro que son tres ataúdes.

Entro en pánico y me volteo para huir, pero el hombre está a unos metros delante de mí con el brazo derecho en alto, como hacen los agentes en el tráfico para detener los autos. Siento que el corazón me palpita con fuerza. Casi no percibo al hombre. Es una mancha negra, solo destaca la palma de su mano derecha en actitud de detener mi huida. Me esfuerzo más para descubrir su rostro, pero no tiene rostro. Solo una mancha blanca. Retorno al altar asustada y me detengo ante los ataúdes. Hay cuerpos en ellos. Me aproximo un poco más. En uno está la señora Patricia, en otro está Iris y el tercero está vacío. ¡Iris! Eurídice, ¡Iris! Enseguida entiendo: el tercero es para mí. Despierto y no puedo dormir más. ¡Iris, Eurídice, Iris!

¿Por qué Iris?

¡Ay! Violeta, te topaste con la muerte. Ahora descubre la muerte de Iris. Tenías que vivir tu experiencia en Guayaquil para ver un poquito más allá del pequeño círculo de tu vida. Esos ataúdes en las calles en plena pandemia te despertaron un poco. Un poco nada más, porque de seguro no te has dado cuenta de que esa experiencia tuya es cosa de todos los días en Palestina, en Afganistán, en Siria, y más cerca, aquí mismo en Colombia, Brasil, Paraguay, Chile, Centro América, y no por culpa del virus de la corona, sino por iniciativa de la corona virtual del país del norte y sus secuaces, que se creen con el derecho de regar de ataúdes el mundo. Pero reconozco que ahora puedes ver un poco más allá de tus narices.

Otra cosa son esos sueños, esas imágenes de la muerte, nuestra visión occidental, cristiana. La muerte como fin de la vida, no como parte de ella. Sueños. Llevo años interesada por los sueños, me gusta su lenguaje. Pero tus sueños, Violeta, producen temor. Igual ocurría con mis pesadillas. Son sueños que separan a Thanatos de Eros. Prefiero otra visión, otros sueños. Mi hermana Abril me contó hace años uno muy distinto a nuestros sueños...

Fue hace más de veinte años. Abril tendría unos quince cuando más, y yo había estado presumiendo con ella de saber mucho sobre Jung y la interpretación de los sueños. Una mañana me contó un sueño que en aquel momento no interpreté de manera cabal. En el sueño ella estaba desdoblada en la soñante y la soñada, como suele ocurrir en muchos sueños. La soñada tenía corporeidad y estaba en su cama. Parecía dormida y al mismo tiempo despierta. La soñante, solo una conciencia, la miraba allí tranquila contemplando la figura alada de un joven desnudo que flotaba expectante sobre ella a pocos metros de su cuerpo. La soñante podía ver esa figura masculina en todos sus detalles: la cabeza con el cabello que descendía hasta la nuca, la línea de la columna que describía una curvatura descendente y se perdía entre los glúteos, las piernas levemente separadas. La descripción de Abril estaba impregnada de un regusto erótico que se movía entre el placer y el pudor. Ese sueño me parecía confuso. ¿Era la imagen de Eros? Así lo interpreté en ese momento y recuerdo que le dije simplemente que estaba enamorada. Ella se rió con picardía y no dijo más. Yo tampoco hice

ningún otro comentario, aunque lo que correspondía era inquirir un poco en el contexto del momento, tal como exigiría Jung. Si lo hubiera hecho, quizás Abril me habría comentado lo que supe después. Ella en esos días estaba algo afectada por la muerte de una compañera del colegio que había perecido en un accidente de tránsito. Con ese contexto de muerte violenta de la compañera, la interpretación hubiese sido otra. El mancebo no hubiera sido posible asociarlo con Eros, sino con Thanatos que en la mitología griega era otra cara de la moneda de la vida. Para ellos la muerte no era la figura horrible del Medioevo cristiano. ¿Pero cómo rescatar esa imagen conciliadora con la muerte después de dos mil años de cristianismo?

Me esfuerzo en ello. Lo analizo, lo pienso, lo repienso. Pero de igual modo la palabra muerte, las imágenes de su entorno me crisan. Me han tenido crispada media mañana. Tanto que voy salir, necesito caminar a algún lado; quiero alejarme de esta pantalla. Basta de computadora por ahora. Necesito respirar aire fresco, asomarme a mi ventanal, ver las nubes, el perfil de la cordillera, el movimiento de los pinos. Me iré hacia la montaña. Es un día un poco nublado. En el pinar hay murmullos, la brisa continúa y se oye una nota continua del chirriar de grillos. Los pájaros alborotan entre los árboles. Son más de las once de la mañana. El sol está alto y no quiero pasar el resto de la mañana entre ataúdes.

Tres en tren

A Raúl Casal

A veces ocurre un hecho sin conexión entre causa y efecto con otro suceso, pero sí con un vínculo de significado y la gente lo llama coincidencia o casualidad. Hace casi un siglo, sin embargo, Carl Jung dio un nombre nuevo a ese fenómeno de simultaneidad de hechos relacionados por el sentido, pero sin ningún vínculo causal y lo llamó sincronicidad. Y lo que descubrió Jung fue avalado por Wolfgang Pauli, premio Nobel de física y uno de los fundadores de la mecánica cuántica. Más tarde, uno de los creadores de la parapsicología, Joseph Rhine jugó a los dados en su laboratorio de la universidad de Duke, intentando demostrar lo descubierto por Jung y Pauli.

Una mañana en otro espacio y tiempo, quizás un Rhine contemporáneo después de bostezar de aburrimiento, lanzó los dados y descubrió que, en un vagón del Metropolitano de la ciudad, coincidían tres hombres y que además viajarían juntos durante largos minutos, con siete pausas de estaciones, hasta llegar al centro de la ciudad con el destino de encontrarse un poco a sí mismos.

Cuando uno de estos hombres empezó a bajar las escaleras de la Estación para dirigirse al andén, moviendo su ligero bastón blanco de izquierda a derecha, la mayoría de los transeúntes permanecieron indiferentes. No era la primera vez que se veía a un ciego bajar escaleras, auxiliándose con su bastón guía. No obstante, el hombre, a quien llamaremos Adalberto, no parece caminar muy seguro. En el andén, otros dos hombres observan la imagen del ciego que cautelosamente mueve el bastón con la mano derecha hacia los bordes de los escalones, mientras con la izquierda se asegura en el pasamano. Uno de los hombres a quien denominaremos Gesualdo no puede apartar los ojos de él. El otro que nombraremos como Fabián, tampoco puede mirar a un lado distinto al de la figura delgada del hombre de rostro redondeado cubierto de una espesa barba negra.

A fin Adalberto llega al plano del andén y camina por la orilla del muro hasta detenerse en un punto casi al final de la estación. Allí permanece sumergido en divagaciones hasta que escucha un sonido por primera vez en su vida con verdadera atención; un rumor de fricciones marcado por un ritmo de leves choques metálicos amortiguados. Adalberto siente en el rostro el vaho cálido de la brisa que desplaza un cuerpo venido de otro plano, desde la profundidad del túnel. Oye un chirrido más agudo de extrema fricción y luego el roce de cuerpos y vestidos de los pasajeros que bajan del vagón y se movilizan velozmente. Mientras los nuevos pasajeros ingresan apresuradamente, Gesualdo y Fabián permanecen inmóviles, esperando que Adalberto llegue a la puerta del transporte subterráneo.

Allí, en una especie de gesto ambiguo se quedan estáticos hasta que el ciego sube al vagón. Entonces Gesualdo mira a Fabián y ambos apartan la vista con desagrado, como quien recibe un chispazo eléctrico.

Dicen que las personas con discapacidad visual total nunca dejan de percibir la luz, incluso con los párpados cerrados y por eso usan gafas para el sol como las que lleva Adalberto. Pero quizás la razón del uso de esos lentes sea sencillamente estética, para ocultar los ojos extraviados y estáticos que no pueden o no intentan desplazarse hacia distintos objetivos. Es también probable que simplemente sirvan para ocultar los estragos de terribles traumatismos, ocasionados por accidentes o agresiones.

En el vagón la luz blanca es intensa, pero ello no afecta a Adalberto que permanece casi inmóvil sentado en el asiento con el bastón metálico entre las piernas y con las manos retorciendo la corta correa de seguridad de la empuñadura. Solo ese mínimo movimiento de sus manos rompe el carácter de esfinge de su postura. Es domingo muy temprano y uno de los primeros viajes del Metropolitano al centro de la ciudad. Hay muy pocos pasajeros. En la línea de asientos, frente a Adalberto, Gesualdo y Fabián, ubicados distantes entre sí, lo observan con atención, pero Adalberto es indiferente al mundo que lo rodea, no solo porque no lo puede percibir con sus ojos, sino porque su viaje no es el del vagón de ese tren. Más que un viaje, lo de él es una inmersión a ese mundo profundo de distintos niveles, capas, texturas

y densidades que la humanidad lleva explorando por milenios: conciencia, memoria, instintos, sentimientos, sensaciones.

Hoy es un día importante. Después de meses de entrenamiento, sale por vez primera en este para él largo viaje desde su casa hacia el centro. Lo hace no sólo como la culminación de una etapa de su ejercitación, sino también por la necesidad de percibir un ambiente distinto. Está seguro de que, si se lo hubiera pedido, Jimena lo hubiera acompañado, pero quiere estar solo en esta primera experiencia. Quiere oler, escuchar, sentir con el tacto esta parte de la ciudad. Además de entrenarse, quiere poner a prueba sus cuatro sentidos restantes, sin contar con eso que algunos llaman sexto sentido para referirse a la intuición y que los budistas adjudican a la mente. Eso quiere. Caminar por calles y avenidas para confrontar con la realidad el plano topográfico que lleva en su memoria. Quiere andar por plazas y parques. Quizás entrar a una iglesia donde pueda oler la acumulación de inciensos impregnados en las paredes, en los paños de los altares y en el anacrónico y lujoso vestuario de los oficiantes; también percibir los sonidos litúrgicos de la época de sus padres. Con suerte en algún templo convencional, quizás la Catedral, habrá un oficio religioso con cánticos de la vieja liturgia. Desea después ir a un parque para sentir el olor a tierra húmeda que a esa hora se desprende por efecto del riego matutino del césped; tratar de distinguir los distintos cantos de los pájaros, sus tonos y con suerte escuchar un aria casi operística de las que suelen ofrecer

al momento del cortejo. Sentir la brisa fría en el rostro en contraste con la tibieza del sol de la mañana; percibir olores, muchos olores: los de las flores de árboles, arbustos y de los florales de los jardines. Aspirar los perfumes que se desprenden a esa hora de la mañana de los pequeños locales donde la gente desayuna. El del café mezclado con los ácidos de los aceites de las frituras de embutidos y huevos, el olor del pan tostado para untar con dulces y mermeladas. Quizás probar algún plato. Tocar, palpar superficies, descubrir texturas, temperaturas.

En esos pensamientos está sumergido Adalberto, cuando escucha un sonido al que nunca le había prestado atención. Es la sucesión de dos notas musicales una baja y otra alta. Su inmersión se interrumpe por segundos. Pasajeros bajan del vagón y de nuevo suenan las dos notas que Adalberto había escuchado: la gentil alarma de seguridad que avisa el cierre de la puerta corrediza.

Gesualdo percibe el movimiento de los pasajeros y permanece inmóvil e impassible, sin mover un músculo del rostro. Parece estar tranquilo e indiferente. Sentado recto, apenas rozando con su cuerpo el espaldar del asiento, las piernas recogidas y un morral verde oliva entre ellas tiene un aspecto marcial. Cualquiera puede constatar que es un hombre de complexión fuerte acostumbrado a recios ejercicios. No obstante, hay en su mirada un fuerte parpadeo de inseguridad que quiebra esa apariencia de fortaleza. Desde donde está sentado puede observar a Adalberto casi sin mover la cabeza, apenas con un mínimo giro de sus ojos hacia la izquierda.

Gesualdo lleva atrapado el morral verde como si quisiera ocultarlo a miradas curiosas, como si escondiera algo en él. Ha tomado el tren esa mañana de manera imprevista, porque a última hora Calixto le envió un mensaje en el que le comunicaba que no lo esperara, que había tenido problemas con el auto y le informaba a Gesualdo que se desplazara por sus propios medios. Últimamente parece que todo va en contracorriente a sus designios. Matilde le dice que es un asunto de astros y le da una explicación que él no entiende en absoluto. Que unos planetas lentos se unirán, que son contrarios y que todo es como mezclar unas energías de estructuras con otra de terremotos.

Algo así le dijo. Lo que sí entendió es que, según ella, su vida va a ser distinta. Dijo que la vida de todos cambiará, pero que la de él por su trabajo, se volverá difícil y peligrosa y en eso sí le da la razón, la tranquila parsimonia de sus rutinas se ha interrumpido. El país entero ha cambiado su ritmo; ahora todo es acelerado, agresivo y peligroso. Las horas de pasividad han desaparecido, no puede fumar los dos cigarrillos de la mañana, ni leer el periódico para ver los detalles de los últimos juegos de su equipo, mucho menos leer las revistas donde los mejores analistas del fútbol comentan los últimos partidos. Han suspendido además las horas francas, los permisos y a veces tiene que permanecer en la comisaría por varios días; por ejemplo, hoy domingo y tiene que trabajar como cualquier otro día de la semana. Ya ha vivido meses en eso. Es una zozobra que parece no terminará nunca.

Matilde le ha dicho que no se haga muchas ilusiones que son planetas lentos y todo puede durar hasta más de un año.

Gesualdo se pregunta si habrá sido un error probar aventura en esta ciudad. Si habrá sido una mala decisión no haber aceptado el trabajo como capataz que le ofrecían en las viñas cercanas a su pueblo. Allá de donde viene le parecía aburrido el día a día, siempre lo mismo. Todo girando alrededor de la siembra, el cultivo y la cosecha. Se vino por la influencia de Calixto; a él le va bien aquí como mecánico. Le había dicho que en el taller él le podía conseguir trabajo como aprendiz, que al principio el salario no era mucho, pero que estaba seguro de que, en poco tiempo, con el entrenamiento que le daría, mejorarían sus condiciones y su salario.

Pero la mecánica no es para él. Al llegar había visto en la prensa una oferta para trabajar con el gobierno en lo que hacía ahora: la seguridad pública. Le gustaba la idea, el uniforme, las armas, el treinta y ocho que ahora carga en el morral. Él no tiene miedo para enfrentar la delincuencia. Es fuerte y le gusta el ejercicio, el entrenamiento y la disciplina. Hizo los cursos y no le fue mal. Los jefes lo aprecian por su responsabilidad. Todo iba de maravilla hasta que ocurrió la toma del Metro por un grupo de estudiantes en protesta al alza de las tarifas y todo se alteró en la ciudad, se produjo este cambio que nadie entiende. Matilde insiste en que es un asunto de estrellas y planetas. Él no está tan seguro, pero de lo que sí está seguro es que no le gusta lo que está ocurriendo ahora. Él no

le tiene miedo a la acción, en los pocos meses que lleva en el Cuerpo ha enfrentado a gente violenta y las ha sometido. Recuerda el caso del hombre que huía con una cartera después de asaltar a una mujer. Rápidamente lo alcanzó; con un movimiento de piernas lo lanzó al piso y con otras dos llaves lo neutralizó y le clavó las cadenas en las muñecas y el caso del borracho que atacaba a los clientes de un bar con un cuchillo pero que él neutralizó sin mayor dificultad.

Él no es hombre de miedo, pero lo que está ocurriendo ahora es distinto. A quienes hay que enfrentar en estos momentos no son borrachos ni asaltantes. Son estudiantes, gente común, muchachos y muchachas que no llegan a los veinte años y hasta niños que no pasan de los catorce. También hombres y mujeres que no son tan jóvenes; viejos y señoras que le recuerdan a su mamá y hasta a sus abuelos. Es verdad que están alterando el orden público, pero él ve muchas cosas que no son de su agrado. Sabe que muchos de sus compañeros abusan, que se aprovechan de las mujeres cuando las llevan detenidas. Hasta los jefes se aprovechan; a él no le parece correcto. Y el asunto de las armas, sobre todo el de las escopetas y las municiones. Y Gesualdo parpadea mientras mueve recuerdos y pensamientos con la vista puesta en la fila frontal de asientos donde permanece Adalberto en actitud casi hierática.

Las notas, grave la primera y aguda la segunda, suenan de nuevo en sucesión y el tren se detiene. Baja sólo un pasajero, pero suben dos jóvenes, una chica y un chico,

seguramente son pareja. Se sientan en las dos rígidas butacas inmediatas a la de Fabián y él los mira de reojo. En los tres años que ya han transcurrido desde que llegó a este país ha aprendido a evitar las miradas frontales. Sabe que lo que era común en el suyo, aquí no es bien visto. Esa mirada frontal, comunicativa de los caribeños no es prudente para su nueva vida. Fabián sabe que lo mejor para él es intentar pasar inadvertido.

El viaje del tren continúa y Fabián se concentra en sí mismo tratando de relajarse y dejar de lado los pensamientos tensos. Hoy ha tenido que tomar el Metro para ir al centro de la ciudad porque se le ha hecho un poco tarde y no sería prudente adaptarse al ritmo lento de los micros con sus múltiples paradas, pero sobre todo a la larga espera inicial que tendría que hacer por ser domingo de poco movimiento de pasajeros. Hoy es importante ser muy puntual porque el compromiso es que tiene que llegar antes de las siete de la mañana al Centro Comercial. Así le ha dicho el vecino: “Tienes que estar a esa hora porque te van a hacer una prueba”. No puede perder esta oportunidad; ahora con sus papeles en regla, con una visa que le permite trabajar legalmente, siente que las cosas podrían mejorar para él después de casi tres años. Tendría un contrato con un horario normal. Nada de las jornadas de quince y hasta dieciséis horas que venía haciendo. Siente algo de escrúpulo por el tipo de trabajo. Él hubiera aspirado a que su salto laboral hubiese sido completo y que además del contrato legal, las características del empleo fuesen un poco más adecuadas

a su perfil personal. En su país él se desempeñaba como auxiliar contable en una empresa de cierto nivel; tiene estudios superiores en esa área, pero aquí ha sido imposible lograr que lo contraten en el campo de la contabilidad. No posee ningún título académico formal, apenas unos papeles en los que consta que ha estudiado seis semestres de Administración de Empresas con algunas materias de contabilidad. Sin embargo, no pierde las esperanzas; él tiene experiencia acreditada por la empresa de su país en la que trabajó. Aceptaría lo que ahora se presenta como una transición, mientras sigue buscando otro tipo de labor. Lo que le ofrecen no es agradable, incluso es humillante. Mantenimiento, le habían dicho y había pensado que se trataba de hacer pequeños trabajos de refacción, de pintura, electricidad y cosas así. El vecino después lo desilusionó. En el Centro Comercial entienden lo de mantenimiento como limpieza de pisos, incluso le ha dicho, limpieza de los baños. Tiene que adoptar una actitud de adaptación. Fortaleza, resiliencia, como suele decir ahora después que descubrió esta palabra en una página de internet, esas son sus consignas.

¿Cómo ha terminado en este país? A pesar de las dificultades que se vivían en el suyo, siempre pensó que de él jamás saldría; pero todo había sido por un error que estaba pagando bien caro. Casi tres años. Le parece una pesadilla todo lo que ha estado viviendo en ese tiempo. La precipitada decisión de la partida; de la huida, debería decir, porque en realidad fue eso, una huida, bajo el efecto del miedo de que lo implicaran, de que lo incriminaran,

de que lo tomaran como chivo expiatorio, porque estaba casi seguro de su inocencia, de que él no era culpable de nada. El viaje. Lo fuerte e ingrato de ese viaje. El arribo a cada país, la explotación de horas y horas de trabajo, humillaciones, agresiones, amenazas, detenciones policiales; había atravesado tres países y en cada uno de ellos había pensado quedarse, pero la experiencia había sido tan dolorosa que continuaba viaje hacia el sur y al final comprendió que ya no había más, que tenía que aceptar la nueva realidad.

Debía reconocer también que no todo había sido malo en su experiencia, si estaba vivo todavía era porque algo le sonrió en algún momento. Personas hubo que se compadecieron de su miseria, como aquella mujer en un terminal de buses, una humilde limpiadora de baños, que consiguió darle refugio en un local que estaba siendo remodelado para que durmiera ahí junto a dos trabajadores de la obra. Allí durmió durante algunos días, hasta que siguió su viaje al sur. Tampoco los obreros denunciaron su presencia; lo toleraron, aceptaron compartir con él ese refugio y hasta le proporcionaron cartones que les servían de camas, colchones y mantas, todo a la vez. De no haber sido por esa gente podría haber enfermado por el frío y la humedad de esa ciudad que mira hacia el Pacífico. También en otro país encontró a gente compasiva. Recuerda al colombiano costeño que sacó de su bolsillo unos cuantos pesos para que comiera algo un día en el que sentía que iba a perder el conocimiento por el hambre. Quizás aquel hombre se sintió solidario por sus

rasgos físicos caribeños y quiso ayudarlo en esa ciudad de cachacos. Sí, hubo gente distinta quienes comprendieron lo que él estaba pasando y lo ayudaron, pero fueron los menos.

La voz del conductor irradia desde los parlantes del vagón anunciando una nueva estación del Metro y los pensamientos de Fabián se interrumpen. Suena la música de dos notas para anunciar la apertura de las puertas y hay un mínimo revuelo dentro del tren. Bajan muy pocos pasajeros, pero como un alud entra una tropa de chicos y chicas. Son más de una docena de niños que vocean y ríen mientras ocupan la casi totalidad de los puestos disponibles en el vagón. Van acompañados por una mujer joven de rostro sereno. El tren ya continúa su marcha cuando ella se dirige a uno de los asientos libres, el que está al lado del que ocupa Adalberto. Ella balbucea un “buenos días” que él contesta entre dientes. Es típica esa actitud concesiva, ese tratamiento especial, piensa Adalberto. Si él no fuese un ciego, esa persona que está ahora a su lado no lo hubiese saludado. Después de la agresión ha venido descubriendo que a su alrededor hay como una atmósfera que lo aísla, que lo separa de la gente. Lo ven como si él ya no perteneciera a la sociedad, como si ocupara una categoría de gente especial. Él siente que lo tratan con pinzas y sólo cuando es inevitable. Se dirigen a él con un tono y una intensidad de voz diferente a las que usan para las demás personas. El tono suena a cortesía con una intensidad más baja, como si no quisieran molestarlo, ni perturbarlo en su aislamiento.

Jimena le dice que es normal, que es compasión, que se trata simplemente de empatía ante lo que consideran el dolor del otro. Es posible, pero en algún momento ha sentido ese trato como una forma de discriminación.

El tren viaja muy veloz, pero apenas se percibe un rumor continuo, marcado por un rítmico compás, una especie de golpeteo que Adalberto descubre por vez primera en su vida; está concentrado en el ruido de la máquina y apenas si atiende a los sonidos dentro vagón. Es algo que ha aprendido últimamente: concentración. Esa capacidad de escoger un objeto, un estímulo y observarlo, aislarlo de cualquier otro. En este momento su atención se reduce al sonido de las fricciones de la maquinaria. Sonríe internamente por su éxito en la concentración. Ahora su atención se desplaza al interior del vagón. Mantiene muy activo el oído y puede escuchar la cháchara alegre de los niños. Probablemente será un día de camping. Hay una voz de niña que destaca, se impone y obliga al silencio a otras voces. Probablemente una líder del grupo. De vez en cuando de la mujer que está a su lado surge una palabra, un nombre: ¡Fermín! ¡Maritza! ¡Ricardo! El tono es imperativo y al mismo tiempo suave, la intensidad sube en la sílaba tónica con un estiramiento, con un alargamiento de la vocal, todo muy leve pero indicativo del carácter de control: ¡Mariiiiiitza!

Adalberto en su ejercicio perceptivo se centra en la mujer que va a su lado. Traslada su interés hacia otro sentido, el olfato. Hay muchos olores en el ambiente, muchas distracciones. Está un olor dominante de las

estructuras plásticas de paredes y asientos del vagón, un olor recio de gomas en el piso y sobre todo olores agudos como alfileres de la mezcla de componentes químicos del líquido que probablemente en la noche emplearon en la limpieza. También una mescolanza de olores que emana de los pasajeros y hasta de él mismo. Jabones, colonias, alcoholes... Todos son distractores para su empeño de percibir el aroma que se desprende de su objetivo, la mujer que va a su lado. Se esfuerza y le llega un suave, mínimo perfume de flores. Como si se mezclara lavanda con rosas y jazmines. Es muy suave. Es un olor dulzón. Piensa entonces que el grupo no va de camping. Si así fuera, hubiese sentido en algún momento ese olor alcalino y extremadamente dulce casi de miel, de uno de los tantos bloqueadores solares más conocidos, pero no es así. Entonces, piensa que probablemente van a una ceremonia religiosa o a un acto cívico de corta duración.

El ciego se siente bien en su éxito perceptivo y desplaza su atención hacia el tacto. La flexibilidad del cuero que funciona como agarradera del bastón, la dureza metálica cercana a la empuñadura y que roza constantemente los bordes externos de sus manos. La temperatura fría del ambiente del vagón, por efecto del aparato enfriador. Debe estar graduado a unos 19 grados centígrados. Demasiado frío para esa hora y tan pocos pasajeros. Agudiza su concentración al tacto de la temperatura y siente un sutil cambio que viene del lado en el que está sentada su compañera de vagón. Es una tibieza que se desprende de ese cuerpo a centímetros de distancia.

Lo siente sobre todo en el brazo y la pierna izquierdos. Duda de si se trata de su propia temperatura o la de ella o quizás la de ambos. Reflexiona sobre cosas que ha leído relativas a la microfísica, a la física cuántica. Piensa en la idea de que nadie está aislado, de que todos formamos una amalgama cuántica con todos. Que nuestra energía molecular está mezclada con la energía de otros cuerpos. Sonríe interiormente ante sus especulaciones que derivan poco a poco hacia el ámbito erótico. Sentir esa cálida energía que se confunde con la suya, lo estimula. Y decide terminar su ejercicio con el sexto sentido de los budistas, la mente.

Se concentra en el ámbito de la imaginación, una forma de pensamiento creativo. Imagina a la mujer compañera involuntaria de su viaje. Definitivamente cree que es una mujer joven, de no más de treinta y cinco años. Lo dice su voz, su perfume, su calor. Sabe que especula, pero de eso se trata, de seguir su intuición. La imagina con un rostro ligeramente moreno, y de cabello de color alterado por un tinte entre trigo y canela, más bien largo y recogido en cola. Un rostro que lucha entre la forma redonda y la ovalada, de dilatada frente, ojos grandes y pardos como el de las árabes. Adalberto se siente satisfecho. Ha concluido el ejercicio que se propuso. Desde hace casi cuatro semanas explora una nueva forma de conectarse visualmente con el mundo exterior. El procedimiento es un sustituto de la visión.

Una mañana al levantarse recordó un sueño en el que estaba sentado en un risco desde donde veía la inmensidad

del mar. Al despertar, no recordó nada más del sueño, solo esa imagen y entonces se preguntó si no podría hacer lo mismo en su estado de vigilia. Simplemente construir imágenes en su cerebro sin valerse de los ojos que ya no tenía. Por su experiencia de fotógrafo, se imaginó a sí mismo como una cámara digital de una gran memoria, con una capacidad de archivo excepcional, como el que le proporcionan las neuronas de su cerebro. Así comenzó su ejercicio. Cuando uno de los sentidos le ofrece un estímulo, un sonido, un olor, una sensación o hasta un recuerdo, simplemente hace que surja una imagen visual que complete la experiencia en una especie de gestalt.

Sumido en sus pensamientos, Adalberto siente lejana, opaca, la voz del operador que anuncia una nueva estación y de inmediato corre un revuelo de voces y risas por el vagón. A su lado hay un movimiento y siente el roce efímero, primero de la pierna y luego del brazo derecho de la mujer, al momento de levantarse del asiento. Después de los mínimos tonos de la alarma, impera el silencio. El vagón está con muy pocos pasajeros en ese momento. Frente a Adalberto, sin embargo, continúan sentados Gesualdo y Fabián.

Gesualdo vuelve a la realidad de la cabina, de regreso de una travesía por su mundo interior. Los ojos grandes, hermosos, de la mujer que viajaba al lado del ciego lo habían tenido cautivo durante unos minutos para proyectarlo en un salto hacia el tiempo de su infancia, a su pueblo. Quizás por el rol que ella desempeñaba ante el grupo de niños, se había producido esa asociación con una experiencia de su

pasado. Casi treinta años atrás en su primer día, en la escuela pueblerina también había una maestra con unos ojos grandes y expresivos, como los de esa mujer que le había hecho recordar aquella mirada dulce, el día en la que un compañero le había propinado unos golpes, simplemente porque era más fuerte e hijo de un estanciero con poder, y él además de ser hijo de peón, era el recién llegado, el nuevo. Recordó la mirada compasiva de una niña que huyó aterrorizada y luego el arribo de la maestra que lo levantó de la tierra, le ayudó a sacudir el uniforme y le pidió a la niña que le indicara donde quedaban los baños de varones para que se lavara.

Ahora, el puesto que había ocupado la mujer permanece vacío. Sólo el ciego está sentado en esa línea; ya hay muy pocos pasajeros. Gesualdo mira a Adalberto que permanece sereno, como indiferente al mundo que lo rodea. A Gesualdo su recuerdo de la infancia se le mueve dentro y genera conmociones que lo hacen parpadear continuamente. Por más que lo intenta, no puede anular algo así como un sentimiento de culpa, ante el hombre que está sentado frente a él. Decenas, cientos de personas están sufriendo como ese hombre. No pueden ver o ven con dificultad. En el Cuerpo donde él es uno más, el uso de las escopetas de balines ha dejado a muchas personas con ceguera total o parcial. Sabe que desde hace meses el descontrol en el Cuerpo ha sido tal, que algunos de sus compañeros hasta han hecho apuestas sobre quién tiene más aciertos en disparos sobre el rostro, sobre quién tiene puntería para llegar a los ojos. Él nunca apuntó hacia el

rostro como hacían muchos. Siempre intentó disparar hacia las piernas. Pero ahora está enterado de que tampoco ello impide que se produzcan lesiones graves. Estuvo estudiando manuales e informes que hay en la biblioteca del Cuerpo sobre el tema y un informe de balística concluye que es muy difícil evitar lesiones graves con ese tipo de armas, si los balines tienen un contenido de metal interno como los que ellos usan. El informe dice además que hay un efecto de dispersión a mayor distancia del disparo. Es lo que él había intentado hacer, disparar a las piernas de gente que estaba a más de treinta metros, pero ahora pudo descubrir que, por el efecto de dispersión, algunos balines pudieron haber llegado al rostro de los manifestantes.

Tiene meses intentando apartar esos pensamientos, pero el microbio de la culpa regresa continuamente. Él está consciente de que esa gente está violando normas, que está creando alteraciones en el orden público, que ellos como guardianes del orden están obligados a actuar, pero también está consciente de que sus faltas no son como para dejarlos ciegos, heridos o muertos como ha ocurrido. Cuando él se enroló en el Cuerpo no fue para eso.

Ya van meses en esa lucha interior y había logrado anestesiar un poco lo que allá dentro de su cráneo le hacía sentir mal. Se había dedicado a distraerse en las pocas horas francas, con programas de televisión de muñequitos y películas de acción, con uno que otro partido de fútbol en el poquísimo tiempo libre. Pero hoy desde que vio bajar al ciego por las escaleras, toda esa sensación culposa

se renovó. No puede dejar de observarlo, piensa en lo difícil que debe ser para ese hombre la vida. Presume que puede ser una víctima de los disparos de esos días. Una especie de escalofrío le recorre el cuerpo al pensar que hasta un disparo de él pudo haber sido el responsable. Recuerda que una vez un compañero estaba a su lado e hicieron disparos simultáneos. Él apuntó a las piernas de un hombre y enseguida vio el rostro ensangrentado y el cuerpo cayó al piso. Su compañero lo miró y le dijo “fui yo”, pero él no puede estar tan seguro. El hombre que está sentado delante de él ahora tiene barba y aquel no la tenía, pero eso no significa nada, él lo sabe. De eso ya ha transcurrido casi un año.

El tren está detenido y entran muy pocos pasajeros. En el ensimismamiento de sus pensamientos, Gesualdo no escuchó el aviso de la nueva estación. Está incómodo en su asiento, quisiera ya bajarse del tren. No ver más al ciego para apartarse de molestos pensamientos. Parpadea y tiene dificultad para tragar; la cabina está casi vacía y sin embargo nota como enrarecido el aire.

El tren sigue su marcha a las seis y quince. Fabián está relajado porque tiene tiempo de sobra para llegar puntual a su entrevista, a su prueba. Espera que su vida empiece a girar hacia el lado positivo. Piensa que vivir tres años hundido en esa especie de infierno ha sido suficiente y que lo importante en este momento es estar tranquilo. Debe dar una buena impresión en su prueba y es esencial la presencia, no caer mal a la persona que lo va a

entrevistar. Para eso hay que relajarse. Respira profundo el aire frío del tren y estira piernas y brazos.

Está sosegado y sonrío cuando piensa que pueda estar nervioso para una entrevista de trabajo en la que no debe mostrar ninguna habilidad académica, ni siquiera intelectual. Muy distinta había sido su experiencia cuando en su país, siendo estudiante, lo entrevistaron en una empresa especializada en contabilidad. Era una empresa de cierto prestigio. Salió tan bien que no pasaron tres días para que le avisaran que iba a ser contratado. Fueron tiempos buenos; trabajaba sus ocho horas normales. En las noches iba a una universidad pública a las clases de Administración sin pagar un centavo. Aquí cuando cuenta que estudiaba sin pagar, les parece inaudito. Tenía dinero y tiempo para las diversiones, para salir con los amigos, con la novia a la playa, para ir al cine, para reunirse a tomarse unos tragos. No era un millonario, pero vivía tranquilo con su familia en un apartamento que el gobierno, en su plan de dar vivienda a la gente, les había adjudicado en una zona céntrica de la ciudad.

Todo empezó a cambiar cuando lo contactaron en la universidad para ganar más dinero. Un compañero que era como un líder de grupo se le acercó un día y le ofreció un nuevo trabajo. Consistía en viajar al exterior con decenas de tarjetas de crédito de gente que negociaba su cupo de compra de divisas para viajar. El gobierno otorgaba derecho de compra de divisas a precios preferenciales a las personas que tuviesen que viajar al exterior. De alguna manera, un grupo mafioso conectado con empleados del

gobierno hacía fraude y estafaba los fondos públicos de divisas, falsificando documentos para conseguir divisas sin que esas personas tuvieran que viajar. Viajaba solo una persona que en el exterior obtenía dinero con decenas de tarjetas de crédito en los cajeros electrónicos y con compras falsas, acordadas en negocios ilegales que entregaban facturas amañadas y divisas, dinero en efectivo, con el costo de una cantidad como comisión. El viajero estafador llevaba todos los datos de las tarjetas para sus transacciones virtuales. Al final la fuga de divisas era importante y un grupo corrupto de empleados públicos y privados de distintos niveles, se enriquecía con parte de los dólares preferenciales muy baratos, otorgados por el gobierno a los viajeros. El aceptó esa propuesta aprovechando unas vacaciones en el trabajo; viajó a Panamá y ganó buen dinero. Al año siguiente viajó a Bogotá. Hasta que su hermano que es un militante del partido del gobierno lo convenció para que se desvinculara de ese grupo porque, según él, tarde o temprano iban a descubrirlo y podría terminar en la cárcel, por aquello de que la cuerda se revienta por la parte más delgada.

Se dedicó a sus estudios y a su trabajo, pero meses después las cosas cambiaron en el país. Se incrementaron las acciones contra el gobierno. Un fuerte movimiento, liderado incluso por importantes empresarios, industriales y comerciantes empezó una guerra económica y el país entró en crisis. Había personas que creaban empresas de maletín para importar productos con dólares preferenciales, con la complicidad de funcionarios públicos de

alto nivel. Estas empresas falsas no traían los productos acordados, sino otros de muy mala calidad o incluso no traían nada y los estafadores se repartían los dólares obtenidos. Por otro lado, en el ámbito comercial los productos desaparecían de los anaqueles de los comercios. Los dueños escondían las mercancías, los industriales la desviaban ilegalmente al exterior y hasta ocurrió que la moneda empezó a escasear. Grupos mafiosos conectados con el sector financiero, se llevaron millones de billetes, papel moneda, hacia países vecinos.

Estalló la crisis, la hiperinflación, la recesión, el desabastecimiento. El gobierno trató de contener el desastre, ofreciendo productos importados con subsidio en los precios y entonces gente que estaba en cargos públicos desviaban esos productos y surgieron los llamados “bachaqueros” que trasladaban la mercancía subsidiada para contrabandearla a países vecinos, donde la vendían a precios más altos o la vendían en comercios informales dentro del país, a precios no subsidiados. En el gobierno mismo había gente que estaba conspirando con el propósito de enriquecerse. Él mismo logró conectarse con el grupo de las tarjetas de crédito que ahora se dedicaba a la especulación comercial. Hizo algo de dinero vendiendo, al mayor, productos subsidiados a gente que los revendían en la calle a precios altísimos. Todo el mundo especulaba. El gobierno denunció lo que llamó la guerra económica, pero la gente comenzó a protestar ante la pérdida de bienestar después de diez años de bonanza.

Al poco tiempo la oposición se hizo fuerte y llamó a destruir al gobierno por la fuerza. Creó grupos urbanos de choque a los que entrenaban en manejo de armas alternativas y hasta armas convencionales. Había mucho dinero, muchos dólares para eso. Primero con el nombre de un juego infantil inventaron una forma de protesta relámpago para generar caos en las ciudades, con rápida escapatoria al llegar la policía. Cuando estuvieron más fuertes y mejor entrenados empezaron a enfrentar a la policía y a la Guardia. En ese momento lo volvieron a contactar a él. Resultaba atractivo; pagaban con dólares y para ese momento, cincuenta dólares por la acción de un día era equivalente, al menos a semanas del sueldo de un empleado. No lo pensó y participó primero en el entrenamiento y después en las acciones. Aprendió a hacer barricadas, a preparar bombas molotov, artefactos que desinflan las llantas de los vehículos en las calles, a armar alambres, guayas de acero, para bloquear a los guardias y policías o a cualquiera que se desplazara en motocicletas; a manejar explosivos tipo cohete para enfrentarlos. Fue un entrenamiento relámpago de dos fines de semana.

Ahí fue cuando inició el viraje hacia los problemas. Participó en varias guarimbas, que era el nombre del juego de niños que le dieron a esas acciones. Los jefes lo especializaron en el lanzamiento de cohetes explosivos, los mismos que se emplean en las fiestas populares de los pueblos y que también se lanzan en las ciudades el día de navidad y de año nuevo. La diferencia estaba en que mientras en

el uso normal de esos fuegos artificiales se apunta en dirección al firmamento para que la explosión se produzca a decenas de metros en el aire, aquí se dirigían a policías y guardias. Eran verdaderas armas. Un artefacto como ése al estallar ocasiona lesiones graves. Los guardias se protegían con escudos y lanzaban bombas lacrimógenas. Él siempre evitó apuntar directo al cuerpo de los contrincantes. Apuntaba en direcciones muy cercanas para amedrentar. Pero la orden era que apuntaran a los cuerpos. Había otros que lanzaban bombas molotov con la intención de quemar vivas a las personas; hubo varios casos así: transeúntes opuestos a la violencia que expresaban su opinión, motorizados que no acataban las órdenes de no transitar. También hubo conductores de motocicletas degollados por guayas casi invisibles, colocadas en calles y avenidas para impedir el tránsito.

Ese día hizo lo de siempre, prender la mecha y apuntar el tubo metálico que fungía de cañón. Él no apuntó contra el rostro del guardia. Está seguro de que no fue su disparo el que dejó ciego a ese hombre. Sabe que el artefacto que él lanzó casi iba rasante por el asfalto de la avenida. Está seguro de que el cohete que estalló cerca del rostro del guardia no lo disparó él. Pero fue muy fácil, muy cómodo incriminarlo. Tomaron los videos publicados en las redes sociales donde él aparecía disparando cohetes y lo acusaron. Lo acusaron de homicidio frustrado y mil cosas más. Lo peor es que sus panas, sus propios compañeros de guarimba que fueron detenidos, en sus declaraciones lo incriminaron a él.

Se oye la voz del operador del tren anunciando una nueva estación y Fabián mira el reloj. Son las seis y veinticuatro. Es temprano, sabe que llegará a tiempo; pero los recuerdos que lo han estado invadiendo lo mantienen intranquilo. Está descentrado y necesita obtener tranquilidad. Mira a su alrededor y su mirada se topa con la figura de Adalberto. Su estrés aumenta. Quisiera llegar pronto a su destino y olvidar... olvidar. Entra un carabinero uniformado al vagón. No se sienta, aunque hay puestos vacíos. Se mantiene de pie. Hace un leve movimiento de la cabeza a modo de saludo a alguien. La llegada del hombre uniformado aumenta la tensión en Fabián y busca con la mirada al destinatario del saludo, pero ya en ese momento no hay reacción alguna de nadie. El recién llegado observa fijamente al ciego, mantiene un rato su mirada, inquisitiva como de pesquisa. El ciego sonríe por vez primera y el carabinero no puede ocultar algo como turbación en la expresión de su rostro y gira el cuerpo, y con la mirada busca un nuevo espacio para movilizarse.

Adalberto sabe que alguien se mantiene de cerca de él y que en la cabina hay asientos libres para sentarse. Trata de percibir algo sobre esa persona y por intuición concluye que se trata de un hombre fumador porque además de él se desprende un intenso olor a tabaco negro. Aunque no sabe más sobre el pasajero, su sexto sentido lo pone en guardia porque tiene la sensación de que es alguien inamistoso. Siente que esa presencia cercana lo incomoda. De pronto, sin proponérselo, surgieron en su cerebro imágenes violentas de películas de Tarantino.

Sonríe franca y ampliamente por su asociación y entonces percibió el movimiento de retirada del hombre. Ahora continúa en su actitud de esfinge, con el bastón entre las piernas y si no fuese por la firmeza de su cuello podría pensarse que duerme. Sin embargo, sigue atento al ambiente del vagón.

Sus ejercicios de percepción lo dejan satisfecho. Reflexiona sobre la capacidad humana de sobreponerse a las calamidades. Hace ocho meses cuando ocurrió lo de sus ojos, nunca pensó que podría superar el efecto psicológico, la depresión en la que había quedado sumido durante las primeras semanas. Mucho menos pensó que podría encontrar alternativas para desenvolverse en la vida en total invidencia. Pero ahí estaba completamente solo, viajando en un tren y con cierta conciencia de lo que ocurría a su alrededor. No era fácil lo que había tenido que enfrentar. En los días en que ocurrió se había dedicado a tomar imágenes para su proyecto de documental. Estaba consciente de que, aunque no tenía un guion todavía, tendría que tomar imágenes que probablemente no se producirían nunca más. Tenía una idea general de la sinopsis. Había escrito unos tres o cuatro esbozos y aún no se sentía totalmente satisfecho. Lo que se proponía era un documental que resaltara las contradicciones casi surrealistas de su país. Los contrastes sociales, económicos, las contradicciones de raíces históricas. Las experiencias tan distintas entre los jóvenes que no habían vivido la dictadura y la de los ya adultos y viejos.

Había llegado a ese proyecto después de conocer a Jimena. Al conocerla su vida había cambiado; antes solo le interesaba lo que ocurría al norte del río Mapocho, el sur no existía. Encapsulado en los barrios del noreste, sus rutinas eran el cine, la cinemateca, la universidad, los amigos y los viajes turísticos con la familia. Sólo existía la ciudad de avenidas, autopistas, jardines, parques; la ciudad del edificio más alto de Latinoamérica; el Centro Comercial de siete pisos. El sur no existía. Los barrios pobres y de clase media baja le sonaban como regiones lejanas, peligrosas e ingratas que no había ni que mencionar siquiera. Hoy sabe que de alguna forma antes de conocer a Jimena también estaba ciego; padecía otra forma de ceguera. Veía la realidad cubierta por una niebla espesa. Piensa que mucha gente vive así. Creen que ven, que sienten, que oyen, que huelen, que piensan, pero no es así. Viven como encerrados en una cápsula limitada, sometidos a las rutinas que les imponen desde afuera. No tienen la iniciativa ni la capacidad para romper las paredes de esa como cápsula, como quiste que los aísla de lo verdadero.

A Jimena la conoció en la universidad. Poco a poco la visión de mundo de Jimena se le fue infiltrando. Ella lo invitaba a conferencias, charlas, foros. Al principio le aburría un poco el discurso sociológico de ella, pero meses después él estaba mirando las cosas de otra manera. De las conversaciones con Jimena surgió su último proyecto de documental. En realidad, para él era más que un proyecto audiovisual, más allá del producto que pudiera

obtener, sabía en el fondo de su conciencia de que lo que buscaba era despejar esa niebla que le impedía ver las cosas tal como eran. Con el apoyo de ella comenzó una investigación en libros y documentos para dar sustentación al guion. Junto con ella participaba en actividades públicas de protesta, filmaba y reflexionaba. Había estado acumulando material visual de marchas y protestas al lado de amigos, gente de cine, que se habían incorporado al proyecto. Hasta que ocurrió lo que ocurrió.

Acababa de entregar la cámara a Jimena cuando sintió el impacto. Su cabeza era un globo y había estallado, esa fue la sensación. Cayó al piso. Después recuerda los gritos de Jimena, de otra gente, la oscuridad total, la sensación de líquidos en el rostro, la dificultad respiratoria. La cascada de acontecimientos: lo cargaron, lo trasladaron en camilla, oía, pero no veía. Después, mucho después, el agujero depresivo del que lentamente fue saliendo con las palabras, los abrazos, los besos de Jimena.

El revuelo en el vagón es general por el anuncio de una nueva estación. El tren ha llegado al centro y la mayoría de los pasajeros se levantan de sus asientos y se dirigen a la puerta de salida. Con dificultad, Adalberto se infiltra entre los pasajeros que ya se movilizan desde el marco de la puerta hacia el andén. Una columna de gente que se incorpora al vagón se vuelve una pared, un obstáculo para el ciego. De pronto siente que dos personas lo escoltan abriéndole camino. Da tres pasos más y ante él siente el espacio abierto. Ahora está solo. Se detiene para

planificar la continuación de su marcha. Debe recurrir a su mapa mental para encontrar las escaleras mecánicas.

Oye el murmullo y siente el roce de cientos de personas que se mueven en el andén. Se queda estático y como un rayo todo cambia. De nuevo surge en su mente la idea de la gente que vive ciega en el desasosiego de la vida cotidiana. Que viven aislados de la realidad y entonces surge la imagen. Está en la estación del Metropolitano y ve cientos de hombres y mujeres que marchan lentamente portando lentes oscuros para el sol y bastones metálicos blancos que mueven de izquierda a derecha de forma sincronizada. Adalberto sonrío con satisfacción. Es lo que esperaba, es lo que buscaba. Ese es el final para su documental Ahora lo ve con claridad. Un plano general y la música que se proyecta desde los parlantes del subterráneo. Es el último plano del documental. Un final simbólico e impactante. Está satisfecho, su sistema de gestalt funciona, su cerebro le proporciona la imagen que buscaba. Adalberto reinicia su lenta marcha y no puede ver a dos hombres ante las escaleras mecánicas que lo observan con insistencia. Él camina con más seguridad mientras los dos hombres se alejan y se pierden entre la muchedumbre.

La cancha

— ¿Qué me cuenta? ¿Hizo el trabajo que le dije? —la voz retumba en el audífono del teléfono.

— No tenga dudas. Yo soy hombre de palabra. Como que tengo veinte años ya en esto. Yo no soy ningún novato. Usted sabe que yo no doy papaya cuando interrogo a alguien. Me fui a la cancha donde yo sé que está tres veces a la semana haciendo de entrenador de gamines. Me hice pasar por periodista. Le dije que quería hacer un artículo sobre gente como él, que me habían dicho que estaba a cargo de gamines que han perdido el rumbo, que me había enterado que los entrena en artes marciales. Eso sí, el barberito reculó cuando le pregunté que de dónde era, porque a la vista estaba que de aquí de Bogotá no es. Empezó a montarme un video, que y que era de Santa Marta, que él se había venido para acá por falta de trabajo. Por supuesto, no le pregunté si conocía los Montes de María. Pero a la vista estaba que me estaba barajando las respuestas con su insistencia de que de Santa Marta se había venido directo para acá.

— Yo sabía que podía contar con usted. Yo sé que usted es berraco en eso. El sargento al que le encomendé ese trabajo la vez pasada, podrá ser muy sargento, pero le falta sopa, es medio bagre. Ahora hágame el trabajito. Yo no voy a pasar toda la vida aquí por culpa de un hijuepuerca. Yo sé que usted no come de nada y me va hacer rápido el otro trabajito. Bueno, me va a conseguir a alguien que lo haga rápido, pues.

— No se afane, parece. Ya está hecho. Ese hombre ya está oliendo a formol. Mañana hago contacto con alguien que yo conozco y ya. Es gente de las Águilas.

— ¡Hágalo, pues! Quiero rápido a ese lambón con una piyama de madera. Confío en usted. Usted sabe que por ese trabajo hay lucas para rato.

— ¡Tranquiiiilo! Ya le dije que no pasa una semana para que el barbero ese esté frío.

El hombre recoge los instrumentos de trabajo, las tijeras, la navaja, los cepillos, peines, la afeitadora eléctrica y los guarda ordenadamente en gavetas distintas del mueble que soporta un gran espejo rectangular. Ya limpió el piso cuidadosamente y no queda ningún rastro de cabello del último cliente. Tiene algunos años en esa profesión que aprendió en uno de los tantos pueblos que le han servido de escala en ese movilizarse que parece que nunca termina. Y todo por bocón. Por hablar más de la cuenta y ante gente que lo que quieren es difundir noticias, alarmar. ¿Por qué tenía que ponerse a hablar demás? Pero eso no tiene retorno, ya no puede recoger sus palabras. Tiene años moviéndose de un lugar a otro, disfrazando

su imagen, cambiando de identidad, y al final llega la amenaza, el peligro. Y entonces tiene que moverse, desaparecer, salir de circulación. Aquí se sentía seguro. Un pueblo de frontera, pero no tan cerca, un pueblo de montaña con poco movimiento, una aldea de viejos. Los jóvenes hace tiempo que se han ido a conquistar mundo. A la capital de estado, a la capital del estado vecino o la capital del país. Se sentía seguro hasta hoy, cuando llegó un cliente del Caribe colombiano. Él trató de no hablar, de hacer gestos, se comportó casi como un mudo. Y, sin embargo, el hombre dijo esas palabras: “Usted no parece de aquí, pero tampoco del Perú”. Él solo atinó a decir: “Soy del Amazonas peruano, es por eso”. Después pasó el resto del día inquieto. Recordó el interrogatorio en la cancha de artes marciales del supuesto periodista hace casi un año. Ya no está seguro en este pueblo. Piensa que ese cliente a lo mejor no es nada, pero también sabe que lo buscan y que están dispuestos a sacarlo de debajo de las piedras si es necesario. Quiere marcharse a casa temprano. Ya son casi las siete de la noche.

A esta hora el pueblo comienza a aquietarse. El sonido de las campanas de la iglesia es como la señal convenida para los dueños de los comercios. Casi al unísono se escuchan cascadas de cortinas metálicas saliendo de su rollo plegado para cubrir la transparencia de los tabiques de vidrio. La noche es una contradicción entre tranquilidad y miedo. A partir de ese momento la gente se recoge en sus hogares y los pocos transeúntes de la calle principal pueden sentir la transpiración de aromas culinarios de las

casitas del pueblo. Olores de la última comida del día, una confusión de ácidos, dulces, amargos, acres que al final se amalgaman en uno solo con reminiscencias de hogar, de madres, de abuelas, de fogón. Pero afuera, en la calle, el viento arrastra lejos los aromas junto con la neblina.

El hombre cierra la puerta de la barbería y camina por la calle principal unos cien metros con paso rápido, antes de cambiar de dirección hacia una transversal, más tranquila aún y casi oscura. En la esquina otro hombre sale de una casa, recoge un cubo plástico para guardarlo en el interior de la casa. Al llegar a la puerta gira la cabeza hacia el transeúnte y lo saluda con un tono cálido.

— ¡Perú! —dice—. ¿Muchos trasquilados hoy?

— No tantos, si supiera, con este frío la gente no se corta el cabello.

“Perú”, piensa. Definitivamente su hermana ha sido hábil para imponer esa nueva identidad de peruana entre la gente del pueblo, donde los únicos vistos como extraños son algunos colombianos y uno que otro descendiente de italianos. La piel tostada y los rasgos aindiados de su hermana, de él y de toda la familia han facilitado el engaño y por suerte, a ese pueblo no ha llegado nunca un verdadero peruano que pueda confrontarlos. Lo que lo pone en vilo es el contacto con sus verdaderos paisanos colombianos. Los evita y mantiene casi un mutismo cuando la interacción se vuelve inevitable. Por lo demás, la barba y los lentes de gruesa pasta, ocultan aún más los rasgos de su rostro.

A lo mejor lo de hoy no es nada, piensa mientras sigue su camino en silencio. Transita por una calle que va en pendiente hacia el norte y a la izquierda se ve una cancha de usos múltiples. Ha pasado por ahí decenas de veces cuando va hacia la barbería y después cuando regresa a la casa. Es una estructura urbana más, como la iglesia, la escuela, la heladería o la plaza. Así la ha estado viendo, con total indiferencia, en el casi año que lleva viviendo en este pueblo del país vecino. Algo ha pasado hoy al observar la cancha. Dentro, muy dentro algo se ha desacomodado por efecto de esa imagen. Durante años sufrió de pánico, de shock post traumático. No podía ver una cancha, tampoco oír el ruido de una sierra o el runrún de un helicóptero. Vivió buena parte de su de su adolescencia y de su juventud con esa desesperante experiencia. Al fin hubo alguien que se compadeció de él y lo ayudó y fue superando las fobias. Tanto las superó que se prometió a sí mismo dedicar el resto de su vida a apoyar a los niños de la calle, e hizo lo que sabía hacer: deportes. Vivía de su trabajo de barbero y el resto del tiempo lo dedicaba a entrenar a niños en riesgo de caer en el delito. Se sentía muy bien poder ir tres veces a la semana a una cancha y entrenar a los niños, sin la fobia del pasado.

Algo ha cambiado ahora. Hay un olor a monte, a tierra seca, a guayabas silvestres a plátanos podridos. Hace calor y de lejos, de muy lejos llega una brisa húmeda del atlántico. No hay silencio ni quietud. Voces, pájaros, ladridos, rebuznos, gallos y de más allá música de gaita, la flauta colombiana con su sonido tan rústico como el cactus con

el que la fabrican. Gaitas y tambores afros suenan en un ritmo caribeño. Una bandada de niños corre por el descampado haciendo algarabía.

Están de vacaciones por las fiestas de diciembre. Se sienten libres, sin ataduras. No habrá más clase hasta enero. Él también corre con el grupo y levantan una polvareda que el viento arrastra hasta el centro del pueblo. De pronto se detiene y poco a poco el resto de los niños lo imitan. Miran en todas direcciones. Se oye un ruido que arroja la orquesta de pájaros, perros, burros, gallos, grillos... Es un sonido sordo, bajo, que molesta porque entra a los oídos con un resoplido de aire caliente. Todos están expectantes y al fin miran hacia el firmamento entre árboles, arbustos y techos de cuatro aguas y aparece. “¡Un helicóptero!”, vocean en algarada. Pero súbitamente callan porque desde el helicóptero algo se desprende. Es una lluvia blanca que no entienden y los paraliza, los asusta por segundos, hasta que uno de ellos grita: “¡Papeles! ¡Son papeles!”, y corren en todas direcciones para atrapar la mayor cantidad. Es el juego del día, cazar papeles que vuelan como mariposas. El que los atrape en el aire, gana. Los volantes están impresos, pero ellos ignoran ese detalle. Lo importante es atraparlos en el aire. El que reúna más, ganará. Corren abrazando paquetes de papeles como trofeos mientras entran al centro del poblado. Corren a la cancha de micro fútbol a contar, allí se ubican en la banqueta de concreto que rodea la cancha y sirve de tribuna, pero apenas empieza el conteo un niño lee en voz alta lo impreso en uno de los volantes:

“Disfruten, coman, beban, bailen que esta será su última fiesta”.

Cuando llegan a sus casas, los adultos han leído el mensaje amenazante y empiezan a correr los rumores. “Vendrá el ejército para desplazarnos”, dicen algunos y otros corrigen: “No. No es el ejército, son los paras”. “Toca de irnos”, dice una mujer y un hombre le riposta: “Yo no le debo nada a nadie. De aquí no me sacan”.

“Yo no le debo nada a nadie”, piensa e intenta apartar las imágenes que lo invaden desde hace años. A su lado está la cancha del pueblo. La mira y entra en pánico. “Otra vez”, piensa. Las imágenes surgen desde muy atrás en el tiempo y convierten su cuerpo en un laboratorio de sustancias activadas por una red de micro descargas eléctricas y lo transforman ahora en un hombre que camina con dificultad, con respiración jadeante y pupilas dilatadas, con frío y calor a la vez. Se siente mareado y se apoya en una pared. Quiere terminar de llegar, pero su cuerpo no lo ayuda. Mira hacia una calle paralela y con esfuerzo se dirige por la acera hasta arribar a la plaza arbolada con pinos. El aroma de los pinos lo seda un poco.

Respira profundo y camina hasta un banco de tablas y estructuras de hierro fundido. Se sienta y mira el contorno, no hay nadie a esa hora, está solo. Siente que recupera el aliento. Se tranquiliza por minutos, pero las imágenes regresan. Mira de nuevo el contorno y siente lo que ya no está.

De nuevo escucha los golpes, las patadas a las puertas de las casas. Gritan y sacan a la gente a la calle a la fuerza.

Llevan a las mujeres casi a rastras por el cabello hacia los alrededores de la iglesia. A los hombres los empujan, los golpean con las armas, los amenazan. Los conducen hacia la cancha de micro fútbol. Él trata de huir hacia el monte, pero lo ataja un paramilitar y lo alza por la camisa y lo tira al piso. Lo agarra de nuevo y lo traslada hacia el grupo de hombres que ya se encuentran a la entrada de la cancha. “¡A este pelao me lo dejan a mí! Me lo como en el almuerzo!”, grita y ríe a carcajadas, mientras lo tira de nuevo al piso. Las calles ya están atiborradas de enseres domésticos destruidos, alimentos, ropas.

Es la cancha de micro fútbol, la misma de la competencia infantil de los volantes, de hace dos meses. Hay música de cumbia, gritos, llantos, lamentos, voces amenazantes, improperios: “Hijoepuercas”, “malparíos”, “hijueputas”, “sapos del coño”... “¡No va a quedar ni uno vivo! ¡Les vamos a cortar las cabezas de puercos a toditos!” Las voces le revientan el cráneo. Él está sentado con todos los varones en la banqueta de concreto que dibuja un círculo periférico a la cancha. Al frente están ellos, tres paras sentados, relajados, con las piernas estiradas. El que está en el centro, con barba y lentes parece ser el jefe. Ese no grita, solo habla en voz baja y parece dar las órdenes. A veces uno de los que están a su lado aproxima la cabeza y él le cuchichea algo al oído. Alrededor pululan hombres uniformados bebiendo aguardiente a pico de botella, comiendo, escupiendo, esos sí gritan y empujan a los hombres rezagados para que se vayan a sentar con el resto de los varones. A las mujeres las llevaron a

los predios de la iglesia y desde allá se escuchan los gritos, las imploraciones, los llantos. Allá están las madres, las abuelas, las hermanas, las hijas, las esposas, las amigas, todas a merced de la pandilla bárbara que las violentan, las golpean, las sacan del grupo para violarlas entre varios en casas aledañas y cuando se cansan de ellas las asesinan. Las acuchillan, las degüellan, las empalan.

Uno de los hombres que está al lado del jefe se pone de pie y hace una seña a sus subordinados para que guarden silencio. Todos callan y bajan la intensidad al reproductor de sonido que habían instalado para amenizar su fiesta. “¡Aquí todo el mundo cierra la jeta!”, grita con una voz chillona. “¡Ahora aquí solo hablo yo! ¡Aquí mi jefe ha decidido perdonarles la vida a algunos de ustedes!”, dice mientras hace un gesto hacia el hombre de lentes que permanece sentado. “Así que récenle para que los perdone. ¡Récenle porque mi jefe es Dios y hoy está de buenas!” El jefe se incorpora con lentitud y como con fastidio dice en alta voz: “¡Yo voy a dejar con vida a algunos, pero primero vamos todos a jugar! ¡Tráigame música de verdad! ¡Búsquenme por ahí uno de esos tambores y unas buenas gaitas hechas con cactus de verdad! ¡Tráiganme eso que la fiesta va a empezar!”

El jefe empieza a gritar números: “¡El que saque el treinta y cuatro está muerto!”. El elegido es sacado a rastro hasta el centro de la cancha donde los secuaces se encargan de la barbarie con destornilladores, punzones y cuchillos para finalizar con la moto sierra descuartizadora. Y el jefe de los paramilitares cambia cada vez el

número: “¡Ahora vamos a jugar al treinta y seis!”. Todos quieren desaparecer ante el conteo.

El barbero sigue inmóvil en el banco de la plaza invadido por esas imágenes, por el terror que todavía le produce el recuerdo de los acordes de la música, se lleva la mano a la frente y la pasa repetidamente como quien quiere borrar algo que está dentro de su cabeza. No quiere seguir reviviendo aquellos recuerdos de horas de tortura y muerte. Horas de sangre. Del terror de sentir que el conteo cambiaba continuamente y podía tocarle a él. Ver al maestro de la escuela, observar cuando le cortan ambas manos con la sierra, para cercenarle después un brazo y verlo caer al piso de la cancha después del tiro de gracia. No sabe nada de su madre, su abuela, su hermana. Siente que las lágrimas se asoman en sus ojos al pensar en ellas.

El conteo continúa implacable y cada vez el jefe cambia de número. A lo mejor busca a su próxima víctima con la vista y grita el número para que la cifra corresponda a quien él ha seleccionado. Súbitamente, altera la numeración de manera radical. De los cuarenta salta a la primera decena. “¡Dieciocho!”, grita. Él se ha contado múltiples veces y está seguro de que es el número dieciocho. Empieza a temblar de una forma ostensible que no puede contener y siente entre sus piernas un líquido caliente, la vergüenza de la orina en los pantalones. La voz del hombre suena... doce... quince... diecisiete... ¡Diecisiete! Y dice al fin su número: “¡Dieciocho!” Pero los esbirros no lo buscan a él, sino a un hombre robusto

sentado a su derecha. El terror, sin embargo, es incontenible. Piensa que han cometido un error en el conteo y lo van a corregir en cualquier momento. Tiembla y siente calor y frío a la vez. Trasladan al hombre que se encuentra a su lado para el ritual de torturas, de sangre, de muerte. Por horas dura el ensañamiento. Sangre y despojos humanos invaden la cancha.

“Diecisiete”, piensa, ese había sido su verdadero número. Bajo efecto del terror se había equivocado al contar. Diecisiete. Nunca más pudo olvidarlo, era su número de suerte. Ya habían transcurrido casi veinte años y todavía sentía algo desagradable cuando leía o escuchaba el número dieciocho. Y ahora estaba allí en esa placita de un pueblo de frontera con el miedo reactivado. Tenía que seguir huyendo. Desplazarse más lejos, más hacia adentro en este país que lo había acogido a él y a millones como él.

La herida de Artemisa

Sabe que este es un pequeño risco, que con cinco minutos de esfuerzo más podrá superar los no más de tres metros que faltan para llegar a la cima y podrá bajar por el estribo de la montaña. Un reto menor, piensa; pero el ruido que siente a sus pies parece desmentirla. Lo que oye es un bramido oscuro, como si una fiera gigantesca estuviese aclarándose la garganta mientras escupe un borbor que arrastra todo lo que encuentra. Ella sabe, aunque la oscuridad no le permite ver, que más o menos a unos cuatro metros de sus pies algo grave ocurre. Un pequeño error, un movimiento en falso y su cuerpo se deslizará hacia eso que suena abajo como llamándola.

¡Concentración! ¡Precaución sin miedo! se dice a sí misma. No pensar.

Pero el pensamiento regresa: un paso en falso y se la tragará eso que ruge. Ahora involuntariamente está en posición de rana y siente que sus cuatro extremidades no dan más. La mano derecha en un saliente cómodo, pero la izquierda apenas si está agarrada con el pulgar y tres

dedos. Tiene que buscar un punto de su cuerpo para el impulso. Confiará en su pierna derecha que es la que está menos extendida en su posición batracia. Si logra impulsarse intentará aplicar una estrategia de ascenso ladeado.

Ahora los pensamientos vuelven. ¿Qué hace ahí, como una rana pegada a esa pared musgosa, fría, húmeda? ¿Por qué tenía que salir del campamento? Y vuelve el recuerdo. Diana piensa en el absurdo comportamiento de la mente. ¿Por qué en una situación como la que está viviendo le llegan estos recuerdos? Tiene que desprenderse de los sentimientos de culpa, concentrarse en el momento presente, nada de recuerdos. Es un principio de cualquier escalador: atención al camino de rocas que se abre y se cierra, como en un juego de azar. Atención al cuerpo; a los brazos, a las manos, a los pies, a las piernas. A las palmas de la mano, a los dedos, al contacto con la aspereza de los salientes rocosos, a las grietas. Los pensamientos saltan atrás, hacia un mes apenas. Concentración, máxima concentración. No atarse a los pensamientos, pero tampoco pelear con ellos. Simplemente dejarlos pasar. Esas cavilaciones traen temor, duda. Al fin y al cabo, ella sabe que el reto es menor. Decenas de veces ha escalado paredes de rocas más altas, más difíciles. Respira hondo concentrándose en la espiración como le enseñó el sensei de karate, y en efecto, los pensamientos desaparecen y retorna al presente. Siente su pie derecho haciendo fuerza contra la base de la bota y en una mezcla de tensiones y distensiones sus músculos se ponen en movimiento en un recorrido que va desde los tobillos hasta la conjunción

del fémur con la cadera. Se impulsa, gira y ahora su mano derecha tiene un nuevo agarre más alto y por fin ella está ladeada. Está liberada y sigue su camino como quien sube una escalera. Un movimiento más, un nuevo impulso con su pierna izquierda y ya sus manos estarán sobre el plano del risco. Se agarra de un tallo que se nota bien arraigado y con el impulso final está arriba, la espalda contra el plano de hierbas y pequeños arbustos, mirando hacia esas nubes negras que parecieran abrirse para inundarlo todo.

Acostada boca arriba, experimenta la húmeda frialdad de la hierba. Allí en esa posición vuelve el tema del por qué. Por qué está allí. Aceptó la invitación de Carlos y Egidio de incorporarse a un grupo de rescate para estos días de elecciones con lluvia acá en Vargas. Ellos la convencieron argumentando que era un buen entrenamiento para entrar de manera formal al grupo. Le decían que ella tiene buena formación física por su actividad del karate y por los años de escalada, que lo que le falta es la experiencia en el terreno, en una situación real. Que lo de aquí de Vargas es lo de siempre, las lluvias que generan problemas en las vías, inundaciones en algún barrio, nada del otro mundo. Se trataba de un plan de cuatro días de viernes a lunes. Y ella aceptó. En el fondo quería apartarse de la soledad para no seguir rumiando el recuerdo de Ervin. Era su primera noche de acampada junto con sus compañeros. A esta hora le tocaba descansar en la tienda, pero prefirió caminar un poco con la esperanza de que las nubes se abrieran un poquito y dejaran asomar la luna, aunque fuese por un minuto. Pero nada, su

hermana luna nada que se dejó ver. Caminó por aquí y por allá, pero las nubes eran un telón oscuro. Ya no llueve, pero todo el día ha sido un manar de agua de esas nubes que ahora mira como una amenaza. Sabe que continuará el mal tiempo y que debe movilizarse rápido para retornar al campamento. Tiene definido su plan de retorno. Bajará por el estribo, evitando las concavidades de la montaña que se vuelven con el mal tiempo quebradas altamente peligrosas.

Se incorpora y ya se prepara para el descenso cuando siente una voz. Es una voz infantil, no tiene dudas; mira hacia atrás y lo ve llegar. Carga algo entre sus brazos. Es un niño de unos seis años con un pequeño perro apretado contra el pecho. Lo saluda y le pregunta qué hace solo en la montaña a esa hora de la noche. “Es que el agua se metió en mi casa y como estaba solo tuve miedo y me salí. Mi mamá se fue a visitar a mi abuela al hospital y no ha vuelto”, dice, cuando le pregunta por qué está solo. Se llama Martín. “Ven conmigo —le dice Diana— yo te ayudaré a bajar y después buscamos a tu mamá en el hospital”. Diana sabe que la promesa de buscar a la mamá no tiene sentido. Sabe que es imposible, pero tiene que decirle algo, mantenerle la esperanza y crear confianza.

Mientras bajan oyen un ruido ronco, fuerte, como golpes, como estallidos de madera quebrándose, como si algo monstruoso, inmenso, se arrastrara desde la fila del cerro hacia las faldas de la montaña. El niño se acerca a ella y Diana lo abraza. El perro no ladra, pero emite un sonido agudo, balbuceante entrecortado. La tierra tiembla y algo

oscuro se mueve a cada lado de la loma donde se encuentran. Un derrumbe, piensa Diana, lo que faltaba. Rápido se repone, toma de la mano a Martín y corre hacia donde supone que encontrará el campamento.

Una media hora más tarde logra ubicar el plano base del campamento. Ahora solo quedan rastros. La tienda está rasgada debajo del tronco de lo que parece un pequeño pino. Diana toma un rollo de cuerda de rescate, pero no hay nada más. Grita, vocea el nombre de sus dos compañeros, pero nadie responde. Carlos y Egidio deben haber bajado hacia la avenida, hacia los edificios. Quizás están en una explanada donde acampa la mayoría de los socorristas. Desciende rápido, pero al llegar al final de la montaña, cuando intenta incorporarse a la avenida que lleva a la parte urbanizada, lo que ve la refrena. Las calles son ríos de fango, piedras y toda clase de objetos arrasados por la fuerza del agua. Toma del suelo una rama caída de un árbol, la desnuda de hojas y tallos menores y con el tronco mide la profundidad. El tallo se hunde en el fango sin tocar fondo, casi ochenta centímetros, piensa. Si bajan, el barro le llegaría más arriba de la rodilla, pero al niño le llegaría a la cintura. No pueden bajar por allí. Martín tiembla, hace frío y ha empezado a llover y de manera más copiosa, debe tomar una decisión rápidamente. Intenta de nuevo contactar a alguien que los pueda ayudar. Vocea los nombres de sus compañeros, pero nadie responde. Mira a su alrededor y decide movilizarse hacia el este por la falda de la montaña.

Diana se quita debajo de la chaqueta impermeable un suéter que la protege un poco del frío e improvisa una mochila donde introduce al perro. Se coloca la mochila a la espalda y le dice a Martín que deben irse rápido de allí. Caminan con dificultad entre ramas, troncos y rocas medianas unos diez minutos, pero cada vez se oye más fuerte un ruido de agua como el de una cascada. Ella anima al niño para que siga caminando. En poco tiempo llegan al sitio que provoca el ruido, no es una cascada. Desde lo alto de la montaña baja con fuerza una quebrada, un arroyo que busca llegar al mar. Arrastra ramas, medianas rocas, fango. Parece ser un meandro fabricado por la fuerza de la caída y desprendido de un cauce mayor que probablemente baja con furia y fuerza devastadora mucho más allá de donde se encuentran. Su intuición le dice que deben atravesar rápido ese riachuelo agresivo. Piensa que pronto puede aumentar su caudal y arrastrar rocas y árboles que impedirían su paso. No pueden quedarse atrapados en ese lugar. Mira al niño y se da cuenta de que está aterrorizado y se sobrepone a su propio temor para darle confianza. Le dice que no tema, que es muy fácil atravesar, que tiene el rollo de cuerdas y que ella lo va a asegurar bien, que no tenga miedo. Rápidamente se quita el arnés y lo coloca al niño, adaptándolo a su débil anatomía. Asegura la cuerda al arnés y luego la otra punta la ajusta a su cintura con uno de los tantos nudos aprendidos en su entrenamiento de escaladora.

Estudia el cauce al que se enfrenta y descubre más arriba un punto en el que troncos y rocas han construido

un puente incompleto, pero que cubre unos dos metros de los tres que ella calcula tiene el cauce. Es la mejor zona para su intento. Diana hace cálculos. No es fácil atravesar con el niño y el cachorro. Al final del improvisado puente deben lanzarse al caudal que baja con fuerza y que amenaza con aumentar. Evalúa el riesgo, podría ocurrir que la corriente la arrastre a ella y después de tensarse, la cuerda empuje al niño hacia el cauce. Duda un segundo, pero decide. Lo intentará. Quedarse allí puede significar la muerte aplastados por eso que escucha bajar de lo alto de la montaña y que en cualquier momento puede provocar un deslave en el sitio donde se encuentran. Camina rápidamente hacia el cruce y le dice al niño que, si la corriente la arrastra a ella, libere la cuerda del mosquetón y le explica cómo hacerlo pero que en ningún caso se suelte hasta que ella con un grito se lo indique.

En tres pasos ya está sobre el puente improvisado por el caudal. Lo atraviesa con cuidado y al llegar al final, sin pensarlo siquiera, se lanza al agua fangosa que baja con fuerza. Siente que sus piernas no la pueden sostener en el lecho resbaladizo. El agua la empuja y sus piernas ceden. Piensa lo peor y recuerda de nuevo el consejo del sensei. Aspira y expira largo y con fuerza, pero la corriente la empuja. Ella mueve desesperada las piernas, tratando de fijarse en el cauce fangoso con el talón de las botas, pero el agua baja a una velocidad que no imaginó. La corriente la lleva casi dos metros más abajo y recuerda lo que dijo al niño. Y entonces le grita: “¡No te sueltes todavía! ¡Yo te aviso!”. Resbala un poco más y de pronto algo la detiene.

Es una roca mediana que se ha fijado en el lecho. De un impulso sube a ella el pie izquierdo y con ese apoyo salta hacia la orilla.

Está a salvo y sube rápidamente para colocarse en el nivel donde se encuentra Martín. Lo anima a gritos y le explica que él no tendrá problemas porque está asegurado con la cuerda y que cuando llegue al final del puente improvisado, ella lo arrastrará hacia la orilla. El niño duda, pero sabe que tiene que atravesar, que no puede quedarse solo en ese lugar. Mientras el niño se moviliza lentamente por el improvisado puente, ella ata el extremo de la cuerda a un árbol cercano para reforzar la seguridad. Martín da pasos inseguros sobre las rocas y troncos hasta llegar al caudal de agua que parece haber aumentado. Se detiene y duda, es evidente que tiene miedo. Ella lo estimula a gritos, pero con voz serena. Martín está inmóvil, como si alguien lo frenara. Ella se acerca al caudal para darle confianza y entonces él se lanza. El agua lo arrastra, pero ella le da ánimo y se acerca hasta casi entrar en el agua. Se apoya en un gran tronco caído y hala con fuerzas la cuerda y atrae al niño hacia la mitad del cauce, pero resbala y siente que algo se clava en su brazo izquierdo. Es la rama astillada de un árbol caído. Ella ignora lo que le ha ocurrido y con el impulso de todo su cuerpo logra que el niño llegue a la orilla.

Él corre hacia ella y la abraza. Está temblando quizás por el frío, pero también por la experiencia vivida. Diana acaricia la cabeza de su compañero y él cuando ve la chaqueta rota y el brazo sangrante le pregunta qué le ocurrió.

Diana le dice que no es nada, pero sube la manga de la chaqueta y revisa con cuidado la herida. No es profunda, sino en el punto del primer contacto de la astilla, el resto de la herida, sin ser superficial no es grave, piensa. Saca de uno de los bolsillos de su chaqueta una navaja, corta una de las mangas del suéter y lo emplea como un vendaje para contener un poco la salida de sangre de la herida y le dice al niño que deben darse prisa, que algo muy grave está ocurriendo en la montaña y pueden bajar grandes rocas. Camina con paso rápido por una especie de vereda orientada hacia el este, su plan es llegar lo más próximo posible al pueblo de Naiguatá.

Cuando apenas llevan unos minutos caminando, se oyen voces lejanas y Diana anima a Martín para caminar rápido. Al poco tiempo las voces se hacen más nítidas, más cercanas. Después de un recodo del sendero, pueden ver que, hacia abajo, a unos dos metros de desnivel, hay una especie de explanada en alto y allí un camión y unos hombres corren de un lado a otro trasladando gente que suben a la batea del camión. Están rescatando personas de las casas, piensa Diana y grita con todas sus fuerzas hasta que un hombre voltea hacia ellos y los señala con la mano para indicarles a sus compañeros de rescate la presencia de Diana y el niño. Dos hombres caminan hacia ellos con dificultad entre palos, rocas, restos de enseres domésticos, lavadoras, neveras, tablas. Al fin se acercan al corte que hay entre el cerro y la carretera, ahora desaparecida entre el fango, y los ayudan a bajar del sendero donde se encuentran. En poco tiempo el camión

los traslada junto con mujeres y niños a un embarcadero donde los espera un bote a punto de zarpar con cuatro personas más.

La lancha se moviliza a toda velocidad, dando tumbos y cabezazos, en el intento de cortar el impulso de las olas. Además de Diana y Martín van, casi acostados en el piso del bote, otras mujeres y niños. El piloto, un joven casi adolescente se mantiene en cuclillas agarrado del brazo del timón y de vez en cuando se incorpora para tener mejor vista y evitar obstáculos que abundan en esa zona por efecto del desastre. Hay ramas y troncos por doquier, fragmentos de objetos de todas clases, maderas de algo que fue un mueble o una embarcación, láminas de fibra de vidrio. El joven sabe que un choque frontal con un tronco los haría naufragar, pero que también algún objeto mediano medio flotante puede trabar la hélice de la lancha y generar una avería. Con el torso desnudo y una gorra que al poco tiempo vuela hacia el mar, el piloto, probablemente un pescador del pueblo de Naguayatá, se mantiene firme y seguro en el control del peñero. Diana mira hacia la playa y observa cómo el mar está teñido con el color del fango desprendido de la montaña. Su vista no puede ir más allá. No puede imaginar el desastre que hay detrás de la playa. Pasarán días para que descubra que el hecho de que ella y Martín estén vivos es casi un milagro, que si hubieran salido del embarcadero diez minutos más tarde, el bote hubiese naufragado.

*

Diana mira a Martín que se ha quedado dormido con el libro de cuentos entre las piernas en un extremo del balcón. Ya han pasado casi dos años de aquel encuentro en la montaña. No ha sido fácil mantenerlo en su compañía. Después de una búsqueda inútil para localizar a la madre, a la abuela, a una tía que vivía también en Vargas, tuvo que resignarse a lo que parecía ser la realidad, ese niño había quedado solo, sin familiares. Obtuvo la custodia momentánea de Martín, con el compromiso de mantenerse en permanente contacto con las autoridades de protección a los niños. Al final un tribunal le concede la custodia provisional de Martín a la espera de cumplir con los lapsos legales y garantizar sus derechos.

Su vida ha cambiado bastante desde entonces. La Diana deprimida por la muerte de Ervin ha desaparecido. Ahora siente que la realidad la obliga a una transformación y su sentimiento maternal se ha despertado. Mira hacia el pasado y se sorprende de que ella y Martín puedan estar vivos. Si no hubiera sido rescatada por aquellos hombres del camión, probablemente ambos formarían parte de la larguísima lista de las decenas de miles de muertos y desaparecidos. Ella estuvo de nuevo por toda la zona del desastre a los pocos días del rescate. Buscó en hospitales de Vargas con la esperanza de que alguien pudiera informarle sobre Carlos y Egidio y con la expectativa de que apareciera en algún lugar la madre o algún familiar de Martín, pero nada. Ni rastros de sus amigos ni de la familia de Martín. Habló con víctimas sobrevivientes del desastre, pero nada. Nadie sabía de sus amigos ni de la familia de Martín.

Cuando ahora, después de casi dos años, mira fotografías y videos de esos días, se percata que, si no hubiese sido rescatada esa noche de diciembre, muy probablemente hubiesen quedado atrapados en la montaña hasta que uno de los tantos derrumbes, deslaves y aludes de rocas los hubiese aplastado. Ante esas imágenes se reaviva en ella el dolor de esos días. El dolor de tanta gente. En esas fotografías se ven rocas tan largas como dos camiones en línea, pero de una altura que sobrepasa los cuatro metros. Rocas que tapan completamente el acceso a edificios y alcanzan a cubrir completamente el nivel del techo de una casa. Rocas que partieron en pedazos edificaciones de concreto. Surge, entonces el recuerdo de sus dos compañeros del grupo de rescate. Si no hubiese sido por la aparición de Martín, probablemente ella estaría hoy también desaparecida como ellos. Aunque una reflexión más cuidadosa le hace pensar que no fue Martín quien la salvó, sino su herida, sus dos heridas. La herida por la muerte de Ervin, por el sentimiento de culpa que se había anidado en ella a partir de aquella muerte, pero también la herida de su brazo que hizo que los rescatistas la trasladaran a un centro de emergencia médica.

Viene el recuerdo de Ervin, ella lo había incitado a escalar la pared de la cascada, aquella tarde de la excursión. Casi lo retó. Le dijo que estaba dispuesta a subir sin la cuerda, que podía hacerlo antes que él. Él estuvo esquivo al principio, argumentando cosas razonables, que la pared estaba muy húmeda, que era engañosa, que algunos salientes podían desprenderse fácilmente por efecto de la

humedad, que el musgo. Así estuvo rumiando argumentos, con la mirada esquiva, sentándose en una roca junto a la cascada, sorbiendo del agua que manaba del manantial, hasta que hizo un gesto involuntario como cuando uno se sacude algo de la ropa y sin decir palabra empezó a escalar. Al poco tiempo ocurrió lo que él posiblemente temía. El saliente donde había afincado su pie izquierdo se desprendió y empujó levemente su cuerpo hacia abajo. Fue un desliz leve, pero suficiente para que su mano derecha se desprendiera de la roca musgosa y su cuerpo cayera, después de un esfuerzo inútil por agarrarse.

Ese dolor culposo, esa herida, la mantuvo inquieta e insomne por muchas noches. El día del desastre en su inquietud hizo lo que muchas veces había hecho ante el insomnio: movilizarse físicamente, caminar para apartar la culpa de su mente. Salió de la tienda donde dormía Egidio, mientras Carlos se mantenía en vigilancia. Caminó sin informar a sus compañeros hasta llegar al risco por donde tuvo que trepar con esfuerzo para llegar al plano donde encontró a Martín.

Pero también la otra herida la mantuvo viva, la herida física en su brazo que tuvo que ser atendida por paramédicos y que impidió que la aceptasen en otro grupo de rescate ese mismo día. Piensa en sus heridas, pero también piensa en Martín, su verdadero sanador, a quien ella probablemente le salvó la vida para que salvase la de ella. Si no hubiese sido por él, quizás hubiese hecho lo imposible para quedarse en la zona de peligro con el propósito de encontrar a Carlos y Egidio.

Piensa en su última sesión de terapia cuando planteó no continuar. Al principio el terapeuta se mostró sorprendido, pero después dijo aquello que, como otras veces, estaba impregnado de visión arquetipal y la obligaba a remontarse a la mitología griega: “Está bien. No es casual que te llames Diana. Llevabas una herida como la de ella por la muerte de Orión. Pero a ti tu pequeño Quirón te ha sanado.”

Torombolo

El hombre corrió hacia él desde el otro lado de la avenida. “¿No me le hicieron daño, doc? Son unos hijuepuercas. ¡Raponeros. Mal paríos! Eso es lo que son, mi doc. Yo me los abollaría a toditos, nada de villa candado para esos gamines”. El hombre ya cerca de Dimas hablaba y gesticulaba. “Mire como me lo dejaron, mi doc, como un torombolo...” Decía esto y recogía del borde de un cerco el pequeño maletín negro en el que sobresalía un tensiómetro, mientras observaba a Dimas sumido en la estupefacción. Era un desconcierto que iba más allá de lo que acababa de ocurrir. La voz del hombre vestido con un jean, un suéter de lana deshilachada y un gorro de color indefinido seguía con su cantinela. “No se preocupe, mi doc, que yo soy un bacano para lo que usted quiera. No más dígame”. Dimas seguía de pie a la orilla de la calzada de la avenida, con la mirada hacia el horizonte de unas montañas lejanas medio cubiertas por nubes. De pie con la bata blanca de médico y el estetoscopio colgando en la mano derecha era una imagen

desconcertante para uno que otro transeúnte que a esa hora de la tarde caminaba por allí. “No se afane, mi doc, ya le voy a resolver. ¿No tendrá una luca por ahí, mi doc? No importa mi doc, no se afane. Ya vuelvo”, fue lo último que dijo mientras caminaba en dirección a un parque cercano.

Dimas, con indiferencia, lo vio cruzar la calle. Su interés no estaba allí, en lo que acababa de ocurrir, ni siquiera se había percatado de que ya el tensiómetro no asomaba en su maletín de médico. Con la mirada fija en el horizonte montañoso, Dimas dio tres pasos y tomó el maletín entre sus manos sin percatarse del hurto. Era como si esas nubes flotando sobre las faldas del cerro lo tuvieran hipnotizado. Respiró profundo y el aire que entró a sus pulmones no era el de ese barrio bogotano. Era otro aire de montañas neblinosas, frío como este, pero con otros olores. Al fin desprendió la vista del horizonte, dio unos pasos, miró hacia el césped reseco, se acuclilló para recoger el maletín y sus ojos se quedaron fijos a un metro de distancia, como si viera algo, pero solo había un recuerdo reciente: un rostro. Era el mismo rostro de rasgos indígenas, el cabello hirsuto. El mismo rostro de un niño casi adolescente que había entrado en su vida intempestivamente para cambiarla, para hacerla virar y virar hasta llevarlo allí donde estaba, en esa ciudad que no era la suya. Al fin se incorporó, revisó el maletín antes de cerrarlo y advirtió la desaparición del tensiómetro. Tensiómetro, estetoscopio, caja de guantes desechables... Todos los días debía llevarlos al hospital y regresar con ellos como en

un ritual. Exigencias de la medicina pública privatizada. Había que bajar los costos, por eso cada minuto de un especialista estaba contabilizado. Al final del día tenía que rendir una cuenta estadística. Pacientes, consultas, diagnósticos, rondas en las salas de hospitalización. Todo números. Cuadros estadísticos que justificaban el costo de su salario de pediatra.

Pero en este momento, allí en medio de la calle, a una hora de caminata a su casa, esas no eran sus preocupaciones sino los recuerdos que se habían desprendido como burbujas desde el fondo de un pantano. Su pensamiento estaba colgado en la memoria del rostro que acababa de ver, la imagen del niño caído a orillas de la calzada con el cuerpo retorcido, el rostro medio cubierto. Era el mismo rostro, el mismo cuerpo exánime, las piernas y brazos esqueléticos, el mismo costillar que había sentido al intentar descubrir el tórax para auscultarlo. Era el mismo niño del pasado que volvía, el niño que agonizaba en la camilla bajo los efectos de un choque septicémico. Volvió a escuchar la misma voz surgida del pozo pantanoso de su mente. Era su propia voz. “Si lo deciden es bajo su responsabilidad, pero yo no apruebo su traslado en esas condiciones”. Volvió a escuchar la discusión entre el hombre y la mujer que al fin decidieron no trasladarlo.

Él había propuesto dejarlo en el ambulatorio con toda conciencia. Sabía que ahí no había equipos suficientes. No contaba con un oxímetro, tampoco monitores de detección constante de la presión arterial, sabía que allí el equipo para la oxigenación era rudimentario. Pero un

traslado de dos horas hasta Quito en ambulancia con el único auxilio de un paramédico era una muerte segura y él quería seguir luchando para salvarlo. Ese niño había llegado en unas condiciones extremas con una avanzada infección que con seguridad había comenzado como un problema respiratorio y en su estado de desnutrición crónica, los pronósticos eran de alto riesgo. Ante la grave infección, los leucocitos descontrolados atacaban indiscriminadamente lo que quedaba de ese cuerpo infantil. Acometían contra pulmones, riñones y corazón como si también fuesen cuerpos extraños. Estaba seguro de haber hecho una evaluación correcta. Pero, como le dijeron algunos colegas después, su decisión podía tener un costo social y personal muy elevado. Alguno incluso lo criticó abiertamente por su esfuerzo temerario de intentar salvarlo. Era mejor dejarlo morir en la ambulancia y salvar su responsabilidad, decían.

Todo había ocurrido muy rápido. En la madrugada le dijo a la enfermera que lo relevara en la sala de urgencia para descansar un rato en el diván del consultorio y que le avisara ante cualquier emergencia. Al poco tiempo ella lo llamó con un tono de angustia en la voz. Corrió, pero cuando llegó, el niño ya no respiraba. Sus pulmones y su corazón habían dejado de funcionar. Ningún procedimiento para revivirlo resultó. No hubo reacción. Ahora después del incidente que acababa de vivir, todo volvía a instalarse en su memoria, en su cuerpo. Era el mismo dolor de aquellos años, la misma angustia, la misma sensación de culpa ante la primera muerte de un paciente

pediátrico. Volvía el estigma que la familia del niño colocó sobre él. Lo culpaban por haberse opuesto al traslado. En aquel momento en la mañana, al encontrar al niño muerto lloraron, le gritaron improperios, lo amenazaron y lograron que él mismo se sintiera culpable.

Solicitó que lo trasladaran a otro ambulatorio; le concedieron unos días de vacaciones y desapareció del pueblo. Se internó hacia las montañas de Imbabura con una rudimentaria tienda de campaña y algunos alimentos tomados al azar hacia el volcán de Cotacachi a más de tres mil metros de altura a orillas de la laguna. De allí lo fueron a rescatar algunos amigos semanas después vuelto una piltrafa, deshidratado, debilitado por desnutrición, tembloroso, delirante. Lo trasladaron a Quito para atención médica y lo recuperaron. Al tiempo empezó a trabajar en un suburbio quiteño. Pero desde esa época se iniciaron sus periódicos ataques de pánico.

Ahora estaba allí, tratando de huir de sí mismo, en un país y una ciudad que no terminaba de entender. Bogotá está casi a la misma altura de su Cuenca natal. Ni el frío ni la altura eran problemas para él. También había vivido en un pueblo cercano a Quito y en el propio Quito, ambos con climas parecidos al de Bogotá. Tampoco era problema el carácter flemático del bogotano. Había muchas cosas comunes a su experiencia de Cuenca y Quito. Sin embargo, nunca lograba encajar en la ciudad ni establecer un contacto duradero con la gente. Todo era transaccional, inestable. Quizás porque en el fondo sentía que él no había llegado a Bogotá para quedarse. En lo profundo sabía

que era un hombre refugiado, huyendo de ese episodio de su pasado. Hasta ese día su memoria había estado adormecida y los ataques de pánico habían desaparecido. A pesar de su aislamiento, su tristeza contenida, su nostalgia ante los recuerdos de su ciudad de la basílica de las tres cúpulas azules, del mercado de las flores, había logrado exorcizar aquel recuerdo traumático de su práctica inicial de pediatra. No obstante, hoy como si un muro de contención se hubiese desplomado, regresaron con fuerza sus miedos, sus angustias, su sensación de culpa.

Había salido del hospital a la hora habitual, cerca de las tres de la tarde. Llegaba siempre a las seis para la primera ronda a los pacientes hospitalizados y ya a las tres había cumplido su horario con una hora para un almuerzo rápido. Como siempre, se había dirigido a un patio trasero del edificio que fungía de zona de aparcamiento de autos, motos y bicicletas. Desde su llegada a la ciudad él había optado por la bicicleta para moverse. Su experiencia en Quito lo había inclinado a ese tipo de transporte. Allí se desplazaba por la Avenida Amazonas y aquí abundaban las rutas para bici y podía trasladarse en dos ruedas con cierta seguridad. Diariamente hacía un recorrido de 15 kilómetros en aproximadamente una hora. Lo hacía despacio, con calma, mientras disfrutaba la atmósfera de la ciudad. Al principio la vía recorría una zona muy metropolitana con edificios de viviendas multifamiliares, después otros cinco kilómetros en paralelo a una autopista que poco a poco se despegaba de la ciclorruta para perderse hacia los suburbios del sur. Ahí él giraba hacia el

sureste para entrar a una zona de viviendas unifamiliares, con sobrios jardincitos.

Desde donde se encontraba, solo faltaban unos cuatro kilómetros para llegar a la casita de clase media donde tenía arrendada una habitación grande, con derecho a usar otros espacios, entre los cuales estaba una terraza abierta a un área sembrada de arbustos y plantas florales. Allí después de una ducha tibia solía recostarse en una silla de extensión muy cómoda para la espalda. Leía, pensaba, soñaba hasta la hora de la cena. Hoy sería un día más de su rutina apacible. Eso sentía en la medida en que se acercaba a una larga curva de la vía. Eso pensaba hasta que al salir de la curva vio algo fuera de lo común entre la vía de las bicicletas y la calle de los autos. Había alguien tirado en el piso y unas dos o tres personas que lo rodeaban. Fue frenando paulatinamente la bici hasta que casi la detuvo y vio que sí, que era una persona acostada en la concavidad de la cuneta. Observó mejor y de un solo apretón en el manubrio detuvo su bicicleta.

Solo acertaba a ver unos pantalones azules descoloridos y una chamarra gris que ocultaba el cuello y parte del rostro. Se bajó de la bicicleta y cuando la iba a colocar sobre el asfalto, una persona cortésmente se la sostuvo mientras él terminaba de bajarse. Se acercó y pudo observar que era un niño casi adolescente. Diligentemente tomó de la bicicleta el maletín de médico. Como es natural preguntó qué había ocurrido y no obtuvo una respuesta clara. Rápidamente se inclinó con el estetoscopio listo para auscultar al caído en la cuneta, separó las

solapas de la chamarra para observar mejor al herido y sin querer su cuerpo hizo un movimiento de resorte hacia atrás. El rostro que vio era un rostro que jamás había podido olvidar. Sintió terror, pero se sobrepuso y enderezó la cabeza del niño y allí fue cuando toda la escena cambió. ¡Sí, era el mismo rostro del niño de Imbabura! Volvía como una pesadilla. Sobrecogido por la imagen, retrocedió una pierna, pero se contuvo. En ese mismo instante escuchó un grito detrás de él y ya su bicicleta no estaba. El joven que tan atentamente la había cuidado, huía a toda velocidad hacia el oeste y al voltear hacia el herido a quien creía víctima de un accidente, solo vio el espacio vacío y más allá un gamín que corría en la misma dirección de su bicicleta robada.

Para llegar a la casa donde vivía, tendría que caminar cuatro kilómetros, y al ritmo que imprimía a sus pasos tardaría cerca de una hora. Caminó como arrastrando los pies, con el maletín en la mano derecha y el estetoscopio colgando del cuello. Se detuvo, entonces, y lo guardó cuidadosamente para proseguir su caminata. Nada podía hacer, solo caminar para terminar de llegar y refugiarse en su silla de reposo. Se había repuesto ya un poco de la estupefacción ante el atraco, ante el engaño del que había sido víctima. Pensaba que ese asalto había sido planeado en su contra. Ambos gamines sabían que él pasaba por allí en la bicicleta todos los días con una sincronía propia de él. Sabían que era médico y prepararon la celada. Pero no solo lo habían asaltado una vez, sino dos veces. El hombre del gorro desteñado

había detectado su desconcierto y le robó el tensiómetro. Había caído como un tonto. Así mismo se lo había dicho el hombre, “como un torombolo”, como un pendejo. Pero, ¿cómo no caer en una trampa como esa? “Como un torombolo”, resonaba la frase en su mente. Quizás el hombre del gorro tenía razón. Quizás su vida había sido la de un torombolo. “Torombolo”, dijo en voz alta y por vez primera en ese día sonrió. “Torombolo”, volvió a repetir, pero esta vez ya no sonrió, sino que desencadenó una risa contenida por mucho tiempo. Respiró profundo y aligeró el paso. Volvió a sonreír y todo el ambiente le pareció distinto. Las flores de los jardines parecían brillar con sus colores, el viento movía las plantas en una danza tranquilizante, el aire estaba perfumado. Dimas se detuvo y miró dentro de sí. Sintió que el Dimas que estaba allá adentro era otro. Volvió a reír, esta vez con franca alegría. Estaba curado. El hombre del gorro había sido su siquiatra. Lo había curado. “Un torombolo”, repitió. El hombre del gorro hizo lo que ningún siquiatra había logrado. Con una sola sesión de psicoterapia lo había sanado.

Probablemente un maestro zen no estaría de acuerdo. Seguramente le diría a Dimas: “Has visto la realidad tal cual es. El koan del torombolo te ha iluminado”.

ÍNDICE

El sombrero	9	
Muerte en Soacha	19	
Arde Whiphala	29	
Cruce de caminos	45	
El retorno de Dios	65	
Entre ataúdes	75	
Tres en tren	101	
La cancha	131	
La herida de Artemisa		143
Torombolo	157	

Fundación Editorial El perro y la rana
Centro Simón Bolívar, Torre Norte,
Piso 21, El Silencio
Caracas -Venezuela 1010

Correos electrónicos
atencionalescritorfepr@gmail.com
comunicacionesperroyrana@gmail.com

Paginas web
www.elperroylarana.gob.ve
www.mincultura.gob.ve

Redes sociales
Facebook: El perro y la rana
Twitter: @perroyranalibro

Encrucijadas del Sur
Digital
Fundación Editorial el perro y la rana
Caracas – República Bolivariana de Venezuela





Encrucijadas del Sur, de Luis Angulo Ruiz, está compuesto por una serie de relatos en los que se recogen las experiencias, las singularidades cotidianas y hasta los avatares vividos por distintos personajes, habitantes de nuestra región Latinoamericana, durante algunos de los acontecimientos más significativos de la historia contemporánea de nuestro continente. Las memorias del Caracazo de 1989 y la posterior llegada de la Revolución Bolivariana a Venezuela; las protestas antigubernamentales en Chile; la discriminación clasista y racista sufrida por las comunidades indígenas en Bolivia, por parte de grupos sociales de ultraderecha, durante el golpe de Estado contra Evo Morales; la dura realidad de los campesinos en Colombia y el desplazamiento forzado al que se ven sometidos, debido a la sanguinaria represión y hostigamiento de los grupos paramilitares; estos son solo algunos de los temas abordados en la presente obra. El autor, como ya es costumbre en sus trabajos literarios, emplea diferentes estilos discursivos (la carta, la memoria personal, la narración literaria, entre otros), para desarrollar un cuerpo de cuentos en los que destaca la atmósfera nostálgica, a veces lúgubre y costumbrista, y también el tono de denuncia.

LUIS ANGULO RUIZ (Caracas, 1954)

Escritor, Licenciado en Letras y Comunicación Social, además de magíster en Lingüística. Profesor jubilado de la Escuela de Comunicación Social de la Universidad Central de Venezuela (UCV), en la cual fundó la cátedra de Lingüística. Fue jefe de la cátedra de Castellano, del Departamento de Lengua, y coordinador académico de la Escuela de Letras. Ha desarrollado artículos e investigaciones en los campos de la semiótica, la lingüística del texto y la pragmática. Entre sus trabajos destacan *Francisco Wuytack La revolución de la conciencia* (2007) y *Cartas bajo la manga* (2019). Su novela *Cartas bajo la manga*, la cual narra la historia de Venezuela entre los años 1935 y 2002 mediante cartas, correos electrónicos, memorias, narraciones literarias, homilias y otros géneros discursivos, fue concursante en el Premio Internacional de Novela Rómulo Gallegos.

